

Andrés Aldao

Cuentos desde Lejos



Ediciones del Exilio • 1998

A Susana, la gran amiga de mi vida.
A mis padres, muertos en el exilio de la inmigración.

Cuentos desde lejos

“Los temas de los cuentos son diversos, pero todos dan fe de su percepción social, c la ternura de su mirada, del cariño con que ve a su ciudad, a sus gentes, a sus calle ciudad y gente irrecuperables, perdidas en el abismo del pasado. Sólo nuestra memoria l puede rescatar del olvido para compartirlas con las nuevas generaciones que tal ve ¡quién sabe! las percibirán lejanas en el tiempo pero próximas a su corazón.”

Algunas palabras sobre el autor

«La vida es sueño», escribió Calderón de la Barca. Y algunas veces uno despierta después de veinte años y se encuentra con que su vida fue vivida de alguna manera, pero la voluntad y decisión que marcaron y dieron forma a esos años “perdidos” no fue conciente; no fueron voluntad y la decisión de uno mismo los que la moldearon. Las circunstancias, el ambiente, las condiciones económicas, las personas que nos rodearon, el lugar de trabajo, etcétera aparentemente forjaron nuestro sendero sin que nuestro **yo** se entere.

Cuando entre todas esas realidades objetivas enumeramos como una más el exilio, el idioma, el alejamiento de la familia y de los amigos, de los escenarios de la adolescencia, de las luchas, de los amores, es posible, tal vez, entender porqué el autor, cuando despertó de ese largo sueño, cuando retomó y recuperó su **yo**, encontró dentro suyo una intensa memoria de su pasado, del ayer de su ciudad perdida y vuelta a recuperar en las páginas que aquí les presenta. Demos gracias al autor por haber despertado de ese largo sueño, con su memoria intacta y su idioma ileso.

Los temas de los cuentos son diversos, pero todos dan fe de su percepción social, de la ternura de su mirada, del cariño con que ve a su ciudad, a sus gentes, a sus calles; ciudad y gentes irre recuperables, perdidas en el abismo del pasado. Sólo nuestra memoria las puede rescatar del olvido para compartirlas con las nuevas generaciones que, tal vez, ¡quién sabe! las percibirán lejanas en el tiempo pero próximas a su corazón.

En resumen, Andrés Aldao, hombre dedicado a la lucha política desde su temprana adolescencia hasta la mitad de los años 70, en que el exilio y la lucha por la subsistencia en un país totalmente extraño lo “jubilaron” de esa actividad, descubrió que su pluma, siempre dedicada a la política y a la ideología, era útil, también, para la creación literaria. A la luz de los acontecimientos mundiales, me permito afirmar que su pluma (o su computadora, si se prefiere) es hoy más eficiente dedicada a conservar y recrear las experiencias vividas y a compartir con los lectores su fructífera imaginación.

Para concluir, le deseo al lector que disfrute, sufra, se preocupe y se desespere junto con los personajes de los cuentos, como lo he hecho yo. Si ello ocurre, creo que Andrés Aldao habrá cumplido con su propósito.

Esther Susana Durman • Enero, 1998

Una historia como tantas

Se paseaba lentamente, Eliseo Sánchez. Las manos atrás, el torso erguido. Los ojos como perdidos, parecían contemplar las casitas del barrio, los árboles añejos o la gente que pasaba a su lado. El Eliseo Sánchez ese.

Suspiró; se detuvo en Boyacá y la Juan B. Justo; curioseó por los alrededores prosiguió la caminata. Estaba desanimado: hacía más de un año y medio que no trabajaba.

Alto y flaco, erguido, cabello blanco y pómulos salientes, dos manazas emergían de las mangas de su tricota. Hombre de trabajo, Eliseo no se ocupó de ninguna otra cosa fuera del yugo cotidiano. Llevaba treinta años en la empresa elaboradora de cigarrillos. En principios de 1995 instalaron sofisticadas líneas de producción automáticas, con sistema digital. El robot suplió la tarea de cuarenta obreros y los capataces. Operaba a través de un programa sofisticado: una leve presión en el tablero de comandos, el técnico ordenaba “enter”, y a los pocos minutos recorrían la cinta los paquetes de cigarrillos embalados listos para el mercado. A la semana, llamaron a Eliseo desde la oficina del personal comunicándole que “lamentaban” prescindir de sus servicios. Lo ponderaron, agradecieron y le dieron un cheque. Como una gratificación por los treinta años que regaló a la empresa. Luego lo despacharon a la casa. Eliseo tenía cincuenta y pico. Él y sus compañeros cobraron la indemnización. No se los vio jubilados: más bien angustiados por un futuro que sabían incierto.

Eliseo vivía con Juana, su mujer, en una pequeña casita de la calle Nicasio Oroño, en Caballito. Al principio no se inquietó: visitaba a los tres hijos, veía a sus nietos, se levantaba un poco más tarde. Después salía a recorrer las callecitas del barrio. Como un jubilado.

“Siempre enterrado en la fábrica -recordó- trabajando dos turnos, haciendo horas extras, años y años sin conocer esta tibieza que da el solcito. ¿En qué se me fueron los años, mi Dios?”. Un día cualquiera, pues, descubrió que su vida ya no tenía sentido.

Se sintió ultrajado, vencido. No encontraba ocupación. Quería sentirse nuevamente útil, vivo. Percibía su marginación, el rechazo de la sociedad. Los ahorros se iban consumiendo; como su futuro. Carecía de ingresos. La “depre” se fue adueñando de Eliseo. Casi sin darse cuenta, lentamente, comenzó a deslizarse cuesta abajo por el tobogán cínico y malandra.

Harto de la rutina, que ya detestaba, esa mañana salió de su casa bordeando el Policlínico Bancario. Andaba sin apurarse por Donato Alvarez, cruzó Gaona y entró en plaza Irlanda. Las diez de la mañana de un invierno bien porteño, fumigado por esa humedad displicente.

Buscó un banco con sol. Mientras se sentaba, encendió un “Particulares” y replegó los ojos. Los cálidos rayos solares dieron algo de vida y color a su rostro, arrugado y ceniciento. El frío le penetraba como un escalpelo inescrupuloso. Pájaros de plumaje coloridos jugaban a las escondidas en las copas de los árboles, pero el hombre no tenía humor para diversiones.

Algunos jubilados acarreaban sus cuerpos por los senderos de la plaza. Al verlo Eliseo recordó la figura del padre, con esos bigotazos que parecían almidonados, siempre tiesos, regresando extenuado del frigorífico Anglo. Y la tos aquella, con modulaciones de bajo, que parecía provenir de una caverna prehistórica. Un día lo trajeron en ambulancia.

con la máscara de oxígeno sobre el rostro. El padre nunca más volvió al frigorífico. La evocación lo angustió. Ahora, Eliseo se preocupaba por sí mismo.

Un mes antes, precisamente el día en que cumplió los cincuenta y seis años, Eliseo buscó su oportunidad en un taller de partes para autos. El capataz lo recibió mirándolo con lástima grosera, y sin andarse con vueltas le acertó un gancho, que lo dobló por toda cuenta:

-Pero viejito, esto no es para vos: estás muy veterano para este laburo. no me vas decir que te falta el mango para morfar -le dijo. -Vamos, viejo, dejá el trabajo para muchachada. dedicáte a tus nietitos, andá al café, jugate una partidita de truco con otros viejos como vos, o al dominó: esto ya no es para vos. Metéte en la cabeza, ya te pasó cuarto de hora. ¿Me entendiste, viejito? Andá a tu casa, andá.

Eliseo se fue, cabizbajo, silencioso. El, tan hombre, inescrutable, remiso a expresar sentimientos, casi lagrimeó de la bronca. El incidente le quitó las pocas esperanzas que tenía. Regresó a su casa contrito y taciturno. Todos los días daba la vuelta del perro desentendiéndose de lo que ocurría a su alrededor. Comía frugalmente, se desmejoraba. Juana, la mujer, comenzó a preocuparse. Eliseo no quería escucharla.

Al día siguiente, luego de tomar algunos mates, Eliseo rumbeó hacia la plaza Irlanda. En lugar de sentarse; prefirió ver a la purretada jugar un picado. Damián, el vecinito, saludó con la mano. Luego, ensimismado en sus cavilaciones, prosiguió su camino. Bordeó la plaza y llegó a la esquina de Neuquén y Seguí. De pronto escuchó que alguien lo llamaba: "¡Eliseo!. ¡Eliseo!".

-Eliseo, ¡como te va, compadre!. ¡Tantos años que no nos vimos! le decía el tipo.

Eliseo Sánchez contempló un instante la imagen brumosa parada delante de él: luego lo reconoció.

-¡Roque! Cuánto hace que no te veía: desde que te fuiste de la fábrica. ¿Y qué es de tu vida, Pelado?

-No me va tan mal, Eliseo; tengo mi propio taller mecánico: ¿Y a vos, como te trata la vida? le preguntó el antiguo amigo.

-Hace un año y medio que no trabajo, Roque. me despidieron: estoy hecho un trapo de piso. como si no sirviera para nada, yo. un mecánico de tantos años.

Eliseo y su antiguo compañero rememoraron viejos tiempos mientras recorrían la plaza. Eliseo le contó sus cuitas, le habló de las esperanzas que se le fueron borrando causa del despido. Se quedaron un rato mirando jugar a los pibes, y en el momento de despedida Roque le dijo:

-¿Querés trabajar en mi taller, Eliseo? Aquí te dejo mi tarjeta, venite mañana. a las siete: vení a verme y arreglamos "tutti", no me fallés Eliseo: acordate, Lacarra al 4000 ¡Chau!

Eliseo entró en la casa; Juana no estaba en la cocina. Fue hacia el fondo: allí la veía colgando la ropa. Ella lo miró con curiosidad. hacía meses que no veía una sonrisa en la cara de su hombre.

-¿Qué te ocurre, flaco mío? Estás medio raro, agitado.

-Tengo algo para contarte, Juana: acabo de encontrarme con un viejo compañero de la empresa, Roque. Hace diez años que se retiró y hasta hoy no volví a verlo. me ofreció trabajo en su taller: se nos dió vuelta la taca, ¿que me contás, Juanita? le dijo Eliseo.

Se sentía excitado; dió vueltas por toda la casa, subió a la terracita, bajó por la escalera, recorrió el patio entrando y saliendo de la cocina, llamó por teléfono a los hijos.

Juana finalizó la faena encaminándose hacia la casa. Preparó unos mates. Él estaba eufórico; la mujer lo observaba en silencio, preocupada. sus ojos expresaban inquietud.

-Eliseo, quiero decirte algo pero no te sulfures, por favor: ese compañero tuyo, Roque ¿era un tipo algo gordito y medio pelado? le inquirió con prudencia.

-Sí, Juana, ¿y qué hay con eso? le replicó ofuscado.

-¿Pero ese hombre no es el que murió de un ataque al corazón? insistió Juana.

Empalideció; la ira le cambió los rasgos del rostro. Sus arrugas se acentuaron; parecían profundas estrías cruzándole la frente y los pómulos.

-¡Pero qué sabés vos de mis compañeros! vociferó perdiendo la paciencia.

Juana prefirió no discutir. Preparó la mesa para el almuerzo; comieron en un silencio hostil mientras la mujer lo examinaba de reojo. Terminaron, y Eliseo salió.

El crepúsculo bosquejaba sobre los muros de la casa figuras extrañas, con imágenes iridiscentes trepando sobre las paredes descascaradas. Eliseo estaba más sereno; no quería cenar. Se fué al dormitorio tumbándose sobre la cama. La casa estaba sumida en un silencio incómodo. El viento invernal, ronco y tozudo, sacudía sin piedad las desválidas persianas. No podía conciliar el sueño; se veía pequeño, allí, en su Avellaneda natal. El padre lo llevaba de la mano, un domingo de tantos, en los que iban a la cancha de Rácing a ver a sus ídolos.

De pronto, la figura del “tipo algo gordito y medio pelado” reapareció en su memoria. Eliseo rechazó la imagen, revolviéndose angustiado en la cama. No quería pensar en Roque. Pero las dudas se burlaban de él. Dormitaba inquieto. Juana, a su lado, no se movía.

Le echó una mirada al reloj: las cinco y media. Se vistió y se preparó un café en la cocina. Llovía copiosamente. Mientras esperaba a que amaine, buscó la tarjeta que le dio Roque.

Revisó en sus bolsillos, revolvió la casa, subió a la terraza, entró sigilosamente en el dormitorio, buscó en todos los rincones. Nada. Ella lo vio hacer, pero fingió dormir.

Eliseo recordó que antes de irse Roque le había dicho: “Lacarra al 400”. Subió al colectivo 113 hasta Lacarra y Rivadavia. El miedo lo tomó por asalto. Miraba por la ventanilla. La duda le dio un certero golpe de furca. Ahora temía llegar a destino.

En la casita de Nicasio Oroño, mientras tanto, Juana -que se levantó al rato- se reprochaba: “Tal vez no debí dejarlo salir; tendría que haber hablado con él una vez más incluso a riesgo de pelearnos”. La mujer estaba segura de que Roque había muerto y que a Eliseo le ocurría algo raro. Como para preocuparse.

Bajó del colectivo. Una fina llovizna lo acariciaba con ternura. Se dispuso a iniciar su peregrinaje. Subió por Lacarra a paso lento; miró a su izquierda, buscó en la vereda por donde andaba. No vio señales del taller. La lluvia fue transformándose en diluvio; las gruesas gotas le azotaban el rostro pero Eliseo no cedía: seguía buscando a diestra y siniestra. Empapado, confundido, se preguntó: “¿Dónde mierda está tu taller, Roque, dónde, por Dios?” Bordeó el parque Avellaneda y cuando llegó a Gregorio de Laferrere tiró la toalla y decidió regresar: el mundo comenzó a estrujarlo. Le parecía que una picadora de carne deshacía el cerebro.

Volvió al barrio. Descendió del colectivo en Boyacá y Gaona. No llovía. Escualidos rayos solares se colaban con timidez entre las nubes, aún compactas y oscuras.

Caminaba con el pecho hundido, medio encorvado. Se miró los “timbos” embarrados que pateaban los charcos de agua marrón terrosa. Como cuando era pibe, en Avellaneda de su niñez. Ya cerca de su casa vio el frente pintado de blanco y manzanero en el jardín. Se tranquilizó.

Abrió la puerta, entró en la casa. Juana lo vio llegar, le sonrió con cariño y se quedó esperando. Eliseo lagrimeó en silencio mientras abrazaba a su mujer. Fue hacia el dormitorio, se desvistió, y metiéndose en la cama se durmió profundamente.

Cuando despertó no quiso levantarse. Juana le cebó unos mates y le trajo una picada que apenas si probó. Ella lo dejó en paz: sin comentarios ni reproches.

Se sentía como el toro en el rodeo: esperaba la estocada que lo liberase de la angustia, de ese vivir crucificado en este cosmos alucinante, donde él era una partícula superflua, relegada.

Volvió a dormirse. Al día siguiente, después del mate, se despidió de Juana con una imprevista caricia. Ella lo besó con ternura dándole unos golpecitos en el hombro.

Eliseo salió a su recorrida habitual, compró el diario y al llegar a la plaza se sentó en un banco. El viento, áspero y rudo, jugaba con las hojas caídas. Se enroscó el echarpe, le dió una ojeada ausente al "Clarín".

Algunos chicos pateaban la pelota, entre ellos Damián, el vecino. Eliseo lo llamó.

-Decime, Damián: ¿vos me viste anteayer, no es cierto?

-Claro, don Eliseo. ¿no se acuerda de que yo lo saludé? le dijo el pibe.

-Sí, sí, me acuerdo. y decime una cosa: ¿vos me viste hablar con alguien?

-Yo no lo ví hablando con nadie, don Eliseo.

-¿Estás seguro, Damián?

-Más que seguro. no me olvidaría, don Eliseo; ¿por qué me lo pregunta?

-Por nada, pibe, andá nomás, seguí jugando con tus amigos.

Los pibes aprovechaban las vacaciones torturando a la pelota. Garúa; el viento y llovizna eran para Eliseo un fastidio, una conjuración. Regresó a su casa; las dudas prepearon: ya no estaba seguro de nada. Maldijo su mala pata: "Mirá que extraviar tarjeta: estoy enyetado", pensó. Entró en silencio pero Juana lo escuchó. Almorzaron guiso de mondongo sin cambiar palabras. Se tomó un par de vasos de tinto y se fue dormir.

La llovizna rebotaba en la vereda. Las gotas parecían diáfanas chispas que se desperdigaban y desaparecían, y volvían a aparecer y desaparecer, como un divertimento mágico. Eliseo retomó su rutina luego de la siesta, caminando sin rumbo. El gr melancólico del atardecer se iba desvaneciendo; las reticentes penumbras sombreaban noche que llegaba.

Mientras caminaba, recompuso en su memoria fragmentos de la infancia. La image del padre reapareció en aquellas veladas, en las que narraba, a él y a sus dos hermano relatos sobre los viejos anarcos que habían luchado por sus sueños libertarios, y el calvar de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, condenados a muerte por un crimen que no había cometido.

Una súbita congoja le oprimió el pecho. Le pareció escuchar la voz quebrada d padre detallándoles el martirio de Nicola y Bartolomeo; y a su hermano, Cosme, decirle "Ufa, viejo, otra vez el cuento de los dos tanos, otra vez lagrimeando".

La garúa no cedía. Eliseo entró en el bar de Gaona y Añasco. Pidió un café con gota. El lugar estaba desierto; el mozo se entretenía observando las vueltas del segundero d reloj, colgado detrás del mostrador. Bebió el café abstraído. Miró hacia atrás y se sorprendió: en un ángulo del bar vió sentado a un joven que le resultó conocido: "Pero éste es Oscar. Oscarcito Valladares", pensó asombrado. Se levantó dirigiéndose al baño orinó, se enjuagó las manos y regresó a su lugar: Oscar había desaparecido. Llamó mozo, y mientras le pagaba le preguntó:

-Dígame, mozo, ¿el muchacho que estaba sentado en aquella mesa es cliente d bar?

-Usted es el único cliente que entró en la última hora, señor: ¡con este tiempo la gente no sale! le dijo el mozo

-Me habrá parecido. Déjelo, no tiene importancia.

Eliseo estaba convencido de que su compañero de la escuela técnica, Oscar, estuvo sentado en el bar: "¿Pero cómo puede ser? Era él, yo lo ví!", pensó con aflicción.

Salió del bar. Una pareja intercambiaba arrumacos en un portal, umbrío como noche. Los colectivos pasaban vacíos y no se veía gente por las calles. Abandonó Gaona se internó por las calles de Caballito, oscuras y tristonas. Una piña en el plexo solar habría afectado menos que los dos últimos incidentes. "¿Qué fue? ¿alucinación, locura, pesadilla?", se preguntó.

El chirrido de la frenada lo devolvió a la realidad. Eliseo quedó anonadado, y conductor del taxi vociferó como un poseído:

-¡Viejo pelotudo!. ¿adónde tenés los ojos? tendría que haberte dejado chato, como una milanesa. ¡Andá a tu casa, viejo hijo de puta!

Eliseo retomó su camino perturbado y deprimido: "Mi vida no vale un pito: es como estuviera muerto", pensó enhebrando el dolor y los sollozos, mientras transitaba por una calle oscura y inhóspita ingravidez. Percibía un acoso que se encastraba en su cuerpo aprisionándolo.

Aullidos de perros profanaban la noche; el contrapunto canino estaba en su apogeo. Eliseo salió del pasmo, como recuperando la realidad. Miró a su alrededor: ni un alma, las calles aleladas, el barrio dormía. Sólo él y los perros alborotadores daban señales de vida. Miró el reloj, medianoche. Eliseo apuró el paso; el frío y la llovizna acabaron por despabilarlo.

Debajo de una columna de alumbrado, cuya luz titilaba y no terminaba de encenderse, Eliseo vio a alguien envuelto en un oscuro gabán. La sombra le susurró con tierna voz: "¡Eliseo, Eliseo!" Se aproximó, miró estupefacto y pegó el grito: "¡Viejo, viejo! ¿qué haces aquí? ¡pero si vos estás muerto!" La figura envuelta en el gabán negro lo miró con una dulce sonrisa. Él creyó escuchar: "Es cierto, hijo; pero la muerte no impide a los padres compartir las penas de los hijos, consolarlos, ¿comprendés, Eliseo? Es lo que nos queda de los difuntos".

Eliseo, demudado, vio como la sombra se disipaba hasta desaparecer. Retornó a su casa; ya era de madrugada. Penetró sigilosamente; Juana lo esperaba inquieta, acostada en la cama.

-No podía dormirte, Eliseo. ¿qué te pasó, adónde estuviste?

Eliseo no la hizo partícipe de sus visiones. La besó con ternura y le dijo que iba a la cocina a prepararse una bebida caliente.

Lo encontró a la mañana sentado en la silla, todavía tibio, con el mentón apoyado sobre el pecho. Los ojos abiertos de Eliseo, como sorprendidos, parecían mirar algo. Tal vez a su padre, o a Roque, el compañero, o a Oscar Valladares, su antiguo condiscípulo. O tal vez el rostro de su querida Juana, que lo acompañó durante tantos años. Eliseo Sánchez ya no busca trabajo. no lo necesita •

El Tío del Cuento.

Barrio de calles empedradas; casitas de paredes bajas. Como para no molestar ¿saben? Antiguos corralones convertidos en conventillos "de medianera", alineados como soldaditos de plomo; ajados como bomboneras añejas, anticuadas. Escenario de la pobreza de los proles; modernos "Sísifos" que trepaban con su cruz y se desmoronaban antes de llegar a destino. Como gibas de lodo en la tormenta. Caballito norte, que baja desde Rivadavia hacia Paternal, cortada al medio por Gaona y se intersecciona con la avenida San Martín en la estatua del Cid Campeador y las "diez esquinas". Barrio de trabajadores y clase media, serpenteado por arboledas y adoquines. Gaona tajeada por los rieles del tranvía Figueroa, Paisandú, Espinosa, Planes, Arengreen, Luis Viale, Pujol, Canalejas, la vieja cancha de Ferro en Avellaneda y Martín de Gainza. Caballito al norte, historia antigua.

Se lava la cara despaciosamente. Se mira en el espejo, se guiña el ojo y sonríe. El "pibe" Rosendo se peina las ondas de su pelo renegrado, aspira el aroma de la viruta y aserrín del taller, le echa una nueva mirada a la "trucha", prende un Fontanares y pasa por la oficinita del trompa. Recibe el sobre con el jornal de la semana, cuenta la plata y firma el recibo.

-Paco, vamos a tomar un cafecito -le dice a su amigo.

-Vamos, pero invito yo -le contesta Francisco.

También Paco recibe el sobre de la semana. Después salen de la carpintería en que trabajan los dos amigos, toman por Fragata Sarmiento hasta Gaona. En la esquina está "El Gato Negro", bar y billares del barrio de Caballito de los años treinta y cuarenta.

Rosendo y Francisco (Paco para los amigos) se conocen desde la primaria. En el taller forjaron la amistad: los dos en la treintena de la vida, casados; Paco ya tiene un crío Hinchas de Ferro, naturalmente.

Entran en el bar, se sientan al lado de la ventana cerca de las mesas de billar. El viejo reloj, colgado detrás del mostrador de estaño, señala las cinco y media. Una ingenua brisa otoñal juega con las hojas caídas de los árboles, ya medio pelados, que alfombran la vereda del bar. Algunos de los habituales atorrantes de la vecindad están trenzados en frenéticos combates de carambola a tres bandas: el "Lecherito" -hijo de un vasco lechero Adel el "Turco", Luisito el "Pacho", los hermanos Toker y otros cuyas fachas son desconocidas.

-Don Julio, traiga dos cafés. uno cortado -pide el Paco.

-Fíjense como le dan al paño con los tacos. son unos bestias -vocifera don Julio, uno de los dueños.

Los dos amigos se encogen de hombros y sonríen. Sorben el café mientras comentan problemas del trabajo. Rosendo es carpintero de muebles, y Paquito oficial lustrador.

-El domingo, después del partido, ¿no querés que vayamos a comer por ahí? ¿que parece, Paco?

-Vos sí que te das la buena vida, Rosendo. Van al bío, los sábados morfan en "El Rancho Grande" o en la "2 de Mayo": yo tengo un pibe. Pero para que no me digas amarrete, ¡vamos! le dijo sonriendo.

De una de las mesas de billar llega un barullo descomunal. El Lecherito le acomoda un tacazo a uno de los Toker. Los dos hermanos se le van al humo y estalla la gresca. El "gaita" los pianta a todos.

Se hace un silencio que horada los tímpanos. El bar enmudece, los parroquianos hacen causa común y callan. Inspiran el aire en cómodas y silenciosas bocanadas. Sólo el "shshshshsh" de la máquina expreso, arrogante y desdénosa como una pebeta pintona, se anima a desafiar la cólera de don Julio. Afuera, las penumbras se despliegan alevosamente. La brisa otoñal se quita la careta bonachona y pretende jugar al huracán temerario. Pero le faltan agallas. Aunque siga desprendiendo la hojarasca atornasolada, mustia y quejumbrosa. como un fuelle tristón que llora por la mina que se rajó del bulín.

"El Gato Negro" recupera los murmullos, las risotadas. Vuelven a escucharse las toses con variación de los fumadores crónicos. Y los "truco. quiero retruco" estentóreos hacen danzar a los porotos del puntaje.

Entra un desconocido, se detiene, ojea a los ocupantes de las mesas con miradas esquivas. Tiene cara de caballo, trompa prominente, y los dientes de dinosaurio dan pavor. Los orificios de la nariz se abren y cierran candenciosamente; las orejas, medio paradas triangulosas en la parte superior. Sólo los ojos, medio achinados, tienen rasgos humanos. Lleva un par de días sin rasurarse; viste un traje gris claro, vejete y arrugado.

Se dirige pausadamente hacia la mesa de los dos amigos. los carpetea de reojo, se para, y mientras se quita el "funyi" les dice con voz monocorde:

-Discúlpennme, caballeros, tengo un problema muy serio y tal vez ustedes me pueden ayudar. Rosendo y Paco se hacen los desentendidos. Pero "cara de caballo" vuelve a cargar.

-No les pido una limosna: soy poseedor de un billete de lotería premiado pero mi mujer está muy enferma. Yo vivo en Mendoza; tengo que viajar ahora mismo y no tengo plata para poder esperar. -les aclara.

-¿Porqué te voy a comprar el billete? ¿Cómo puedo saber si lo que me decís es cierto? le dice Rosendo mientras lo semblantea.

-Tiene mucha razón, caballero, pero debo viajar y no puedo ir a cobrarlo: la lotería está cerrada y yo necesito el dinero ya -susurra, imperturbable, el hombre de la quijada equina y dientes de dinosaurio.

Paco le murmura quedamente a su amigo: "Compraseló, ganás guita". Con seductor humildad y parsimonia el hombre extrae de su bolsillo el mentado billete y se lo ofrece Rosendo. Éste lo toma, lo observa del derecho y del revés, lee el número (24234) y copete: "Lotería Nacional - sorteo ordinario - se juega el 23 de abril de 1946": era la jugada del día anterior.

Rosendo, medio intrigado, le propone que vayan juntos hasta el quiosco para verificar si ese billete realmente salió premiado el día anterior.

El quiosquero revisa el billete con parquedad y le confirma a Rosendo que el 24234 salió premiado con quinientos pesos. Regresan. A pesar de la fresca brisa, Rosendo transpira, duda. la cabeza le da vueltas como una calesita. Hace sumas y resta. Finalmente, sopesa en silencio: "Por el billete cobro \$500, yo le doy a este otario los \$250 que cobré en el laburo y el resto es mi ganancia. mmm. me van a quedar \$250 limpios!".

Entran en el bar. Paco mira a Rosendo y éste le hace un guiño mientras se sienta. Saca el sobre, extrae los billetes, los cuenta sin prisa y se los da a "cara de caballo". Éste se lo agradece con sonrisa equina, exhibiendo sus terroríficos dientes de percherón. Y se va trotando lentamente.

-Qué tarro que tenés, Rosendo. mirá que comprar un billete premiado por la mitad. - dice Paco mientras salen del bar.

Se abrochan las camperas. Las lucecitas de Gaona parpadean alegremente en la noche otoñal. Rosendo compra "La Crítica" quinta, le echa una ojeada a los titulares mientras Cacho, el canillita, cuenta el vuelto. Caminan por Gaona hacia Espinosa; los dos amigos comentan los incidentes del bar y el gran negocio que hizo Rosendo con la adquisición del billete.

-¿No te dió pena aprovecharte del pobre infeliz? le dice Paco mientras se ríe carcajadas.

Llegan hasta la vidriera del espiedo de los hermanos Dagraddi, frente a la iglesia. Paco decide comprar allí algunas vituallas y ambos amigos se despiden.

Rosendo cruza Gaona. El tranvía 99 pasa como un soplo y la luz que fisura el vaho de las ventanillas le dibuja raras figuras en la cara. El viento gorgorea trinos y el frío le pone un copo carmín en la punta de la nariz. Pasa delante de la seccional 13ª. Una lucecita roja destella fugazmente y desaparece en la penumbra: es el cana de la puerta que pita con sigilo.

Dobla en Planes; su casa está un poco antes de Pujol. Allí vive con su mujer Esthercita. Alquila una pieza con cocina, en una de esas casonas antiguas de varias habitaciones, cada una con su cocina y el baño compartido. Mira la hora: las siete en punto. Rosendo piensa: "Y ahora chau, ya me palpito la bronca".

Abre la puerta del bulín, entra haciéndose el despreocupado y se acerca a Esther para darle un besucón. Ella está enfadada. se le nota en la trompa, levantada como un embudo invertido.

-¿Adónde te metiste, eh? lo interroga con voz de cabo primero.

-Calmate, Negrita, que voy a contarte algo que te va a poner chocha; y preparate unos ricos amargos con espumita. andá, Negra -le dice Rosendo con esa cara de pibe bueno.

El viento se torna húmedo, algo borrascoso. En el cielo navegan nubarrones mates entrazados. Esther y Rosendo salen de la pieza rumbo a la cocina. Mientras ella prepara mate, el muchacho le narra la historia del billete de lotería. La mujer lo mira con cara contrariada.

Discuten, se arma la tremolina pero Rosendo consigue aplacarla. Finalmente hace las paces y luego de la cena escuchan la radio, hojean el diario, charlan, se van a la pieza, juegan al amor, y luego, satisfechos y cumplidos, se duermen como dos cachorros.

La arrogante sirena de la ambulancia se mofa del silencio pastoral que envuelve a la barriada. Se dirige al hospital Durand; cruza Parral, entra en Díaz Vélez y llega con su carga a la sala de guardia. Es cerca de la medianoche.

Algunos vecinos curiosos, que desafían el viento y hacen caso omiso de la fina garúa que los fastidia, comentan las peripecias de lo ocurrido en el barrio y la llegada de la ambulancia.

(Ese viernes Rosendo dejó el trabajo al mediodía y viajó al centro de Buenos Aires. Fue a cobrar el premio de su billete. Entró en el edificio de la Lotería Nacional, se acercó a una ventanilla y mientras saludaba a los empleados le pasó el billete a uno de ellos. Al que le vio cara de simpático.

En contados minutos el empleado regresó con otra persona, que encaró a Rosendo diciéndole:

-Dígame, señor, ¿dónde compró este billete?.

Rosendo le explicó, al que parecía el encargado, lo ocurrido el día anterior en "El gallo negro". Preocupado, le interrogó sobre el motivo de la pregunta.

-Este billete tiene un número adulterado: buen trabajo, pero le hicieron el cuento de tío, señor.

Rosendo comenzó a tiritar. Lagrimones, como muecas sarcásticas, le humedecían las mejillas de pibe bueno. Se sintió estúpido, humillado: ni la plata del billete "premiado" ni el salario de la quincena.

Regresó a Caballito; entró en la casa, fue a la cocina para no ver a su mujer, pero ella estaba allí. Esther, presintiendo algo, le preguntó: "¿Qué pasó, Rosendo?". El "pibe" se echó a llorar y abrazándola le dijo: "Me jodieron, Esthercita, nos dejaron sin un mango".

Estaba deprimido; no tenía ganas de comer. La mujer no lo regañó; quería consolarlo pero no sabía cómo. Se acostaron a dormir.

A las once y pico Rosendo se despertó. Pálido, bañado en un frío sudor, sentía una opresión intensa en el pecho. La mujer se levantó atemorizada y le pidió a un vecino que telefonee a la Asistencia Pública. La ambulancia, alborotando con su sirena letífica, llegó en breves minutos. El practicante, mientras lo auscultaba, profetizó: "Esto puede ser un ataque cardíaco. tenemos que llevarlo a la sala de guardia sin perder tiempo, es urgente".

El hombre de la cara de caballo, fichado en la yuta como "Hansen el falsificador" prueba su suerte con un nuevo candidato en el bar de Medrano y Díaz Vélez, no muy lejos del hospital Durand. En una de sus salas, mientras tanto, Rosendo recupera la salud, pero en cuanto a la platita, "pelito pa' la vieja"•

Todo ha muerto. ya lo sé

Joaquín Solanas inició su precoz carrera de dibujante cuando cursábamos el tercer grado de la primaria. Hoy, cuando yo ya atravesé el Rubicón de la adultez, no tengo duda de que Amelia Soto, nuestra maestra en aquellos felices días de la infancia, fue uno de los impulsos, o la razón decisiva, que convirtió a mi compañero de correrías y travesuras en un eximio bocetista, en un vate del dibujo.

La rubia Amelia, con esa carita ingenua y sus blancas extremidades inferiores expuestas con creativa indolencia, despertó la capacidad artística del gordo Joaquín dibujos con las piernas cruzadas; otros, con las rodillas y los tobillos juntos, inclinados hacia uno u otro de los lados. Los había con las piernas de la Soto extendidas, o con una de ellas girando alrededor de un imaginario eje.

Todo iba sobre rieles: Amelia exhibía y el artista bocetaba. Hasta que una mañana cualquiera el gordo olvidó sobre el pupitre su última obra de arte, rubricada al pie con un ardiente dedicatoria.

Antes de salir al recreo, a la rubia Amelita (¡oh, destino cruel!) se le ocurrió recorrer los pupitres: un ángulo del dibujo del gordo, que asomaba debajo del cuaderno, despertó su curiosidad.

El resto es obvio. Cuando volvimos del recreo la Soto le pidió a Joaquín que se acercara. Y allí, en el podio sagrado, delante de toda la purretada, le estampó un soberbia y sonorísima cachetada. Un sismógrafo hubiera determinado que el bife de nuestra maestra alcanzó los 7,5º de la escala Richter.

Las huellas rosadas de cuatro (de los cinco) dedos de la maestra quedaron como muestra en su mofletado rostro. Estoy seguro de que en ese embarazoso instante el gordo decidió hacer un elegante mutis. Desde ese infausto día cesó de dibujar a la Amelia Soto, dicho con propiedad, a las piernas tersas y blancas que, sin duda, le quitaban el sueño.

En lugar de bocetarlas mientras la modelo “posaba”, el gordo dibujaba de memoria agregando detalles fruto de su imaginación proficua. Joaquín había iniciado la etapa creativa de su carrera. Al día siguiente, todavía agraviado, el gordo me propuso, con sopetón, tomarnos un día de “franco”: “Flaco. -me dijo- ¿Porqué no nos hacemos rabona?”.

La proposición, elocuente y atractiva, me sedujo. Y nos hicimos la rabona. El sol nos acompañó en la aventura, yéndose a pasear por otras galaxias. Las nubes, sonriente tenían todo el cielo para ellas.

El gordito y yo estábamos unidos en las travesuras, los juegos y las confidencias. Expresábamos con verguenza el cariño que nos ligaba. Éramos buenos compinches, un flaco, yo, y el otro regordete y bien alimentado, Joaquín Solanas.

Vivíamos en Caballito, en la calle Figueroa. La casona de los Solana era de estilo antiguo, con entrada para auto y bellos vitrales, vajilla de plata y porcelanas, sirvienta con cama y la mar en carroza.

Nosotros teníamos nuestra casa pegados a la casona, en un departamento al que se llegaba atravesando un largo pasillo. En realidad, era un conventillo, medio hotel con inmigrantes, para laburantes que vivían del fiado. Y a veces de la caza y la pesca.

Fuera del gordo, todos los esquenunes éramos reos diplomados en la escuela de calle, aunque algunos pisamos el palito de la lectura (Carlos de la Púa, Edgar Wallace, Verne, Salgari, Sexton Blake, y lo que venga). El gordo y yo leíamos todo lo que caía en nuestras manos: historietas, libros, revistas. Ibamos descubriendo con infantil asombro lugares remotos, o nos extasiábamos con secuencias de un mundo más simple, sin ordenadoras, con personajes buenos y malos, en el que siempre triunfaban Dock Savage, Dick Tracy, el Agente X9.

El tiempo nos pasaba entre juegos, lecturas y fechorías tales como tocar timbres salir disparando, o patearle el cajón de fruta a algún vendedor ambulante.

Fueron tiempos de ingenuidad; Caballito era un inmenso bosque encantado, con brujas y hadas; una aldea mágica con trapeceistas y payasos, calles adoquinadas y tranvías que nos desafiaban a bajarle el "trole", muertes y delirios que no entendíamos. Compañeros inocentes, a veces tiernos, otras torpemente crueles, huíamos de la tiranía de los viejos y la incompreensión de la gente mayor, atados a reglas y costumbres rígidas. Queríamos saber, aprender los misterios de la vida. O, como suspiraríamos tiempo después, "tomar el cielo por asalto". Pobres gilunes, nosotros, enfrascados en sueños que iban a terminar como crueles pesadillas.

Pero estábamos en el día de nuestra rabona: pues no fuimos a la escuela. Recorrimos las callecitas del barrio contándonos estupideces. Las morisquetas de Joaquín y mis imitaciones nos desternillaban de risa. Por último, transpirados, despeinados, los zapatos cubiertos de polvo y extenuados, decidimos terminar la aventura. También febo acabó con su rabona, reapareciendo jocoso en el firmamento.

Cuando regresábamos, el gordo y yo entramos a capela y a grito pelado: "Fet asoma/ ya sus rayos/ iluminan el histórico convento". Esa mañana habíamos perdido una clase de música. Y como quien no quiere la cosa, el gordo me dijo entre dientes: "¿Sabés una cosa, flaco? Yo la perdono a la Soto". Y el gilún sentimental se largó a hipar. Llegó Amelita. Rubia, angelical e inolvidable maestría de tercer grado.

La niñez quedó atrás. Al terminar la elemental, seguimos estudiando en la secundaria. Allí calentamos los bancos durante cinco adolescentes años. Aunque el gordo y yo ya no vivíamos en Caballito, nos veíamos a menudo. Casi todos los días nos juntábamos con los antiguos amigos en el bar Gaona, al lado del cine Pellegrini. Descubrimos el placer del primer cigarrillo; el paño verde nos hacía sentir "hombres"; saboreábamos aquellos balones espumosos acompañados con tostadas de crudo y queso. Y las estruendosas polémicas sobre la guerra, Perón, el marxismo, Codovilla, el origen de la vida y el revisionismo histórico. Joaquín, mientras tanto, se había transformado en un hábil dibujante. Su talento artístico se perfeccionaba en relación directamente proporcional a sus ensoñaciones eróticas.

En esa etapa de su vida el gordo, por fin, halló una nueva modelo: Angélica Dubois, profesora de francés. Alta, áspera y mandona, la "Dubuá" era una mujer de clase. No mantenía a distancia con aquella mirada felina que, pueden creerme, nos acobardaba.

Mas Joaquín era un apostador de cuna: la dibujaba al pastel y al óleo. Los arrogantes senos de la profesora recibían una meticulosa dedicación de orfebre. Los labios de Dubuá, decididamente eróticos y acicate para nuestras fantasías, resaltaban en sus obras como dos frambuesas afrodisíacas.

Antes de terminar los estudios nuestras vidas fueron tomando rumbos divergentes. Nos veíamos esporádicamente. La relación se desvanecía, como la infancia, esa hermosa vivencia del comienzo, del echarse a andar, del aprendizaje. Nos perdimos de vista.

De vez en cuando el gordo resucitaba en mis pensamientos. Era como frotar lámpara de Aladino y verlo a Joaquín plantado delante mío. Con la misma fugacidad desaparecía, se esfumaba como se disipan nuestros sueños nocturnos a la mañana siguiente.

Pasaron muchos años. En realidad, casi toda la vida. Ya no vivo en Buenos Aires, mi patria chica. En una de mis visitas, viajando una mañana cualquiera en colectivo, subí un tipo medio pelado, panzón y envejecido. Era uno de esos vendedores de baratijas de fauna porteña.

«Señores pasajeros, tengan ustedes muy buenos días. aquí les ofrezco este útil artefacto.»
«blablablá, blablablá; y por si esto fuera poco, también blablablá. ¡por cinco pesos solamente!»

Pasó a mi lado y giró la cabeza. no dudé: era Joaquín Solanas, el gordo, mi amigo de la infancia, el Cellini del lápiz. Callé; pienso que también el gordo me reconoció y por alguna razón prefirió seguir de largo. Me dejó cavilando.

Pasaron algunos días y el recuerdo de Joaquín no me abandonaba. Fue entonces cuando interpreté el mensaje. Yo quería, necesitaba revivir el pasado, recrear mi infancia. Tal vez el gordo que pasó a mi lado fue una sombra, un desgarró onírico. Incluso, ni sé si era Joaquín Solanas. Ni tenía importancia. Capté, angustiado, que la niñez fue el punto de partida, el comienzo de la vida; que yo me negaba a partir sin hacer esa última travesía. Era como protegerme de la parca, alejarla, hacerme inexpugnable. Estuve deprimido varios días.

Antes de irme de Buenos Aires volví a recorrer los lugares en que transcurrió mi infancia. Nada era igual, todo se veía distinto, cambiado. Me sentí como un intruso que pasea por extrañas comarcas. Busqué mi casa, a mis amigos; ví el potrero de la esquina hollado por un edificio flamante, la casona del gordo despintada, los paraísos de la Figueroa sin aquella fragancia esotérica. Yo, el extranjero, en mi propio barrio.

Mientras unas lágrimas boludas se deslizaban por mi facha, pensé: "Soy el forastero extraviado en el pasado; el que rastrea su ayer atesorado en alguna magnitud impenetrable". Inflado como una pulga debido a mi "brillante" metáfora, y como inútil responso por los tiempos idos, emponchados en un melancólico sudario de recuerdo pensé para mí: «Ché, viejos compinches, déjense de joder: Todo ha muerto. ya lo sé» •

¿Adónde te fuiste, Pajarito?

Lo llamábamos “Pajarito”. Me daba pena. Cuando nos veía jugar, la envidia, saberse distinto, lo ponían serio. Tenía la cara flaca y estirada, con arrugas de jovato en las mejillas y las sienes. Los ojos celestes, aguachentos, como si los hubieran puesto remojar en lavandina. La nariz delgada, todo tabique y un poco de yapa a los lados. El pelo era rubio amarillento y agresivo, que contrastaba con la blancura de la piel. Todo en “Pajarito” era módico, endeble y crujiente. Igual a la madre, una hija de tanos que vivía en un sucucho con Emilio (Pajarito), y la hermana, un poco mayor. Nunca vimos al padre jamás se habló del tema.

El pie derecho estaba a noventa grados en relación a la pierna: una moto le pasaba encima y en el Pirovano le hicieron una “cura” bárbara, pobre Pajarito. Por eso rengueaba. Cuando corría daba la impresión de que saltaba sobre un pie. Siempre que jugábamos a pelota nos miraba. Si alguien la tiraba dentro de la casa de alguna vecina cabrerera mandábamos a Pajarito a que diera la cara. Los gritos y los insultos eran todos para él. Nosotros, un poco alejados de la maroma y formados en semicírculo, poníamos cara de circunstancias.

La calle Figueroa, en Caballito, tenía un encanto especial: en todas las primaveras aparecían bandadas de mariposas multicolores. Diariamente, alguno de nosotros se trepaba a los árboles y cortaba ramas. Nosotros las pelábamos, pues sin las hojas el zamarraso era fatal.

Estábamos al acecho y ¡¡záz! las bajábamos de un certero y fulminante golpe. Era uno de nuestros juegos de “azar” preferidos; todavía no captábamos la crueldad de ese solo Pajarito nos observaba y a veces alguien la daba una rama pelada. Él las perseguía con piernita enclenque, y casi siempre la pifiaba. Entonces se iba, ovillado en la vergüenza con ser menos.

Una mañana, Pajarito nos dijo que quería subir al árbol para cortarnos las ramas. Nos miramos: Osvaldo “el Peluca” propuso que lo dejáramos. Nos acercamos a uno de los ejemplares más frondosos: lo izamos, se tomó de una rama y fue trepando hasta pararse en ella. Comenzó a cortar ramas pequeñas y las iba tirando.

“¡Dale Pajarito, dale!”, lo alentábamos. Una sonrisa le pintaba el rostro. No recordaba haberlo visto tan alegre y satisfecho, tan compinche nuestro.

Los que ya teníamos ramas nos fuimos yendo. Ubicándonos en lugares estratégicos esperábamos las oleadas de mariposas. Hacía calor. y nos olvidamos de Pajarito.

De pronto nos espantó un alarido: corrimos hacia el árbol y allí, tirado sobre los adoquines, yacía nuestro amigo en medio de un charco de sangre. El miedo y el horror con la caída no le borraron la sonrisa. La última sonrisa de Pajarito en su primer y postrer vuelo.

•

Ché Gaona

No me acuerdo: ¿fue ayer? ¿o hace mucho tiempo? La cosa es que volví a Gaona, sabés? Las baldosas me veían, se estiraban como alfombras y saludándome jocosamente murmuraban: “Chau, Rusito, ¿por dónde anduviste tantos años?”. Las vidrieras asombradas, sonreían y me guiñaban el ojo. Y sobre los flamantes carteles de flamante negocios aparecían, como cosa de magia, los antiguos carteles de antiguos negocios. Qué te batís, Caballito al norte?

La nueva “raviolería” de Gaona y Pujol volvió a ser la “zapatería Muñoz”. ¿Y es negocio de computadoras?. no lo podía creer: yo veía el letrero de “Vinerías La Superiora con la imagen de la monjita dentro del círculo. Posta posta. ¡Qué locura, mi madre! ¡Ché Gaona, qué sorpresa!

Pero lo más cómico fué el recibimiento de la iglesia de Nuestra Señora de los Buenos Aires. la turulata me tributó una salva, ¡sí! ¡una salva de campanazos! Y fijate que yo ni creo ni en mi sombra.

Pensá en la que se armó: repiqueteo de campanas a las tres de la tarde. ¡Todos los veteranos de mi viejo barrio (los sobrevivientes) se vinieron a Gaona! Me abrazaban, me besaban, reían a carcajadas y algunos lloraban (¿qué raro, no?).

Y en eso lo veo venir, igualito como entonces, al Lalo aquél.: “Ruso, Rusito. ¡Dale Ferro!” gritaba el Lalo, con el funyi marrón de ala gacha (¿será el mismo Lalo? ¿será mismo funyi?). “¡Veníte el domingo a la tribuna, Ruso, te extrañamos, ¡tanto tiempo! ¡Van estar el Fito, el Guri, todo el Triángulo Verde, venite!” me dice a los gritos. Caballito al norte, pucha digo, si es para no creer. Ahora me dicen “Ruso” y se me hacen agua los recuerdos, pero la bronca que me daba en aquellos tiempos. ¿Sabés?

Y luego, el encuentro con Osvaldo “Peluca” Rolón; sí, el que el padre era el encargado del correo en Gaona, entre el pasaje Amberes y Paramaribo. “Ché, Peluca -le digo con un corcho en la garganta-, ¿dónde andan todos los pibes?”, mientras me abrazo con mi amigo de la barra de Figueroa al 1200. “Los pibes, los pibes. están todos repartidos, Rusito”, me dice sin alegría. “¿Y adónde están repartidos, viejo?”, le pregunto con ingenuidad de oveja en el matadero: “Están repartidos por los cementerios. algunos en el de Flores, otros en el de Chacarita, y los que viven. yo qué sé, ché! Pero estate seguro que al de Recoleta no llega ninguno”, me dice, y los dos nos cagamos de risa!!

El barrio se aquieta. La euforia del reencuentro se va apagando, como un fósforo que se apaga como la vida. Las baldosas media chuecas bostezan resignadas. Me pareció ver a algunos árboles hacerme una especie de reverencia. Y juro que no me bajé ni un solo vaso de moscato.

Peluca y yo íbamos caminando por Gaona, a paso lerdo. Las vidrieras, tímidas coquetas, seguían guiñándome el ojo. Yo me sentía con un pibe, 62 pirulos más joven.

Y en lo mejor, en el momento más agradable, me vengo a despertar. ¡¡Pucha digo ché Gaona! ¡¡Qué bronca! ¿sabés? •

Cajitas de música

La cosa comenzó de repente. Como pasar de un sí a un no. O del frío al calor. O de todo nada. Pues me puse a chamuyar con la "Nostalgia". No, no es el nombre de alguna mina.es. nostalgia, no sé como explicarte. Mirá, es algo que te cacha cuando empezás a arrugarte. A poner viejo. Cuando tenés que preparar tus cosas para el último paseo. Pero no quiero irme en apronte. Lo que te voy a contar son algunas viñetas de los tiempos de la superheterodino (¡jufa: la radio válvulas!). Son pedazos de la vida; son cosas que ví, que escuché, que recuerdo, que generaron r heliotropismo hacia el Febo Buenos Aires. Son vivencias e impresiones que están metidas mi adentro. Prendidas en los sentimientos como una hiedra melancólica. ¿Entendés?

Yo vivía en Caballito. Un largo pasillo con seis "derpas" separados por unas paredes tísicas. Sucuchos sórdidos disfrazados de viviendas, con el piletón en el patiecito, dc piezas, el baño y la cocinita. A cielo abierto. Horizontales; como una planicie medio gibos agrietada. No voy a engrupirte: era un conventillo con medianeras. Un corralón venido menos, jubilado, aún con el olor a bosta y alfalfa; y las cucarachas, que compartía nuestras casas sin pagar el alquiler.

Te explico: eran como cajitas de música. En cada una tocaban una melodía distinta. Pero se oían al unísono. También los olores y aromas. Allí se mezclaban el puchero cc coliflor y el guiso insolente de repollo; no faltaban el humo "cantito de sirena" del asado carbón, y la corrosiva saladez de los arenques con cebolla y aceitunas al por mayc Gallegos, tanos, judíos y toda la cofradía internacional, metidos en aquellas latas c sardinas de ladrillo y revoque.

¿Pero sabés una cosa? En esos tiempos levantabas la cabeza y allí, en el cenit, bie de noche, las estrellas se deslizaban por la pasarela del cielo exhibiendo cenefa fascinantes. Hoy, para ver las estrellas tenés que alquilar un helicóptero o treparte a ur torre de treinta pisos.

Todo era abierto, simple. Los ladridos de perros a la luna, como dice el tango; el trir de los pájaros, las broncas de las parejas y las biabas que recibíamos de nuestros viejo. La vida era otra cosa. Más linda, pucha digo. ¿La verdad? te estoy macaneando: € nostalgia por los días de la infancia, por el pasado que se fue; por la pérdida de nuestro viejos. Y ahora, cuando ya somos veteranos de la vida, nos duele lo que no pudimos, r supimos o no alcanzamos a decirles. lo que tal vez nuestros hijos querrán decirnos cuanc ya no estemos pa' oirlos.

En aquellos tiempos las mismas circunstancias te llevaban a asociar tu vida con la c los demás; los juegos eran compartidos. No había "legos" ni "ordenadoras. La televisión el video no existían, no se escuchaban wokmen's ni transistores. ¿Te das cuenta? Hoy lc pibes pueden arreglarse solos, en sus cuatro paredes. Con la computadora no necesite amigos.

En los 30 y los 40 los pibes éramos tirifilos gilunes, nos entreteníamos con la pelota c goma, y si no teníamos las chirolas, fabricábamos la de trapo atada con piolín. Cuanc pienso en aquellos juegos de antaño, la escondida, el rango, el vigi-ladrón, las bolitas, balero, el tinenti, te juro que me digo: ¡qué inocentes que éramos, madre mía! ¡Un asco c giles!.

Ah, eso sí!. ¿Sabés para qué éramos vivos, piolas, pasados de revoluciones? Paí jugar con las nenas al "doctor y la enfermera". Claro, las viejas no eran chitrulas y ming de dejarlas "toquetearse" con los varones: "Que las nenas jueguen a las figuritas, a rayuela, a la 'mamá'. pero con las muñecas solamente". ¿Sabés qué? Uno ya debe naci con esa ligereza de manos, con ese manejo crapuliento de los deditos hurgando en ese cositas chiquititas que tienen las nenas; y esas ganas locas que teníamos de violarla

como si nos vinieran “desde el fondo de la historia”; como un ancestro heredado de nuestros abuelitos antropitecos.

Tené paciencia; tengo para contarte más historias que las de “Las mil y una noches”. Por ejemplo, las chácharas mañaneras que ocupaban a las matronas de aquellos años. Las mujeres de Caballito eran inagotables. Los secretos, voceados de casa a casa, parecían el código Morse vecinal; o burbujas que atravesaban el éter y llegaban a todo el barrio. Como globos de muchos colores y tamaños, que volaban y volaban y luego se desinflaban solitos. Aquellas cajitas de música, resonancia del pasado y veta de tantos recuerdos guardados en el arcón de la vida.

Yo jugaba a menudo en el patiecito. Recuerdo una vez que presté atención al parloteo de las cotorras: “Eh, doña Rosa, ¿qué va a cocinar hoy?”. Y la doña Rosa esa, mientras arrastraba sus pesadas piernas varicosas, respondió con abulia mañanera: “Hoy no tengo ganas de hacer nada, doña Tita, tengo una fiaca”. Y bajando la voz, aunque todas las chusmas escuchaban, añadió: “Es que anoche tuvimos ‘guerra’ con el Juan. ¡Qué le va a hacer, de vez en cuando hay que darles el gusto a los hombres! ¿no le parece?” Al decir esto se rió como una bataraza. Supongo que sus pechos, pródigos y desafortunados, debieron sacudirse convulsivamente.

El coloquio continuó imperturbable: “¿Se enteró, doña Rosa? la hermana más chica del Cholo está. mmm. como le diría. un poco gordita, ¿usted lo notó?” anunció la Tita con su vozarrón desafinado de contralto venida a menos. “¿También usted se dio cuenta? Quien me dice de esa mocosa, revolcándose por ahí. Y bueno, cuando falta la madre mire lo que pasa.”, aprobó la Rosa regocijada. De tanto en tanto, groseras y concupiscentes, las mujeres se reían a carcajadas. Sus cabecitas aburridas llevaban un relevamiento completo del barrio. Una especie de archivo vecinal que renovaban día tras día. Tiempo después, cuando la inocencia se me fue quedando en el camino, empecé a descifrar aquellas imágenes ingenuas y esópicas; a recordarlas con melancolía, enternecido por el candor de aquellas minas. ¡Qué sé yo porqué!

Las sillas de paja y los banquitos de madera, con la culera redonda ornamentando la puerta de calle, preanunciaban la asamblea de la tarde. Era la sesión preparatoria, vermouth sin platitos, los chismes de apuro que se cuchicheaban al pasar. (todavía tengo esa escena en mi retina)

Por lo general, las mujeres de la casa (Rosa, Tita, la Chocha, Angela, la Cocó y otras cuyos nombres se me borraron) eran las principales animadoras de los eventos.

Luego de la cena ya no había localidades para la tertulia. Sólo quedaba el “gallinero”. Las rezagadas tenían que ir corriéndose hacia el cordón. Desde allí escuchaban mal y veían peor. Además, por la orilla de la calle adoquinada corrían las aguas podridas y malolientes. El zumbido infernal de los mosquitos, y sus picadas letales, dejaban unos ronchas malparidas en las piernas y brazos, que provocaban la furiosa rascada de los participantes.

Los vecinos estaban sentados en semicírculo, con el primus, la pava y un par de porongos que pasaban de mano en mano. Nosotros, que merodeábamos sin hacer caso, esperaríamos el dichoso momento de rajarnos y armar un picadito. Los chismes iban y venían. Historias de adulterios; de hijos bastardos; de amores prohibidos o de jovencitas “haciendo eso” a espaldas de los padres; de fulana y mengana que le debían gaita al carnicero; de zutana que siempre se vestía como una atorranta; o comentando que el marido de la modista desapareció; o que hacía mucho que no veían a la mujer del vigilante: (“¿Qué habrá pasado?” insinuaban maliciosamente). Los hombres, agotados con algunos vinitos encima, cabeceaban. Los párpados parecían la Torre de Pisa a punto de confirmar la ley de Newton. Los más exhaustos roncaban. El calor húmedo, la brisa caliente, el sudor pringoso, no hacían mella en la energía vocal de las ñatas.

Nosotros aprovechábamos los blablás de las mujeres y la modorra de los hombres para entretenernos con la redonda de trapo. Pero no perdíamos una sola palabra: algo pescábamos y lo que no, lo fuimos aprendiendo en el tiovivo de la vida. Nunca faltaba la lechuga buchona que daba la alarma: “¡Pero estos chicos! ¿Qué hacen levantados a esta

horas?" Y el coro de gordas y flacas nos amenazaba con los dedazos estropeados con tanto jabón pinche y lavandina: "¡A la cama, a dormir!" Aterrizábamos en los catres y al rato soñábamos con Pedrera y Cherrito, o con la vecinita del cuatro, desnuda, la pija suavcita y blanca -como las sábanas que nuestras viejas lavaban con "azul y lavandina invitándonos a compartir su cueva encantada.

Al poco tiempo, también cansadas, las cotorras se ensobraban en los lechos con el matrimonio mientras oían a los maridos albañiles, carpinteros, peones o sastres ronca gemir, soñar. La noche les abría sus brazos y ellas, maltrechas, ataviadas con aquellos camisones baratieri, mofletudas y engrudadas al cuerpo de los "bellos durmientes" (que no querían saber nada de guerras nocturnas), se entregaban en los brazos de Eros Morfeo. También ellas tenían su pedigrí: que las compras, la cocina, la limpieza, el cuidado de los críos, el lavado y planchado de la ropa. y el cotorreo ¡Minas guapas, ¡te juro!

En todos los inviernos, de marzo a septiembre, las tertulias gozaban de unas largas vacaciones.. Con el verano pisándole los talones se reiniciaban los coloquios vecinales. Las cotorras ensayaban el nuevo repertorio, coleccionaban flamantes habladurías. Las campanas de las comadres tocaban a rebato; se refaccionaban las sillas y todo se ponía a punto: las funciones asomaban en levante. todo listo para la flamante temporada.

Casorios, velorios, bautismos, noviazgos, traiciones, peleas, enojos, mudanza abuelos, bebés, biógrafo, radio, milonga, mishiadura, quiniela: fueron parte de la vida que pasaba y se iba yendo. En ese mundo nació yo, che.

Allí me crié, me embebí de este porteñismo que penetró en mi caracú encandilado con el tango y esgunfia. Buenos Aires, bardo y colifa; casa grande, patria chica.

Cajitas de música tan distantes en el tiempo. Refugio de gringos, taperas ciudadanas de aquel Buenos Aires medio urbe y medio campaña. Aún se las ve por ahí cayéndose pedazos; o recicladas por algún arquitecto irrespetuoso y medio canalla. Pinceladas del Buenos Aires que era. Viñetas del Caballito que fue. ¿Ahora me podés entender gurrumín? •

La cola.

Tiene un andar pausado; hace rato que camina y se siente fatigado. Es la primera vez. ¿imagina dialogando con algún transeúnte ocasional: "Esta es la primera vez, sabe?. Yo no entiendo nada de estas cosas, que quiere que le diga". Y el imaginario interlocutor, que lo mira estupefacto, dice un poco intrigado: "Pero cómo, ¿nunca anduvo en estas cosas? ¿Y de qué vivía, si se puede saber?"

Julio viene del pasado; de un mundo que nunca lo trató como "niño bien". Los recuerdos se le apelmazan en la memoria. El barrio de la niñez; infancia de purrete pobre con pocos juguetes y muchas ilusiones. Amigos que quedaron en el camino; novias sin rostro esfumadas de la memoria. Y los viejos; inmigrantes en ese Buenos Aires cocolicheo de la década del treinta. Todo se ve tan lejano, marchito, amarillo como antiguas fotografías sepia que van empalideciendo con los años.

Supo de privaciones; zapatillas con el dedo gordo saliéndole de la proa; camisas con sabios remiendos que vencían al tiempo, hasta que los puños trepaban hasta los codos. Los cafés con leche aquellos, que succionaba en los antológicos tazones de antaño, como si fuesen los tibios pezones de la vieja que le daba de mamar. "Pucha que soy boludo piensa

Ya está por llegar; percibe las palpitaciones y un cálido envión ácido le trepa por el esófago hasta provocarle un ardor insoportable en la garganta. Mira hacia todos lados. Está caminando por la calle Lavalle. Bordea los sesenta; erguido, todavía ágil, Julio ha recorrido un largo trecho en su vida.

Fresca noche de mayo. Se anuda el echarpe y protege sus manos con guantes de cuero. Poca gente en Lavalle; se detiene en Maipú. Quiere fumar pero no le quedan cigarrillos; Julio se recuesta en la ochava. No se anima a pechar.

Prosigue la caminata; su destino ya está a la vista. Viste un traje veterano, exhausto listo para la jubilación. Los tamangos (como los llamaba el padre) acanalados por las ajaduras de la capellada; y las suelas, pobres suelas, parecían una feta de salame mil años. Julio conoció épocas mejores.

Allí los ve; son unos veinte más o menos. Están haciendo la cola; tiesos, roncando, conversan; algunos están apoyados en las luminosas vidrieras de Florida. La gente pasa y los observa con curiosidad. Julio se acerca a paso tardo: "¿Aquí termina la cola?" pregunta con voz pausada. Uno desde la fila le dice que sí, y lo mira discretamente. Julio ocupa su puesto y no bien se detiene, una pareja se ubica a continuación. "Parece que el negocio marcha", se dice a sí mismo.

Contempla a los integrantes de la cola. Gente de todas las edades, en especial gente mayor. Por allí adelante ve a un par de bolivianos que conversan entre sí. Uno de los que esperan está vestido como un dandy de los años cuarenta. El traje le queda un poco holgado y tiene anudado al cuello un lengue estrafalario. Las ondas del cabello canoso y pinta lo hacen parecido a un antiguo actor de cine, un Florén Delbene envejecido.

Una tos dodecafónica lo devuelve a la realidad. La cola se ha alargado un poco. Julio echa un vistazo: otros seis o siete clientes la han engrosado. Algunos llevan abrigos, otros paraguas, otros están vestidos con sobretodos o tricotas descoloridas. Todos aguardan; se nota que les sobra el tiempo y la paciencia. Mira la hora en su "longines", recuerdo de los buenos tiempos.

-A la flauta, ya se hizo la una de la mañana -opina a media voz.

La mujer que está detrás recoge el comentario. Dirigiéndose a su pareja le susurra suavemente:

-Estamos aquí desde las doce menos cuarto. ¿no es cierto, Floreal?

-Qué le vamos a hacer, vieja: tenemos que esperar. no tenemos más remedio - contesta el hombre mirándola con pena. -Ayer a esta hora ya estábamos volviendo a casa: tené paciencia, no faltará mucho, vieja.

-Ustedes vienen a menudo? les pregunta Julio animándose.

-Y sí; no nos queda otra. ¿Usted sabe? Nosotros venimos desde Villa del Parque, a que imagínese -le responde la mujer.

Julio asiente con la cabeza y se queda pensativo. "Altri tempi, eh, viejo? Altri tempi. pucha digo, viejo. Cuánto tiempo hace que te me fuiste: pero creo que ahora estamos más cerca que nunca, eh?", musita en silencio.

La cola comienza a moverse. Se escuchan leves murmullos, vuelve la vida, la gente recobra el ánimo; se observan tímidas sonrisas. Julio descubre en ese muestrario de seres que hacen la cola un rasgo común y comovedor: son un fragmento de la condición humana, son sus hermanos. los vencidos, los sin esperanzas.

La corriente lo lleva; los primeros de la cola ya se están yendo. También el "Floré Delbene" arrugado, con la pinta de dandy de cartón, se le va borrando por Florida al norte.

Se está acercando; llega por fin y también Julio estira la mano: el paraguayito de Burger Ranch le entrega la bolsa de plástico, colmada con las sobras del día. Se sonroja, le da las gracias y se pierde entre la gente que todavía pasea por Florida. Hacía dos días que Julio no comía. Mira el "longines": las dos y cuarto. es la primera vez. Su primera vez. En Buenos Aires, modelo Menem, 1997. •

Crónica del Planeta Tierra

Las tinieblas de la noche se desvanecen. Delicados resplandores carminosos despuntan en el horizonte, allí donde confluyen, como dos constelaciones antagónicas, noche que fenece y el nuevo día.

Una silenciosa muchedumbre, indiferente a la majestuosidad de la aurora, se pone en marcha. Recorre cotidianamente callejuelas y sinuosas cortadas en los suburbios del planeta. No tiene prisa; tampoco destino. Marcha impávida, sin alterarse. Multitud gris taciturna, de ojos apáticos e impassibles, que miran al vacío. Es una procesión de rostros sin formas definidas, carentes de identidad.

El singular gentío no parece tener nociones de tiempo y lugar. Se desplaza suspendido en una extraña dimensión de ausencia. Como si transitara por una autopista astral, ingrávida, bocetada en el espacio mediante líneas invisibles y figuras geométricas cuneiformes y raras, fuera de los límites del planeta. Allí donde reinan la oscuridad eterna, las tinieblas, la nada.

Y más allá, en la galaxia de la cordura, languidecen los signos y símbolos de existencia humana, síntomas inequívocos que presagian la evanescencia del tiempo, espacio y la vida.

Las columnas se alargan. Día a día las van engrosando ancianos, mujeres y hombres jóvenes. También niños con sus piernas rígidas, como estacas, avanzan con un andar peculiar: no flexionan las rodillas, arrastran los pies. Muchos, por hambre o agotamiento pierden el equilibrio, caen y vuelven a levantarse: como si se deslizaran por una inmensa patética pista de patinaje.

El silencio mustio, cóncavo, refleja por contraste la estridencia ensordecedora de la muchedumbre que marcha. El onomatopéyico *trram. trram. trram* resuena sobre el asfalto como un eco estereofónico, brutal, violento e insolente.

Algunos transeúntes contemplan a la gente con curiosidad; otros, con pena. O lástima. El mutismo, fantasmal y macabro, boceta un cuadro de alucinación y delirio.

Alguien de la multitud susurra una pregunta: “¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál es nuestro rumbo?”

“No tenemos metas, hijo. excepto sobrevivir”, murmura, como en un rezo, un anciano de hirsutos cabellos blancos y una nariz en forma de pico.

Una jovencita los ve pasar. Está vestida con elegancia. Una gargantilla le acaricia delicado cuello, y los pendientes de oro parecen causarle un extraño placer. Encara al mozo del bar y lo sondea con un tono ingenuo que encrespa:

-¿Quiénes son estas personas? ¿Contra quién protestan? ¿Están de huelga, qué es lo que quieren?

-Perdóneme, señorita, ¿usted no lee el diarionet, no mira nunca su digitelevicófono portátil? inquiere el mozo, fastidiado.

El sol trepa entre los confines celestes y brumosos del horizonte. Ahora parece un destelante e inmenso círculo de fuego. Su rojez anaranjada se destaca contra el cielo tiernamente azulado.

Cómodos vehículos con motor de energía solar se desplazan veloces, silenciosos y seguros por las avenidas y autopistas. Grupos familiares, en la habitual pausa de alienación hebdomedaria, se dirigen a sus placenteros fines de semana en las zonas verdes, alejadas de las urbes superpobladas.

El transporte público, los coleópteros, vuela por las rutas aéreas asignadas a cada línea. No hay muchos pasajeros. Los que viajan observan, en el este, el matiz escarlata del promisorio crepúsculo. Y en el oeste, ven a las columnas de la desesperanza que se mueven con ese ritmo triston, monocorde e indolente, que conmueve y angustia.

Nuevas muchedumbres grises surgen por los bulevares y suburbios metropolitanos. Las piernas parecen enmohecidas, los ojos sin expresión. Los tacos martillan sobre las calles y resaltan el silencio. Otros restriegan sus gastadas suelas contra el empedrado; muchos caminan sin calzado.

De vez en cuando se escuchan llantos de bebés escuálidos. Hambrientos exhaustos, succionan pechos estériles de madres agotadas. Los niños imploran lo imposible; finalmente callan y duermen. Algunos agonizan mansamente, ya sin fuerza para los gemidos que preceden el fin.

Las columnas no se detienen. a veces se lanzan a la conquista de residuos de comida, volcados indolentemente en los recipientes de desperdicios de los restaurantes y bares. No hay para todos: rige la ley del más fuerte. Los débiles van cediendo. Se tambalean pero prosiguen. Finalmente se desploman. Los que tienen familiares reciben ayuda; sobreviven a pesar de todo.

Otros, acurrucados, quietos, esperan que la caridad pública los traslade a algún hospital. Los demás agonizan, aguardando resignados que la muerte se apiade de ellos y los libere.

Año 2011, siglo XXI. Ocurre en todo el orbe; en el primer mundo o en el tercero. En todas las áreas del planeta se multiplica el número de convictos sin condena, cuyo único terrible delito es haber nacido en el siglo XX, el siglo del robot, la computadora y la telecomunicación; el siglo en el que el amor devino en maldición, el odio en virtud, la mentira en fuerza, el soborno en gratificación.

Las columnas de menesterosos se han convertido en el estiércol marginado de la sociedad de la opulencia. Es la masa gris que marcha por los arrabales de la democracia, informe en su esperanza y uniforme en sus carencias. Desde hace años, la muchedumbre retoma cotidianamente su calvario, su peregrinación al Gólgota de la sociedad de abundancia, en la que es crucificada sin que sepa por qué.

¿Existen? ¿Sueñan acaso? ¿ Perciben aún el amor? ¿O son figuras de cera, muñecos de escaparate, títeres en el proscenio cruel y humillante de la existencia humana? El mundo que se autoproclama cuerdo no les presta atención: hace tiempo que dejaron de ser noticia.

Van desplegándose las sombras; una oscuridad huraña envuelve a las muchedumbres. Los espectros se desconcentran; buscan refugio en los umbrales, en viviendas abandonadas o en construcción, en las bocas de los subterráneos y estaciones de trenes y coleccionistas. Hay quienes se albergan debajo de los puentes o autopistas. Hasta el día siguiente, en que nuevos marginados se sumarán a la tétrica procesión. Otro día, sin embargo, faltarán a la cita. El CCM (Crematorio Central de Menesterosos) funciona durante las veinticuatro horas. Con las primeras sombras de la noche salen a recoger los cadáveres las *Cuadrillas de Voluntarios de Rifkin*, llamadas así en homenaje a Jeremías Rifkin, el sociólogo utopista americano del siglo pasado, autor de un opúsculo titulado curiosamente "El fin del trabajo".

En los centros de producción del planeta tierra, raudos, sofisticados y sigilosos equipos automáticos producen, a velocidades siderales, todo lo necesario para vivir y disfrutar.

En las fábricas casi no hay trabajadores. unos pocos técnicos atienden las ordenadoras de producción y contabilidad. Algunos científicos se dedican a experimentar nuevos programas de desarrollo. Diariamente, camiones con acoplados descargan en gigantescos depósitos las mercaderías que no se consumen en el mercado de libre competencia. Muchedumbres famélicas, depósitos abarrotados.

En los "shopping's", entre tanto, se exponen sofisticados aparatos computerizados digitales, delicados alimentos, confituras deliciosas o atractivas indumentarias. No para los marginados. Ellos no son parte del mundo cuerdo. Esto acontece en el planeta tierra, año 2011, siglo XXI •

El accidente

Caminaba distraído; más bien preocupado. Lo habían despedido hacía algunos meses. Se sentía agredido por la realidad: la percibía despiadada, intolerante ensañándose con él. La incertidumbre y el temor al futuro se le clavaron como una espiral endemoniada, ponzoñosa. La mujer no cesaba de sermonearlo, de quejarse sin pausa, con enrostrarle el éxito de los amigos y reprocharle sus fracasos.

Tal vez por eso no vio venir el auto rojo ni escuchó el grito de la mujer advirtiéndole. El guardabarro lo arrojó con violencia sobre el pavimento y al caer sintió que la cabeza daba contra el cordón. Percibió el dolor, intenso, impiadoso, burlón. Y luego nada; una dimensión hueca, oscura.

Abrió los ojos con un parpadeo indolente. Contempló la calle desierta; los árboles configuraban una línea prolija, elegante, que iba perdiéndose en la perspectiva del horizonte de su mirada. Entonces recordó el accidente. Trató de incorporarse; una vez más sintió la punzada en la cabeza, alrededor de la nuca. Se miró la ropa: estaba entera solamente un poco de suciedad en el pantalón y la campera. Sonrió feliz; estaba vivo, no había ocurrido nada serio. “Pudo haber sido peor”, pensó.

La calle estaba desierta. Echó a andar en dirección a ningún lugar. No conocía la vecindad; tampoco le importaba. Hacía meses que pateaba horas y horas por los barrios de la ciudad. Al principio buscaba trabajo, cualquier ocupación. La voz de su mujer avinagrada y sentenciosa, obsesionaba sus sentidos; una angustia hosca invadía sus pensamientos. Luego, el salir a caminar por la ciudad recorriendo recovecos que no conocía le proporcionaba, por momentos, una calma desconocida, un sosiego bienhechor. Como una amnesia temporal que lo hacía olvidar de la realidad, ingrata y lacerante.

“Es raro -pensó-, me siento tranquilo, sin angustias ni acosos. No tengo ganas de volver a casa. No; estoy podrido de ser el blanco de su agresión. No quiero oírle sus vozarrón monocorde y punzante. Cuando ella me regaña es como ver su dedo acusador delante de mis ojos. No; todavía voy a seguir andando por estas calles desconocidas”.

Ya no sentía dolores; tampoco en la cabeza. Quería compartir el gozo de haber sido víctima de un accidente del que salió indemne. Pero la calle estaba vacía; ni un alma. “Lástima -pensó-, hubiera querido contarle a alguien este pequeño milagro. Pero lo mismo da: qué le importa a la gente las penas o las dichas de los demás. Cada uno en lo suyo y el resto del mundo que reviente”.

Lo colmaba una beatitud que se esparcía por todo su ser. No pensaba en su mujer, en la falta de empleo, o en las deudas que lo acosaban y no le daban reposo. Observaba la tersura de algunas nubes navegando por el cielo límpido y celeste, transparente como un cendal delicado, y se sintió estremecido por un placer desconocido. El aire era fresco; se percibía su pureza, y un aroma fragante, como de rosas y jazmines, le generaron una sensación agradable.

Anduvo un rato largo; no estaba cansado, tampoco tenía sed, o hambre. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un bienestar así. Se sentía feliz. Esbozó una sonrisa plácida. “Como cuando era pibe, viviendo protegido por los viejos; sin las angustias de la vida adulta, sin las malditas deudas”, recordó meneando pausadamente la cabeza.

Siguió su marcha; se detuvo un rato, contempló los alrededores. Y de pronto se acordó: “¿Dónde está la mujer que me gritó ‘cuidado con el auto’? ¿Y el que manejaba el coche? ¿Por qué no se detuvo para ver qué me sucedió?” Las respuestas eran burlonas y crueles. Su mente no las admitía.

Ese silencio cóncavo que lo escoltaba desde hacía rato; las ausencias, la soledad espectral de las calles que iba recorriendo; el apacible y lejano tañido de campanas; ese murmullo de gemidos que parecía un réquiem coreado a capella, le produjeron congojos. Un lagrimón furtivo le birló la sonrisa. Por que sólo entonces comprendió la verdad de su historia: estaba muerto. Irremisiblemente muerto •

El «Profe»: a modo de prefacio.

Las historias y los personajes que presento a continuación son una mezcla rara de “Museta y Mimí”. Los protagonistas conforman una conjunción de gente que conocí. Con algunos no brindamos una afectuosa amistad. En definitiva, tomé rasgos de unos, chifladuras de otro sentimientos y pasiones de todos, y así pude ir elaborando los diversos prototipos de gente que aparecen en mis relatos. Como Orlando. Pero Orlando Roig es, sin lugar a dudas, el eje de estas historias.

Tengo en mente un parangón absurdo, alevoso e insolente: en la medida en que también “Profe” es un ‘antihéroe’, tiene puntos de comparación, y también de disenso, con el inolvidable Phil Marlowe. Éste actúa en el mismo escenario que Orlando Roig, sólo que Marlowe está del lado de la ley, pero de acuerdo a ciertos principios capaces de situar a esa ley, y a sus representantes, en picota pública. Sabe que la ley y la moral no van de la mano. Por eso opta por la moral, y a la ley que la parta un rayo.

Orlando y sus amigos no se compadecen con la ley, ni con sus agentes. Entienden, por su propia y dura experiencia, que las leyes tienen, como las monedas, dos caras, dos interpretaciones.

Pero Roig y Marlowe tienen normas comunes: el honor en su trabajo, el odio a los poderosos al poder que se gesta, al margen de la ley, en nombre de la ley. Rechazan la mentira y la violencia vengan de donde vinieren. Son, a su modo, ingenuamente cínicos. Pero puros; de una pureza que en este mundo de aldeas globalizadas, robots y mediática, sólo los marginados y los vencidos pueden entender. Por eso Roig y Marlowe, los antihéroes, son en realidad los auténticos héroes de este fin de siglo. Y lo van a ser del próximo, del siglo XXI, tan al alcance de la mira. (*)

Con respecto a la “mala junta”, y sin justificarlos, quiero recordar que Proudhon sostuvo, hace un siglo y medio atrás, que “La propiedad es un robo”. Y si no lo creen, fíjense en esas “transnacionales” que recorren el mundo sin dejar títtere con cabeza. Y en aquellos lugares del planeta en que ellas sacuden las alforjas repletas de dólares y chafalonías, ya nunca vuelve a crecer la hierba de la vida.

En definitiva, las “pequeñas chorrerías” de Orlando, Manolo “Picapiedras”, Néstor el “mecánico “Rabanito”, “Tonio”, y todos los maestros y discípulos del arte del choreo y el “levante”, son nada, comparado con los crímenes, las defraudaciones, el soborno, el chantaje, el espionaje, tortura y todo el catálogo de crueles delitos que cometen los gobernantes, políticos, policías, jueces fiscales, funcionarios de alto nivel y los insignificantes mandaderos que, aún en sus minúsculos predios de poder, exprimen a los pobres habitantes del planeta ¡Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados!

El “Profe” tiene un código de honor: no arranca carteras de ancianas indefensas; no roba sobre el sueldo a nadie; no viola mujeres ni menores; no asalta bancos ni negocios bajo amenaza de un bufoso sembrador de muertes; no le curra los ahorros de toda la vida a personas inocentes, como lo hacen las empresas y aves negras que, generalmente, actúan en connivencia con los poderes y los poderosos. Odia la falopa y a los traficantes de la muerte. Y a los consumidores los consuela con su piedad, pero se aparta, porque sabe muy bien que un drogado es carne de la yuta. Él sí respeta la vida humana: del “no matarás” hizo un culto laico, sin alharacas. Se niega a portar armas y no trabaja con asesinos.

¿Qué presidente, qué primer ministro, qué miembro de un gobierno, qué jefe de policía o qué tira rastrero, insecto del poder, puede exhibir un “prontuario” como el del “Profe” Orlando Roig?

Orlando Roig no es un santo. Es un ladrón de autos, solitario, trotamundos en las junglas de noche, que ama a su familia, respeta a sus colegas, le gusta el Gancia blanco, toma café, fuma sus cigarrillos como Humphrey Bogart en “Casablanca”, y escabía ginebra. Recorre las tinieblas del Gran Buenos Aires prepeando con su antológico valiant negro, “el mejor auto del mundo”, como gusta repetir. aunque esté “escashato” cada dos por tres.

Con respecto a las historias. Así como los prototipos que describo en los cuentos son auténticos, pero fragmentados por la conjunción de varios personajes, también las anécdotas forman parte del folclore del choreo entreverado con una pizca no pequeña de imaginación. Los lugares, los hechos y los personajes secundarios son elaboraciones circunstanciales que dan una base al tiempo y el espacio de mis relatos. Todas esas precisiones son conjeturales y están a mi servicio, con el autor.

No soy yo el que va a juzgar la calidad de mis relatos; pero me valió la pena describir calle momentos, gentes. Como quedaron hibernadas en mi memoria a partir de mi exilio, en octubre de 1975. Con mi afecto desgarrado por una ausencia impuesta a mi pesar.

El amor a Buenos Aires, melancólico y sencillo como una chirola de cinco guitars, la piantadu congénita e incurable que tengo por mi barrio de la infancia, ¡¡arriba Caballito, nomás! fueron inspiración, la breva madre alojada, silenciosa y compinchera, en un rinconcito perdido de la zabec O como una esquirla afectuosa durmiendo la siesta en alguna esquinita invisible del “bobo”.

Los personajes de los años setenta tienen algunos rasgos, ¡como no! de antiguos esquenun que fueron amigos míos en la infancia, allá por el treinta y pico, en Figueroa entre Paramaribo Paisandú.

Sin ruborizarme, confieso mis pecados de purrete, que Dios los tenga en la gloria amén. Es q para sobrevivir en aquellos años, los rantes pobres como nosotros teníamos que pegarle un biaba a una manzana que te hacía señas desde el carrito ambulante, y chacar el Tit-bis o El Tony cuanc el canillita contaba un vuelto, y manotearnos unos caramelos y salir de raje, y buscar chirolas en enrejado de los desaguaderos de las calles. Y así, tantas aventuritas que también otros narraron.

Espero que el lector disfrute con estas historias. No hay en ellas conflictos psicológicos, personajes retorcidos o mansiones suntuosas. Hay vida cotidiana. Tramas con gente de carne hueso que le saca la lengua a la sociedad formal y bien educada, atrapada en estúpidas moraliñas prejuicios castrantes.

Mis personajes no son como la “teoría gris”, sino como el “árbol de la vida”, que es “verd eternamente verde”. Por eso los amo; y deseo que el lector comparta conmigo esos sentimientos •

Andrés Aldao; enero 22, 1999

(*) Esta mención de Philip Marlowe es una cálida alusión al más grande de todos, al mítico Raymond Chandler, cuya filoso busturí penetraba en los recovecos y las alcantarillas sucias de las urbes, hurgando en trasfondo de honorables ciudadanos, cuyas máscaras de respetabilidad ocultaban la lujuria y sus instintos de destrucción. Chandler no fue un mero escritor de “policiales”: fue el patólogo de una sociedad enferma de soledad y crímenes. Sólo que él crucificó la hipocresía de los ricos y poderosos con la ayuda de Marlowe.

1. El Polara se Convierte en Guanaco

Ojos de águila, penetrantes, casi encaramados sobre la nariz aguileña. Las piernas medio combadas; y esa rascadita sobre el “bobo” con los dedos algo curvado como si tocara un trémolo sobre la guitarra. El pucho y los labios eran compañeros causa: siempre juntos. Así era Orlando Roig, el “Profe”. Capaz de “levantar” un auto en cuatro segundos. O en cinco. Su faena era rápida, limpia y meticulosa. Tenía un golpe de vista nada común: sea para elegir la presa, husmear el peligro o brindar su confianza. Aunque en esto último, a veces pifió fiero.

Néstor, un mecánico del taller de Barracas de la línea 24, le pasó el encargo de un conocido suyo, un tal Chiappe. El tipo tenía un dodge polara blanco con techo vinílico negro. El auto fue chocado y hecho mierda. Chiappe quería que el Profe le “consiga” un polara del mismo tipo, con la carrocería en buen estado, para hacerle el cambio empleando el motor original. Orlando aceptó.

Luego de recibir el “trabajo”, Orlando viajó esa noche por el camino negro hacia Dock sud. Entró en Avellaneda por la Belgrano, a la altura del Fiorito tomó en dirección docke, cruzó la Mitre y antes de la Av. Roca comenzó a escudriñar por las calles aledañas en busca de un dodge polara.

Esa tarde le telefoneó a alguien que le dió un dato seguro. En el docke había un polara con esas características: dodge blanco con techo vinílico negro: “Una preciosura”, dijo el informante.

Tenía la dirección y la descripción de la casa. Todo coincidía, pero la presa no estaba. Orlando prendió un “Jockey”, retomó hacia la Av. Mitre por Iriarte, llena de pozo. La cruzó, también la Belgrano, y estacionó detrás del Fiorito. Lentamente caminó hacia Mitre; nada lo apuraba.

Entró en un bar; pidió café y una ginebra. Los ojos de águila, semicerrados. Tomó el café en sorbos cortitos, bien aspirado. El Profe cavilaba meneando la cabeza: “Le pedí poco al Chiappe ese: ¡qué boludo que soy!” Pensó en eso, cabrero. Se dió un trémolo sobre el cuore, apuró el café y la Bols, otra pitada y miró la hora: casi medianoche. Pagó y se fue.

Se arrimó al valiant, abrió la puerta, prendió otro cigarrillo y se dirigió a su puesto de vigía. Noche de un calor bochornoso; el gran Buenos Aires exudaba ese sudor ácido, bravucón y maloliente. Enero en el verano rioplatense. Húmedo, pendenciero, agobiante.

También Orlando transpiraba y fumaba sin pausa. Sus ojos escrutaban implacablemente las tinieblas de las callecitas del Dock sud. De pronto lo vió: rutilante, pulido, como nuevo. el polara ese, esquivo, taimado, provocativo y seductor.

En la casa había luces. Adelante el jardincito, con flores, helechos, plantas y un medianera petisa y coqueta. Al lado de la puerta enverjada, una placa: “Fulano de tal rematador”. El auto lo deslumbró más que la placa fulgiente.

La noche fue cerrando sus ojos. las sombras se hacían más sombrías. El Profe dejó el valiant a unas cuadras, apagó las luces y fue caminando lentamente.

Barrio de viviendas bajas, jardines prolijamente cuidados que distraían el ocio de los jubilados. Todavía se veían casitas de dos pisos hechas de chapas. Pero también había llegado el progreso: cementaban el jardín, levantaban paredes y ponían un portón con esos que se veían en las películas. El nuevo docke, los nuevos ricos, los últimos modelos de autos. Ahí vivía la clase media más o menos acomodada. El docke civilizado, con desagües a granel. Hasta allí no llegaban las aguas tumultuosas del Riachuelo, sudestada con los nocivos olores que agobiaban a los vecinos de allende la Av. Roca.

Orlando dió una vuelta, contempló el mundillo de las sombras; miró hacia atrás, a los costados. Escuchaba los gemidos de la noche; los apasionados y apenas audibles

cuchicheos y suspiros de los lechos copulados. El Profe era un veterano del escruche y espiante. Cientos de nochecitas levantando autos en las propias narices de los dueño Hijo pródigo de madrugadas ociosas llenas de cuentos de hadas, miserias y crueldades Orlando tejía y destejía ilusiones en las noches del gran Buenos Aires. Respiraba y tos con esa flema en sol mayor que pugnaba por salir, ¡y no había caso!

Prestó atención; silencio lúgubre en la casa del rematador. Tal vez dormían, o quiz fornicaban empapados de sudores acres y porfiados. El rematador nocheaba mientras polara, estacionado frente a la casa, parecía un diamante legítimo extraviado en un basural.

Miró la hora: casi las dos de la madrugada. Estaba excitado; el polara lo engualichó. Entre pitada y pitada fue construyendo su plan de acción; necesitaba un "aguantadero" para el dodge. Los nombres giraban en su bocho como una perinola descontrolada: los iba deshechando uno a uno. De pronto, una sonrisa humanizó su porte aguileño; un nombre surgió en su mente: primero como una bruma tramposa que no le daba foco; y luego imagen nítida: el "Bizco". Con aprensiones, pero fue a verlo.

Cruzó el puente Pueyrredón y tomó por Montes de Oca. Bordeando el centro llegó Iriarte, cortó por Alcorta desembocando en la Sáenz. Luego cruzó el Puente Alsina. Durante el viaje fue trazando el itinerario para llegar a uno de los barrios aledaños como Ramos Mejía.

En una extraviada estación de YPF detuvo su valiant, cargó veinte litros de "especie" y desde una cabina de teléfonos marcó el número de Pedro, alias el "Bizco". Sonó largo rato; por fin, el Bizco atendió: "Voy para tu casa", le anunció Orlando. Resignado, el Bizco aceptó.

Las tres de la madrugada; encendió un Jockey, secó su sudor y se fue acercando sigilosamente a la morada del Bizco. Pasó de largo; nada a la vista: tan sólo un gal desmemoriado que tocaba a diana. Demasiado temprano. El Profe dejó el coche a unas cuadras.

Recorrió la distancia a pie. Apretó el timbre una vez y la "yapa". El Bizco, sin duda un personaje pintoresco, estaba vestido con una bata de seda púrpura. Le abrió la puerta. Jubilado del "levante" activo, en el fondo de la casa tenía un galponcito que a veces "prestaba" a los viejos compinches del choreo. Por unos módicos mangos, naturalmente.

Al Profe, el bizquete no le gustaba mucho. Tenía el convencimiento de que Pedro era el medio soplón de la yuta: «Así les garpa la vista gorda que hacen con sus negocios pensó. Pero estaba acorralado; necesitaba la biyuya a cualquier precio, y el Bizco era la única posibilidad. Charlaron de bueyes perdidos, recordaron las viejas fechorías escabieron ginebra y cerraron trato para el jueves de esa semana: Orlando iba a "levantar" el polara y Pedro le haría de campana.

Luego del encuentro con el Bizco, el Profe fue a vigiar otras dos madrugadas. La misma rutina, noche tras noche. Todo igual, sin cambios. Llegó finalmente el jueves.

Se aproximaba la medianoche y la tormenta se venía desafiante. Un viento malhumorado silbaba desafinando. Estrellas solitarias e irascibles aparecían desaparecían en el cielo, que fue adquiriendo una negrura cabrera y provocativa.

Orlando se aproximó a la casa del Bizco: éste lo esperaba en el zaguán. Los truenos resonaban a repetición. parecían un coro de barítonos y bajos practicando escalas en un ensayo. El Bizco se ubicó al lado del Profe; se notaba nervioso, intranquilo: "Lo hago por vos, Orlando. yo ya no ando en ésta", le susurró con voz apocada, apenas audible.

El Profe no le dió ni la hora. Y pensó: «Flor de hijo de puta sos vos». Se fue acercando al Dock sud. Relámpagos en cortejo, y tomados del brazo, le dieron un toque dantesco a la lluvia, que caía con fuerza inusitada. Ambos callaban. Mientras, un procesión de arrogantes gotas tamborileaban un candombe acompasado sobre el techo del valiant. Orlando, imperturbable con su pucho entre los labios, estaba alerta, en tensión. ¿La lluvia, la tormenta? No le hacían ni fú ni fá. Fuera del polara, el mundo exterior no existía. Él era un artista del levante, el Picasso del choreo, el rey del safari en la selva de asfalto.

Charcos de agua nauseabunda en cada bocacalle y en los incontables pozos de las callecitas del docke. La lluvia, desdeñosa, no amainaba. El valiant atravesó la Mitre por 1 de Octubre, cruzó la barrera, y amagando unos metros por la Roca tomó por Lamadr hasta Ricardo Gutiérrez. El auto tajeaba el corazón del docke; dobló en Iguazú y estacionó entre dos camionachos. La oscuridad y el silencio se besuqueaban bajo la lluvia. El Profe sonrió; Satanás no lo haría mejor.

-Cuando me veas pasar con el dodge podés tomártela, Pedro. Éste no le contes limitándose a asentir con el morro. Orlando se encogió de hombros, prendió un cigarrillo fue en busca del botín.

Lo acompañaba un pequeño bolso, con los útiles de escruche y fractura. Sacó del bolso los chanclos de goma, se los calzó, se abotonó el impermeable, y prensado contra las paredes de las casitas buscó refugio. La lluvia arreciaba. "Mejor así -masculló con pucho mojado-; la yuta no trabaja en una noche como ésta". Dió una vuelta por los alrededores. Quietud de campo santo, ni un alma.

Orlando se escurrió hasta el polara, sacó el manajo de llaves, fue probando: a tercera intentona percibió que el pestillo subía saludándolo con un alborzado "tac". No perdió tiempo: abrió la portezuela, arrancó las conexiones del tablero, empalmó los cables del arranque y el polara resopló. En unos segundos se desplazaba, soberbio, en la madrugada aguachenta. Enfiló hacia la Mitre no sin pasar antes delante del valiant. El Bizco lo vió, arqueó el pulgar con el índice y le hizo una seña.

El Profe se estaba guisando dentro del auto. Las gotas de lluvia danzaban sobre parabrisas y al rebotar parecían minúsculas perlas de cristal. Su bobo brincaba desbocado al ritmo arrítmico. Una vez más atravesó esos barrios del sur que conocía tan bien. En cada recoveco, la mirada atenta. No había signos de peligro. Ya estaba cerca; la adrenalina fue serenándose. Percibió entre la niebla la casa del Bizco; apagó los faros, se introdujo por la senda de pedregullo hasta la entrada del galpón.

Una vez adentro, Pedro cerró el portón y encendió la bombita: la belleza del polara encandiló al Profe: el blanco immaculado de la chapa, el negro azabache del techo vinílico.

Llegó la hora de los cambios. Al día siguiente fue al taller de la línea 24; el polara con Chiappe lo esperaba. Le quitó el motor, las gomas y otras chucherías, cargó todo en un camioneta y partió rumbo a Ramos. Mientras tanto, el fuego letal de la autógena, bajo diestra batuta de Néstor, disolvió la carrocería del dodge de Chiappe. Luego, Orlando cargó los restos esparciéndolos en un basural de Soldatti. Pero "de todo te olvidas, cabeza de novia": Orlando recordó de pronto que no había quitado las chapas del auto con Chiappe. Volvió al basural. Con una ridícula linternita husmeó entre los desperdicios y tuvo tarro: chapaleando un rato en el lodo las encontró. Sonriéndose, se las tomó.

El Profe trabajó duro. El Bizco, de a ratos, le daba una mano. Puso el motor con Chiappe en el dodge robado y lo iba armando con cuidado. Parecía un maestro relojero: ajustó las partes del motor, conectó la batería, empalmó las conexiones eléctricas, atornilló las chapas. La tarea llegó a su fin. "También la mishiadura", pensó alegremente Orlando.

Era la madrugada del jueves, una semana después del choreo. Finalizó algunos detalles, cambió las radios (no quería dejar ninguna pista del polara desaparecido). Acarició el volante y con las flamantes llaves lo puso en marcha. El polara rugió, de a ratos se atragantaba pero al final se aquietó. Risueño, el Profe fue relajándose y el Bizco estrechó la mano.

La historia de Orlando y el polara entró en su último capítulo. Comprobó si todo estaba en orden y volvió a su casa. La brisa de la madrugada le lamía el rostro exhausto. Antes de zambullirse en la cama, le habló a Néstor dándole una cita para Chiappe.

Mediodía viscoso, con moscas pelandrunas revoloteando ociosas. Chiappe y Orlando se encontraron en el bar de Rioja e Independencia. Hasta ese día habían arreglado todo a través de Néstor. Simpatizaron enseguida. "Tipo piola el Chiappe este", opinó el Profe. Hablaron de todo un poco. A media voz, Orlando le narró alguna de sus hazañas. "Totalmente"

es amigo de Néstor”, pensó. Los dos pidieron Gancia blanco. Al rato Orlando le dijo que estaba apurado, que le dé la “mosca” y él le pasaba las llaves.

El “cliente” lo invitó a otra vuelta de Gancia. Saborearon el aperitivo y Chiappe preguntó al Profe si no le dejaba probar el auto para “agarrarle la mano”.

-No faltaría más, Chiappe. tomá las llaves; yo dentro de un cuarto de hora te espero en la puerta del bar -le propuso Orlando, mientras bebía el aperitivo despreocupado, papanc moscas. Chiappe no regresó: se lo tragó la tierra.

Orlando el Profe siguió levantando autos, cambió motores, rateaba cubiertas y camiones por pedido, pero nunca más entregó “mercadería” sin antes recibir el viento. En todos modos, como a los quince días fue a visitar a Néstor. El muchacho no supo dar datos de posta: Néstor conoció al tipo en la casa de los suegros. Pero se había mudado. El Profe anduvo buscando al polara por la zona de Patricios. Como hallar a Juan Pérez en guía de teléfonos.

Durante un tiempo Orlando tuvo pesadillas. soñaba que el polara blanco, con techo vinílico azabache, se le venía encima transformado en guanaco. Que le escupía en la cara y después le sacaba la lengua. La humillación iba pareja con la rabia. Todo inútil. perdido •

2. Historia de “Merceditas”.

Orlando, acostado de espaldas sobre la catrera matrimonial, estaba de vigilia. El pucho entre los labios emergía de la boca crispada. Los ojos de águila perforaban las tinieblas; Marta, la mujer, suspiraba en medio del sueño acariciándose la bienformada oreja. Él la miró. Pero ella prosiguió durmiendo.

La mollera de Orlando carburaba a un ritmo inusual. Morales (el “Correntino” reducidor y buchón de la yuta, le propuso un negocio: necesitaba un camión Mercedes Benz lo más “nuevecito” posible. Era para un oficial de la federal al que le debía algunos “favores”.

El Profe, doctor “honoris causa” en asuntos del parque automotor, siempre le plantó los negocios con canas. Pero andaba en la mala. Le escaseaban los morlacos y en los últimos asuntos falló fiero: “levantó” el polara, cambió el motor y el ñato se tomó el espil sin garparle la guita. Quince días después escuchó de un camión seis gomas Dunlop casi nuevas. Cuando venía con las gomas por Villa Diamante, olfateó a un patrullero con los focos apagados, que viajaba husmeando en busca de rateros al paso.

Osvaldo viró el rastrojero, dio un par de vueltas y lo abandonó en una cortada fuler. Caminó hacia la estación del tren, se metió en un taxi y viajó en dirección a Caraza, a cambio de taxi y le pidió al chofer que lo acercara a Valentín Alsina. Bajó a unas cuadras de su casa; caminó campaneando los bultos, los portales, las esquinas. Eran casi las cuatro de la mañana.

Entró en su casa rumiando bronca. Los ojitos del Profe, pegados a la nariz, exhibían fiereza de las aves de rapiña, emblema de su ira y frustración. Al día siguiente volvió a Villa Diamante: ¡¡las cubiertas no estaban!. Algún “colega” le ganó de mano: “Estoy enyetado alguien me ojeó”, farfulló colérico.

Orlando repasó esa noche sus últimos fracasos. Afuera, la luna se paseaba frívola casquivana entre nubes anémicas. El vecindario dormía; un perro insensato, pulguiento solitario entretenía a los vecinos con sus ladridos insolentes.

El Profe pensaba en el camión. Plegaba las pupilas y apretaba los puños. Las visiones lo llevaron a enlazar el camión que buscaba con otro, mucho más pequeño e inofensivo que “levantó” sin que tuviera que arriesgarse. en pleno día, sin botones, sin temor a gayola.

Orlando tendría entonces nueve o diez años. Iba camino a la escuela, por la Av. Cobos cuando vio tirado un camión de juguete al que le faltaban las ruedas traseras. Mientras observaba, canturreó: “La cucaracha/ la cucaracha/ ya no puede caminar /porque no tiene porque le faltan/ las dos patitas de atrás.”. Lo alzó, se lo puso en la cartera y siguió su camino. Pero ese día no apareció en la escuela. Al mediodía retornó a su casa, le pidió a su madre un carretel de hilo vacío, con una sierrita que sacó del galpón del padre serruchó los dos extremos con esmero. Un pedazo grueso de alambre le sirvió de eje, dobló los extremos y ya tuvo su camión propio, reparado.

Orlando se levantó decidido: “Es hora de ponerse a trabajar. ya sé cómo voy a hacer las cosas”, pensó.

Miró la hora: las dos y media de la mañana; descalzo, entró en la cocina y discó un número en el teléfono. Una voz gutural balbuceó un “hola” somnoliento y colérico.

-Manolo ¿me escuchás? susurró el Profe.

Manolo reconoció la voz de su primo, pero la bronca lo cegó.

-¿Qué carajo querés, Orlando?. ¿qué mierda de hora es? rugió fuera de sí.

-Escuchame, pibe, son las dos y media, pero no pude llamarte antes por Marta. ¿entendés? dale fregar y lavar hasta que se fué a apoliar, ¿me estás escuchando?

-Pero sí, guachón, dale. desembuchá! -le dijo impaciente el primo.

-Oíme bien: me encargaron un “merceditas. ¿querés hacerlo a medias? Hay buen biyuya: ¿que te batís, Manolo?

Del otro lado de la línea se captó un bufido de bronca. Manolo se iba despabilando pero el bocho del caco no funcaba.

-Escuchame, Orlando, tengo a la yuta encima, pero estoy pasando una mishiadura con la san puta: nos vemos mañana y me batís el dulce, ¿estamos, primo?

-Te espero mañana en Boedo y Salcedo. en el bar, sí, a las cinco, ¡chau!

La tarde gris, fría y húmeda. Manolo apareció con un gamulán flamante, la cara cuadrada, como la sesera, saludándolo con un eructo afectuoso. Sonrió.

-Vamos para adentro, Orlando, lejos de la ventana. -decidió Manolo.

-¿Tan fiero está la cosa, pibe? le preguntó el Profe.

-Me tienen colo. los de robos y hurtos se aparecen en mi casa a cualquier hora de noche. Si no estoy, me esperan, me portan y me dan la biaba -le explicó.

Le pegó un chupón largo a la ginebra, se pasó el dorso de la mano por el bigote esperó.

-Alguien necesita un "merceditas" en buen estado, no falopa, ¿me seguís? Ví uno en Av. Riestra, hay que campanearlo unas cuantas noches y después lo "alzamos".

-Mirá, primo, no me quiero ensartar y volver a la gayola. Yo no puedo andar de joco por las noches. Pero esta mañana estuve yirando y tengo la papa en bandeja. podemos hacerla a cualquier hora. Lo más importante es que consigas un lugar de aguante por dos días, y alguno que arregle los papeles.

Orlando frunció la nariz aguileña, volvió a estregarse el bobo, pisó a fondo y preguntó:

-¿Para qué necesitás aguantarlo un par de días? ¿y en la Capital?

Manolito le contó el plan que se le había ocurrido esa mañana. Orlando no podía creer lo que escuchaba: pensó que el primo andaba rayado.

-Flaco: traéme un especial de crudo y queso, "cargado", che. Y traé otra vuelta con café y ginebra -encargó Manolo. Orlando le sonrió: era la manera de darle el visto bueno al plan del primo.

-Escuchame: vos ocupate de conseguir un taller que tenga autógena y compresor, de chapas y los papeles. Haceme caso: es más fácil lo que te bato; mejor que andar por acá de yira y piante en la "cheno".

Manolo le dió más detalles, y el Profe quedó encargado de pizpear por el lugar donde estaba el camión, en Garay entre Boedo y Colombres. Se despidieron pero Manolo se ufano en contarle la última gracia:

-No sabés lo que me pasó hace unos días. entré en el bar de San Juan y Boedo y me lo veo a Lechuga sentado con dos tipos: ¡eran tiras! Me dió el "esparo" y rajé -dijo alegremente.

El Profe se preguntó, mientras se iba yendo: "¿Para qué coño me contó lo de Lechuga? No manyo nada. ¡Este tiene un raye de san puta!!".

El frío le enrojeció las orejas. De la nariz le colgaban gotas perdidas que absorbían aspirando, mientras "afinaba" las cuerdas del pecho. Tarde oscura de julio, no había vida en el alma. Fue a ver al Mercedes: estaba flamante, imponente; un bombón digno de terminarse con incordios dietéticos de guita. Eran las siete menos cuarto de la tarde. Levantarlo a esa hora no le gustaba al Profe: no le gustaba nada. Él sabía muy bien que Manolo era un inconciente, que no le temía a nada. Pero se prometió volver.

Subió al valiant y enfiló hacia Valentín Alsina. Cruzó el viejo puente; en Remedios con Escalada se detuvo frente a un bar y le telefoneó a Manolo. Conversación lacónica. Orlando prometió dar una nueva vuelta por la zona y entonces iban a decidir si levantaba el "merceditas".

-Mirá, Manolo, el lugar no es malo pero me empavura la hora ¿cachás lo que te bato?

-A las siete de la tarde es de noche, estamos en invierno, ¿me seguís, primo? vociferó Manolo.

-Calmate, Manolo. Ya tengo el "aguante": hay que llevarlo después de la siete de tarde y sacarlo a la mañana. Con los papeles no hay problema: ¿todo en claro? ¿cachás yeite?

Manolo cortó, y Orlando siguió viaje hasta su casa. Marta estaba en la cocina cocinando trucha de guerrera veterana. Él le sonrió mientras secuestraba una papa frita de la fuente.

-¿Vos te creés que yo soy gila, no? le zampó la Marta. Morocha, en los años treinta de su vida, de espigada figura, bien parecida y con picardía natural, la mujer del Profe conocía las actividades y “negocitos” de su marido.

-¿De qué me estás hablando, nena? la increpó Orlando, haciéndose el otario.

-¿Pero vos te pensás que soy estúpida, no? Anteayer de madrugada te escuché hablar por teléfono. yo no me perdí una sola palabra. ¿Así que yo fregaba, lavaba y molestaba? Vos mejor cuidate y sentá cabeza: tuviste mucha suerte en los últimos años Orlando. ¡Y tu primo es un loco sin frenos!

El Profe se acercó, le revolvió el ondeado cabello negro, le estampó un tierno beso y le dijo que estaba hambriento. ¡Se acabó la riña! Cenaron en silencio. Marta lo observaba mientras servía la comida. La angustia le recorría la boca del estómago: era una sensación que le volvía siempre que Orlando tenía en preparación algún “trabajo”.

Continuó campaneando los movimientos en la esquina de Garay y Colombres, aunque no desechó la idea de buscar algo en la provincia. La noche anterior vio uno en Gerli, que no estaba mal. “Lo que no me gustó es que la cana pasó cuatro veces”, masculló.

Manolo lo apretó; finalmente resolvieron hacer el trabajito el viernes, algo después de las seis y media de la tarde. Orlando fue a ver a su amigo, el chapista de la calle Cobo.

-¿Cómo andás, Jacinto? ¿te acordás del “arreglo” del que hablamos hace unos días? Bueno, mañana te traigo el camión a ver si me podés hacer el laburo ¿te parece bien? dijo el Profe. Orlando levantó un poco la voz. quería que los operarios de Jacinto escucharan. No los conocía. Se despidió del amigo, saludó a los muchachos y retornó Valentín Alsina.

El viernes a las seis y pico el Profe puso en marcha el valiant. Marta lo despidió desde la puerta de la casa. Presintió que el marido salía a concretar el “negocio”. Y como era habitual, una indecente puntada le cacheteaba la zona del ombligo. Orlando arrancó y el penduleo los dedos, como señal de adiós, agónico e intranquilo. Se persignó y desapareció dentro de la casa.

Atravesó el puente viajando por la Sáenz. El valiant y su dueño se enchincharon con la garúa invisible y raquítica: “No moja pero enchastra”, murmuró ofuscado el Profe. Prendió la radio. El locutor informó que el presidente Lanusse iba a recibir al ministro Mor Roig. Una mueca burlona festejó la coincidencia: Roig también era el apellido de Orlando. Cambió de emisora y Palito Ortega le berreó en los oídos. Apagó: “Mejor es viajar en silencio.”, decidió.

Ya en Boedo, dobló por Inclán y estacionó cruzando Castro Barros. Se aproximó al lugar del encuentro. Manolo había dejado su coche en Colombres, cerca de Garay. Juntos, caminaron lentamente hacia el “fato”, cruzaron la calle despreocupados. eran las seis y media pasaditas. Entraron en la agencia de la Mercedes Benz “Soriano Cía”; un atento vendedor se les acercó.

-¿En qué puedo ayudar a los señores? susurró con voz de batata empalagosa.

-Nosotros estamos interesados en un camión, como este modelo de Mercedes que tiene en exhibición. tenemos una empresita de transporte, ¿nos comprende? le explicó Orlando. -No lo tome a mal, pero queremos ver al dueño para cerrar trato ya mismo agregó.

El empleado esbozó una sonrisa algo estúpida, susurrándoles con voz de cantante de boleros:

-El gerente de la agencia se fué al mediodía. para aprovechar el fin de semana ¿saben? Pero no se preocupen porque yo los voy a atender con la misma responsabilidad. -adujo el elocuente papanatas con un mohín estereotipo..

Al fulano comenzaron a inundarlo sentimientos de regocijo y presunción. ya se ve cobrando la succulenta comisión.

-De todos modos, señores, hasta el lunes no se puede terminar la operación; pero es posible adelantar las cosas. ¿Porqué no lo prueban? Pónganlo en marcha, escuchen

Comentario [AZ1]:

motorazo de estos “ursos” -dijo mientras reía convulsivamente: “Ya los tengo agarrados pensó.

-¿Cómo es posible darles arranque? ¿acaso tienen nafta?- preguntó Orlando haciéndose el otario. Los dos primos se miraron intercambiando una sutil guiñada.

-Es muy simple: el importador los envía desde el puerto con combustible -aseguró empleado.

-Oígame, muchacho, nosotros lo pagamos “taca taca”, así que háganos una bue rebaja ¿estamos?

-Quedense tranquilos: les voy a hacer un precio bárbaro -les prometió el gilí mientras se dirigía a la oficina para preparar el papelerío.

Manolo ascendió al estribo, se sentó, reguló los espejos, tomó el volante y giró la llav del arranque mientras Orlando subía a la cabina por el otro lado. El gigante emit pavorosos estampidos. El vendedor, mientras tanto, los miraba con indisimulada emoció y entró por fin en la oficina.

Manolo metió la primera y el merceditas atravesó el ancho ventanal, haciendo añicc los vidrios en medio de un estruendo infernal. Seguramente en la cancha de San Lorenz también escucharon el estrépito: parecían los fragores que iban a preanunciar el día d juicio final.

Manolo sonrió. El Profe lo miraba: la cara cuadrada del primo era igual a la uno uno c los “picapiedras”. El camión acortaba distancias y de sopetón se metió en el taller c Jacinto. Las luces exteriores estaban apagadas. El dueño cerró el portón y los dos prim se pusieron a trabajar. Cambiaron las chapas, lo prepararon para una repintada modificaron los números de chasis y motor. Orlando colgó del espejo retrovisor un zapa de bebé, puso calcamonias sobre el tablero y las puertas, quitó la radio original y conectó una usada. El ‘mionca’, luego de cambiarle el maquillaje, estaba disfrazado y lis para lucirse en las rutas. A la madrugada, salieron sigilosamente. Orlando condujo Mercedes y Manolo manejó su auto. El “Picapiedras” no pudo con su genio: pasó delan de la agencia de Garay y contempló al botón de consigna, parado al lado del gigante buc del ventanal. A Manolo se le inflaron los carrillos.

Orlando llegó a su casa después que despuntó el sol. Marta dormía. El Profe s duchó, se ensobró y a los pocos minutos roncaba: “El músculo duerme, la ambició descansa”.

Se levantó al mediodía. La mesa de la amplia cocina estaba puesta y a su alreded estaban sentadas las hijas y los padres de Marta. La olla con el pulpito, preparado a catalana, despedía un atractivo aroma, pero antes de sentarse Orlando prendió la radio.

El informativo había comenzado. Al llegar el turno de las noticias policiales, el locuti anunció: “En la tarde de ayer fué asaltada la agencia Mercedes Benz del barrio de Boed Según declaró a la policía el único empleado que se hallaba en el lugar, minutos antes d cierre penetraron cinco individuos armados y amenazándolo con sus armas lo obligaron encerrarse en la oficina. Los delincuentes pusieron en marcha uno de los vehícul exhibidos en el local, atravesaron el amplio ventanal y desaparecieron del lugar a toc velocidad. La policía está investigando el audaz hecho”.

La mirada de Marta, dura y agresiva, buscó los ojos de Orlando. Éste engullía ya segundo plato del pulpo que preparó la suegra; su semblante se arrugó con una sonris pícara. Sin mirarla, Orlando le comentó a Marta, con la boca semillena:

-¿Te das cuenta, Martita, qué gente loca que hay en el mundo? ¡Cinco tipos cc armas van a robar un camión! ¡Es para no creer! Remató su comentario con una sonoi carcajada, atorándose hasta las lágrimas •

3. Sobre Avernos y muertes.

Se sentía agotado; una tenue angustia lo fastidiaba. Sabía que no debió salir en hora de la noche. Pero necesitaba el viento. Además, la jugarreta que había tramado para robar un camión nuevo en la propia agencia, lo ensoberbeció. Camino de regreso a su casa, no podía pensar en otra cosa. Volvió a esos segundos de gloria. cuando atravesó el grueso ventanal de la agencia.

Terco, apenas si sabía leer y escribir. Poseía una fuerza física descomunal: tan descomunal como la inconciencia que lo caracterizaba. Por esa causa lo habían engayolado un par de veces.

Manolo odiaba la noche, la vida nocturna, los escruches y riesgos entre tinieblas. Prefería la tibieza acogedora de las tardes, o las agradables mañanas barriales, cuando veía pasar en procesión a las amas de casa que iban de compras, o a las jóvenes chirusas que hacían los mandados a disgusto, contoneando sus prometedores traseros. Para ella siempre tenía algún piropo medio basto y una sonrisa socarrona.

Manolo tenía buena liga con su familia. Quería mucho a Delia, la mujer, y a sus dos hijos. Era de buen corazón y desprendido con la guita, como casi todos sus colegas con "profesión". Tanto Manolo como su primo, el Profe, rechazaban el estigma de que ellos se sacaban parte de los bajos fondos. "Picapiedras" no olvidaba lo que le comentó una vez Orlando: "Hay gente que dice que nosotros cazamos el viento fácil, y con más facilidad que ellos. Lo que pasa es que hacemos la biyuya con rapidez. pero nuestro laburo es más duro, difícil y riesgoso: si hociás, vas en cana o sos boleta". Las palabras del "primo Orlando", su maestro, eran sagradas.

Se iba acercando a su casa. Esa noche lo jodía un augurio extraño. Detuvo el dodó en Alberdi y Oliden, entró en un bodegón y pidió hablar por teléfono. Marcó el número de su casa. Luego de sonar un rato contestó la mujer, medio dormida:

-¿Dónde estás, "Nolo"? ¡Huy que tarde!!.

-Estoy bien, Delia. ¿todo tranquilo por casa? preguntó Manolo.

-Tuvimos "visita". pusieron mala cara y me trataron como a una puta barata: no le importó que los chicos escucharan las barbaridades que decían.

-Voy para allí. en un par de minutos llego.

-No vengas, "Nolo". ¡por favor! ¡no aparezcas! le suplicó la mujer.

Lo dominó una rara mezcla de ira y recelo. Las ideas se enmarañaron en su mente. Oligió el peligro; antiguos pesares y contratiempos lo arrastraban a la oscuridad. La temía. Se veía reflejado en un raro espejo; quieto, con círculos negros bailoteando sobre la piel, tiritando sobre un mármol oscuro; sin saber si estaba vivo. Sacudió la cabeza colérico. Alejó los presagios con un bufido de presa acosada. Aceleró; los recuerdos confundieron embroncándolo. De todos modos, estaba algo empavurado por su familia.

Manolo vivía en Carhué y Zelada. Dejó estacionado el auto a unas cuadras y siguió a pie. No vio nada sospechoso; continuó hacia la casa y antes de alcanzar la puerta cuatro roperos lo inmovilizaron y lo introdujeron en un Falcon. Estaba en el suelo, esposado; los dos tiras sentados a los lados lo pateaban mientras le daban culatazos en la cabeza. "La cosa pinta fea hoy", pensó Manolo.

Lo empujaron hacia un cuarto: tenía el rostro tumefacto. Los ojos apenas si se veían por entre los círculos violáceos. Casi no podía caminar. lo arrastraban fajándolo.

-¿Por dónde anduviste esta noche, Roig? -lo interrogó el tira con jeta salpicada con granos.

-Perdió la memoria: dejálo, que después del “tratamiento” la va a recuperar. Además nos va a cantar algunos tangos, ¿eh, Manolo? lo amenazó otro, mientras le daba un puñetazo de piñas.

Lo arrastraron a otro cuarto. Le vendaron los ojos hinchados; lo desnudaron, atándolo sobre un camastro le echaron una jarra de agua y comenzaron a picanearlo. Manolo rugía, puteaba, se retorció; los sádicos seguían la faena, imperturbables. Dialogaban entre ellos mientras despellejaban la res.

-Che “Gatica”: ¿vas a la cancha, mañana? le preguntaron al que manipulaba los electrodos.

-No puedo, estoy de guardia y nadie me puede cambiar. -respondió sin dejar de picanear. “Gatica” era uno de los más eficientes torturadores: las víctimas hablaban y pedían el pase al infierno.

Era tanto el dolor que ya no lo sentía. Medio inconciente, Manolo navegaba por sombríos canales: “Así de negro debe ser el infierno; esta vez me emparrillan hasta el fin de la vieja, ayudame”, imploró sin mover los labios, mientras les sonreía a los yutones en la jeta.

Repitieron la pregunta: “¿Dónde estuviste esta noche?”. Lo zarandeaban sin miramientos: “¿Por casualidad no anduviste por el barrio de Boedo?”. La picana le provocó espasmos; se contrajo. La zona genital estaba carbonizada. Le rastrollaron los electrodos en las encías, en todo el cuerpo. Manolo aullaba pero no respondía. Uno de los tiras reaccionó histéricamente: el ver torturar a Manolo lo llevaba al orgasmo.

De pronto, el cuerpo tuvo una convulsión terrible. Los “investigadores” lo dejaron quieto, sin moverse. Tampoco respiraba: el “bobo” se le fue a barajas. Uno de los sádicos puso el dedo en la yogular: “Se nos piantó la mano, muchachos, este tipo espicha fulero: ahora hay que ver que hacemos”.

Uno de los tiras entró en la oficina del comisario y lo puso al tanto. Deliberaron un rato y el jefe dió su veredicto: “Suicidio, el detenido se suicidó”. El cana le explicó que había obvios signos de torturas.

-Pues se “tiró” del tercer piso en “su” intento de fuga. -dictaminó el comisario danc por terminada la entrevista. En realidad, para el jefe era un asunto de rutina: ¡Qué tan fácil joder por un chorro de mierda!

“Un conocido delincuente con frondoso prontuario, Manuel Roig, argentino de 26 años en la tarde de ayer intentó huír de sus custodios mientras era trasladado a una oficina del Departamento de Policía, en el tercer piso de la calle Moreno. Al ser alcanzado por los policías, el detenido saltó por una ventana cayendo al patio interior de las dependencias. Al querer prestarle ayuda, constataron que había fallecido debido a los múltiples traumatismos sufridos al golpear contra el piso”.

Escueta, sencilla y con oficio, esta nota aparecida entre las noticias policiales de L RAZON vespertina del lunes 19 de julio de 1971, informó al mundo serio, al que escuchaba música “seria”, que suele tomar el té con masas en la Richmond o ir de compras a Gattuso Chaves o Harrod’s, que había un ratero menos en la estadística de los “custodios desordenados”.

El martes por la mañana Delia Escalada de Roig y los hermanos de Manolo retiraron de la morgue su cuerpo, con hematomas y señales negruzcas de la picana eléctrica. El tipo que le hizo firmar a la viuda la entrega del occiso, le insinuó, sin disimulo, que no se fuera a ocurrir pedir una “investigación”. Esa misma tarde Manuel Roig, el Picapiedra, fue sepultado en el cementerio de Flores. En la sencilla ceremonia estuvieron la mujer, los dos hijos, los hermanos, la madre y algunos viejos amigos. A distancia, discretamente paraca tras unos frondosos árboles, Orlando observó como el ataúd desaparecía: Picapiedra iniciaba su gayola perpetua.

El Profe se acercó a Delia, la estrechó entre los brazos y le dejó en la mano la parte de Manolo por el último “negocio”. Él se sintió apenado por la muerte de su primo, pero no dudaba de que, tarde o temprano, ese sería el fin de Manolo. Se encogió de hombros: “Eso algo hay que espichar, ¿no?”, pensó consolándose. El Profe sabía que Manolo había muerto en su ley, sin largar ni media parola •

4. Historias de fuegos y cenizas.

Llegó el invierno a Buenos Aires. Orlando Roig, enfundado en una flamante campera de gamuza, iba caminando por Zelarrayán. Sus labios, medio amoratados, apretaba distraídamente un cigarrillo. Las copas de los árboles, peladas, apuntaban hacia el cielo con sus ramas dispuestas en un extraño y asimétrico diseño vanguardista. Las piernas combadas de Orlando se desplazaban rítmicamente; los ojos escudriñaban los alrededores. No fué casual que alguien definiera su mirada como la de un águila. Orlando el Profe cruzó Muñiz y a mitad de cuadra se introdujo, como una sombra, en el interior del taller mecánico. Rogelio, el dueño, lo saludó efusivamente. Entraron en la minúscula oficina; el morochón le ofreció café y el Profe aceptó. Rogelio, cuerpo morrudo, brazos musculosos y orejas arropolladas -recuerdo de las "biabas" en el ring-, tenía la nariz en "ese" y una elegante cicatriz debajo de una de las cejas. Sus ojos, por contraste, eran dos círculos pequeños y protuberantes, como dos ojos de buey injertados por error en la frente del morocho.

-Estás en un buen lugar, "Hormiga Negra" -le dijo Orlando.

-No me puedo quejar: desde que salí de la gayola, haré unos siete u ocho años puse este taller y tengo bastante clientes. ¿Y vos como andás, Orlando? preguntó con ese vozarrón de chimpancé.

-Sigo en la mía, pero me cuido mucho y por lo general trabajo solo. ¿Te enteraste de lo que le hicieron a Manolo, no? Lo emparrilló la yuta de robos y hurtos. se les quedó al Después tiraron el cuerpo desde el tercer piso. Suicidio, como siempre. ¡los hijos de puta!

-Pobre. lo leí en el diario. Sé que era primo tuyo, pero siempre fue un inconciente -dijo Hormiga.

Los dos ex-clientes de la penitenciaría de Caseros tomaron el café masticando, entre sorbo y pitada, algunos crocantes bizcochos de grasa. Recuerdos de la penitenciaría afloraron en la charla; fueron compañeros de ranchada un par de años. De vez en cuando uno de los muchachos del taller venía a consultar con Rogelio sobre algún problema con trabajo. Pasó un rato y Orlando lo apuró:

-Me mandaste buscar, no? ¿Qué andás necesitando, Hormiga? si puedo, y si me conviene, cacho viaje. -le dijo.

-Mirá, viejo, te propongo un buen negocio y el viento "taca taca". Necesito cubiertas con primera para un Dodge 200. pero en muy buen estado, Orlando: a medio palo cada una. Vos me avisás y me las traés a la noche. Pero el negocio es sólo con vos: no quiero "perder" otra vez. -le explicó Rogelio.

-Decime una cosa, ¿para quien es este fato? lo apretó el Profe.

-Eh, no te preocupés, compadre, es para un familiar. quedate tranquilo, Orlando.

-¿Así que es para alguien de la "familia"? le volvió a preguntar Orlando. No le creyó.

El Profe lo semblanteó, y luego, un poco dubitativo, le aceptó el "encargo". Le advirtió sin embargo, que levantar un camión sin ayuda es un "yeite" complicado. Pero le dijo que no se preocupe.

Retornó por Zelarrayán, se metió en el valiant, y mientras observaba las caprichosas figuras que bocetaba el humo del cigarrillo, el Profe repasó sus relaciones con Rogelio. Arrancó y enfiló hacia Valentín Alsina. Algo del asunto lo fastidiaba, pero no sabía exactamente qué.

Cruzó el Puente Alsina, siguió por Remedios de Escalada y se detuvo frente a su casa. Marta volvía de la panadería y lo alcanzó en la puerta. Lo besó y entraron juntos. El instinto comenzó a darle a la jermu la señal de alerta.

Era casi mediodía; Orlando se sentó en la cocina y le pidió a Marta que le sirviera un café Gancia blanco. Mientras ella se afanaba entre cacerolas y sartenes, el Profe comenzó

elucubrar el plan de trabajo. Esa noche pensaba salir en busca de la mercadería. Iba iniciar su recorrida por Villa Caraza, Fiorito, Villa Diamante, Domínico y Sarandí. Conocía zona palmo a palmo. "Es cuestión de suerte", pensó en silencio.

Marta lo miró al pasar, se frenó delante de él con un par de cebollas en la mano, y dijo intrigada:

-Estás muy callado y pensativo. ¿En qué andás? Mirá que te conozco, Orlando. Mientras esperaba la respuesta paseó la lengua por los cantos de su boca, reseco y disgustos.

El Profe sonrió con candor; los labios apretados parecían una avenida de dos manos en sus ojos -que a veces insinuaban fugaces rasgos de fiereza- se advertía un extrafúlgur.

-¡Ay! Martita, Martita, vos siempre viendo cosas raras; ¡no ando en ningún corno -aseguró él sin convicción.

Ella siguió con sus faenas; pero la cabeza le bombeaba recuerdos desagradable. Pretendió evadirse, no mirar ni volver al pasado. El Profe se encaminó al vestíbulo, hizo una llamada telefónica, averiguó, anotó en un papel y se despidió de su interlocutor. La mujer le anunció que el almuerzo estaba listo.

La cocina parecía un salón de baños turcos. Los vapores de las ollas flotaban en ambiente, se oían frituras y aromas de exóticos guisos catalanes. Orlando se sentó al lado de Estrellita, su hija mayor. El almuerzo transcurrió sin mayores incidentes. El Profe dejó plato limpio y bruñido; terminó el vaso de Crespi y regresó al valiant no sin antes besar sus hijas y a Marta. Ésta le recordó que estaban a principio de mes, que debían ir a comprar. La despensa se estaba vaciando.

Orlando necesitaba un socio para cumplir el encargo de Hormiga Negra. No quer recurrir a ningún compinche del hampa. Tuvo muy malas experiencias: la primera y única vez que hoció fue por culpa de un bocón, torvo en la pinta y regalado en las malas. Le encanaron por marmota y cantó mejor que "Fiore". Sin apretarlo, tratándolo como a un hijo, el gilún vendió hasta a la madre. Orlando se comió tres años en Caseros. Desde entonces trabajaba solo; la única excepción fue el primo. Pero la yuta había jubilado a Picapedras a facto.

Ese mediodía, antes del almuerzo, el Profe habló con Renato "Fideo Fino". Lo conoció en la cárcel; simpatizaron y se hicieron amigos. Orlando lo llevó a su ranchada y la relación se mantuvo incluso fuera de los barrotes de Caseros. Sabía que era de fiar. Pero dudaba de que Fideo Fino aceptara darle una mano en cuestiones de choreo. Renato era un as en el "toque" de papeles, cheques, documentos, dibujos e impresiones "especiales". De todos modos, quería probar. Se llevó una sorpresa: Fideo Fino le dijo que sí, que estaba dispuesto a ponerle el hombro, que contara con él. Ese mismo día el Profe y Renato se encontraron en el café de Triunvirato y avenida de Los Incas. Orlando le contó la conversación que tuvo esa mañana con Rogelio (también Fideo lo conocía) y que había resuelto aceptar el encargo.

El flamante socio le preguntó:

-Y decime, che: ¿vos le tenés confianza a Hormiga?

-¿Porqué me lo preguntás, compadre? inquirió el Profe.

El amigo se encogió de hombros y le aclaró que nunca le gustó Rogelio. Aunque no sabía porqué. Se despidieron cordialmente; Orlando le prometió que días antes de efectuar el trabajito se iba a conectar con él. Y cada uno tomó por rumbos distintos.

Después del almuerzo, Marta se ocupó de ordenar la cocina. Luego se dirigió al dormitorio y se recostó sobre la cama: "Por Dios, no quisiera volver a esas colas en la puerta del penal, entregar el paquete en seguridad, pasar la revisión y el toqueteo de las botonas brutas y tortilleras, visitar a Orlando en medio de ese barullo infernal", rememoró angustiada.

Alejó los recuerdos pero no pudo dormir y decidió levantarse. Regresó a la cocina y se preparó un mate; al rato entró la hija, Estrellita. Conversaron sobre temas de la escuela. Marta, ya serena, salió a hacer algunas compras. Regresó enseguida y encontró al Profe

en la cocina. Se mostró seria, con mala cara. De todos modos, arregló el mate y le ceta algunos. Pero luego le largó el rollo.

-Decime un poco ¿vos querés volver a la gayola? Otra no me aguanto, Orlando. Pensá bien lo que vas a hacer -le imploró la mujer.

-Escuchame, piba, yo nací chorro y voy a morirme chorro; y vos lo sabés muy bien ¿O de qué creés que estamos viviendo? ¿Con la ayuda de San Cayetano? No sirvo para negocios "limpios", que al fin de cuentas son sucios y rastreros, mucho peor que las cosas que hago yo. Esos negocios honorables son una macana más grande que el obelisco, los comerciantes son ladrones de corbata y cuello duro que te "arreglan" las balanzas, "achican" el metro, te curran en los vueltos, te encajan falopa por seda y percal por terciopelo, falda por asado y gofio como el tónico de la salud eterna. Dejame, Marta, que yo soy chorro y no la voy de santo o Jesucristo. ¡Viví en la realidad y no soñés al pedo! Marta se quedó seria, sin animarse a seguir la discusión. Desde antes del casorio ella sabía que Orlando Roig vivía del escrucho y el levante. Lo miró a los ojos; luego se ablandó, sonriéndole. Dieron vuelta la página. En realidad, esa era una función que se repetía con periodicidad. Como la gripe.

Orlando viajó con el auto a la estación de servicio, cargó especial, compró cigarrillos y pegó la vuelta ya preparado para la ronda nocturna. Ataviada de gala, la luna fulguraba en el firmamento mientras un viento morboso y sádico congelaba orejas, narices y dedos de viejitos desprevenidos.

Después de medianoche el Profe salió con el valiant y rumbeó hacia el sur, cruzó Hipólito Yrigoyen y se fue acercando a Sarandí. En las calles ni un alma; las gentes se arrebujaban en sus cuchas. Él conocía al detalle las callejuelas y los recovecos de Avellaneda y Dock Sud.

Abrió la ventanilla y con un pañuelo limpió el parabrisas; su mirada escrutaba todos los resquicios de la noche: el cazador en busca de la presa. un Dodge 200.

La luna en cuarto menguante, sensual y seductora, se solazaba pervirtiendo las virginales sombras de la noche. Era un juego picaresco que distraía a los escaseos noctámbulos del suburbio. Mientras tanto, Orlando se desplazaba por las callecitas de Sarandí. y allí lo vió, oculto en parte por un tímido arbolito prematuramente calvo, esperándolo impaciente: el camión y sus gomas.

Detuvo el auto a un par de cuadras; prendió otro cigarrillo y se encaminó con plácida pachorra al lugar de la cita. Relojeó las gomas y se decepcionó: no eran gran cosa. Liberó la presa y continuó la cacería. En la quisquillosa penumbra escuchó a un colectivo que paraba y reanudaba la marcha. Al rato, resonó el taconeo cadencioso de algún penitente solitario; o quizá el de un ebrio que perdió el rumbo; o tal vez de una minusa que volvía exhausta, luego de ardientes escarceos amorosos en algún encuentro furtivo. Los pasos se fueron acercando y siguieron de largo, evanesciéndose en la noche.

Gratuitamente, el viento repartía fríos a granel. Orlando levantó los solapas de su abrigo y pensó en abandonar, cuando al costado de una cortada emergió, soberbio, el camión de sus sueños. Se acercó, acarició las cubiertas. "suaves como la piel de una pibe de quince pero duras como sus pechos", pensó, mientras una sonrisa lo gratificaba. Dio una vuelta alrededor del Dodge, observó la vecindad y aprobó en silencio.

El valiant partió, tan alegre como su dueño. Los despojos de la noche acompañaban la soledad del Profe. El frío gateaba entre sus huesos congelados. Se le había acabado el paquete de cigarrillos. Buscó en las sombras el destello de algún quiosco que se apiadara de su vicio. Nada. En Villa Fiorito, un bar solitario parecía llamarlo por su nombre: el Profe. No lo escuchó. Entonces divisó, a un costado y alejada, una luz mortecina. Compró dos cigarrillos atados de su marca, se rascó el pecho satisfecho y continuó viaje. Llegó a su casa cuando ya estaba madrugada, cuando el sol, con pereza, desenfundaba sus cálidos rayos aprestándose para una nueva jornada. Orlando ya no veía el amanecer: dormía herméticamente. Con una placidez de pibe que había hallado, por fin, el "chiche" de sus sueños.

Se despertó al mediodía. Una llovizna pavota dió la tónica del día. Marta le pidió que llevara hasta la Av. Sáenz, al otro lado del Puente Alsina. Después de regresar almorzar

Orlando les telefoneó a Hormiga y Fideo. Al primero le pidió que esté preparado para esa noche o la siguiente, que seguramente le iba a llevar la “mercadería”. Con Renato arreg para esa noche: irían juntos a verificar si la presa seguía en la zona. “Si todo está e orden, tal vez me decida a levantar el Dodge hoy mismo”, barruntó el Profe mientras tremoló su pecho.

Una idea le carburaba en la cabeza: “¿Y si mato a dos pájaros de un tiro?”. El Pro pensó que el negocio de las gomas daba para más: “¿Qué iba a pasar con el resto d camión?” Se puso en campaña para conseguir un aguantadero seguro. Pensó en palabra ‘seguro’ y se sonrió con humor. Él sabía que el mundo del hampa tenía sus leyes su honor, pero también conocía la escoria de los buchones al servicio de la yuta. Orland asumía el mundo del delito como un proscenio donde el riesgo era dueño y señor. O con una apuesta en la que se jugaba la libertad o la vida.

Esa tarde la consagró a la búsqueda de un “albergue” para el Dodge. Después d levante tendría que sacarle las gomas para Rogelio, y luego dedicarse a las “reformas alterar los números de la patente, cambiarle los documentos, filetearlo de tanga, meter ruedas “cozí cozá” y vendérselo a un reductor (lo que era un riesgo), o llevarlo al interior venderlo ‘de apuro’.

Recorrió el espinel del “aguante”. Unos “ocupados”, otros cerrados por “fuerz mayor”(léase: clausurado por orden judicial); desestimó algunos porque no le gustó la je de los dueños. Se acordó una vez más del Bizco Pedro. Estaba muy alejado, allí en fondo de Ramos Mejía. Pero nada de lo que vió lo satisfizo; finalmente apostó por Pedro. Le telefoneó desde el vestíbulo:

-¿Como andás, Pedrito? Sí. soy yo, Orlando. Escuchame, necesito tu galpón pa hoy o mañana a la noche. ¡sí, sí! hoy o el jueves a medianoche. ¿Medio palo para vos es bien? ‘tamos’, Pedro, chau, nos vemos. ¡sí!: luego o mañana. Chau.

Se tremoleó el bobo. “Las cosas marchan al pelo”, opinó, mientras la tos le sacudió esqueleto. Impaciente, esperó la noche. Iba a ir con Fideo a buscar la revancha. En l últimos tiempos las cosas, por hache o por be, no se le daban.

Más tarde pensaba confirmar los datos, asegurarse de que ese era el predio habitu en el que estacionaban el Dodge, recorrer la vecindad y estudiar la ruta para llegar fondo de Ramos Mejía atravesando Tapiales, La Tablada y San Justo. Detestaba riesg inútiles, aunque era conciente de que el peligro era inseparable de su profesión.

La llovizna y las solitarias apariciones de un febo esclerótico y acomplejado aburrier la tarde. Orlando se entretuvo en el galpón del fondo. Revisó y ordenó sus herramientas c “trabajo”. En un aro agregó ganzúas y llaves de contacto, preparó cables con los extrems despuntados, alambres con diversas dobleces (el “anzuelo”) para destrabar los seguros c las puertas.

A las once de la noche tocaron el timbre. Marta abrió la puerta y Renato entró en casa. Se conocían de las visitas en Caseros. Cambiaron algunas frases de cortesía fueron hacia la cocina.

-Estás más flaco que nunca, Fideo -le comentó el Profe mientras se abrazaban. ¿Como llegaste aquí? ¿Viniste en auto?

-Tengo un “lsard” que se desarma solo: pero viaja -le explicó Renato. Los dos e presos se rieron a carcajadas. Tomaron el café preparado por Marta. Luego de servirlo, l dejó solos.

Orlando le dió detalles precisos del asunto y le narró lo de la noche anterior. Cerca c medianoche los dos compinches partieron hacia Sarandí en el auto del Profe.

-Quería decirte algo: yo te llamé a vos para que me des una mano: ahora no tengo e quien confiar, Flaco. Sé que no te gusta el choreo y vos no vas a largar tus laburos con pluma. ¿no es así? Yo estaba seguro de que no agarrabas viaje, ¡te lo juro! le dijo Orlando

-Escuchame bien, Profe: cuando yo llegué a Caseros era un “frilo” de veinte año Todos los gorilas del pabellón seis me hubieran comido crudo. La mayoría eran chorr con pedigrí -le dijo Renato. Me diste una mano sin conocerme: sólo sabías que n agarraron por ser un gil sin carpeta; me llevaste a tu ranchada. Vos sabés que yo no la vc

con el afano, pero no olvido a los amigos. A mí dejame “retocar” cheques, darle la biaba una cédula: yo tengo viveza únicamente para el lápiz.

-Fideo, yo levanto autos, soy chorro, pero no ando en la pesada. Yo laburo en oscuridad, sólo de noche; te lo bato pa' que estés tranquilo: ¡conmigo nada de fierros!

Llegaron a las proximidades del “feudo de caza mayor”. Bajaron del auto. La una media; la llovizna parecía un transparente tapiz de cenizas que alguien esparcía desde las nubes. No los molestaba; los dos amigos andaban a paso lento, el Profe con sus piernas combadas de cow-boy de película, y su amigo Fideo, que de reflaco y liviano, parecía flotar sobre un fangal imaginario.

-Allí está. nos espera -susurró el Profe mordiendo el faso.

Se fueron acercando mientras relojeaban la vecindad. Los ojos taladraron oscuridad. Orlando le pidió al amigo que campaneara mientras él trabajaba sobre Dodge. Le explicó qué hacer en caso de toparse con alguna valla policial y como llegar a casa del Bizco, en los aledaños de Ramos Mejía. Se abrieron. Orlando se perdió en noche convirtiéndose en una sombra más. Se arrimó al camión, trepó al peldaño de puerta, sacó el manajo y comenzó a tantear con las ganzúas, una por una. no pasó nada. Con la pequeña y delgada barreta presionó sobre el borde superior del vidrio, insertó “anzuelo” por la pequeña rendija y maniobró; en unos segundos escuchó el “tac”, el seguro se liberó y el Profe abrió la puerta, probó las llaves. en la quinta intentona el motor gimió con placer. Orlando lo aceleró, luego metió el cambio y el Dodge 200, como un pavo real, lució su pinta por las calles sureñas del gran Buenos Aires. Orlando hacía buena letra, paraba en los semáforos, y cuando se cruzaba con algún coche patrullero, ponía cara de chofer con camión que iba a cargar al puerto. El valiant, conducido por Renato, parecía el pato Dona persiguiendo a Frankenstein. La caravana dejó atrás el sur. Luego de tajar La Tablada se fueron acercando al recóndito refugio de Pedro el Bizco, levantador jubilado y reductor de actividad.

No perdieron tiempo; trabajaron con dos gatos, uno de cada lado. Sacaron las cubiertas con las llantas y metieron debajo los caballetes. Empezaron por las delanteras; aflojaron media rosca a todas las tuercas. Al rato terminaron. Orlando le pidió prestada camioneta a Pedro, cargó las gomas y cerró la lona. Al otro día se las iba a llevar Hormiga Negra; pensaba manguearle las ruedas viejas para ponerlas en el Dodge robado en Sarandí.

Fideo le prometió que al día siguiente iba a volver con los documentos retocados. El Profe cambió la numeración del motor y el chasis; Renato retocó los números de las chapas y pintó dobles filetes en las puertas. Con las gomas viejas que Rogelio pensaba tirar, Orlando iba a terminar el maquillaje del Dodge. Tenía la intención de ‘reducirlo’ en Chacabuco o Junín.

Mañana gris, opaca. La neblina, sarcásticamente, se burlaba de los conductores que apenas si distinguían el frente de sus autos. Eran las ocho y pico de la mañana. Orlando y Renato acabaron su faena en el galpón del Bizco. El valiant viajaba hacia Valentín Alsina; los dos amigos se veían exhaustos pero jubilosos. El Profe le propuso que durmiera en su casa. Renato agarró viaje pero de todos modos iba a tener que ir a buscar los elementos de dibujo.

Orlando habló por teléfono con Hormiga y le avisó que esa noche le entregaba el pedido. Y que se acuerde del “taca taca”. Saborearon algunos mates y se ensobraron. Debían terminar ese día. Sin falta.

A las dos de la tarde ya estaban dando vueltas. Fideo fue a buscar sus cosas; regresó alrededor de las seis con toda la documentación. Salieron de pique hacia Ramos Mejía. En un bar, Orlando llamó por teléfono a Rogelio y le confirmó que le llevaba la mercadería. Dejó el valiant cerca de la casa de Pedro, entraron en la camioneta y se dirigieron a Capital. Renato estaba con Orlando pero se bajó antes: el Profe no quería que Hormiga los viera juntos.

Viajaron sin contratiempos y Orlando entró en Zelarrayán; en unos minutos arribó taller: el morochón lo estaba esperando. Cerró el portón y se acercó a la camioneta; se saludaron. Rogelio liberó el toldo y revisó las cubiertas. Su cara exhibió una amplia sonrisa satisfecho como un chimpancé empachado con bananas.

-Te portaste, Orlando: son gomas de primera -le dijo en estado de trance.

-¿Que esperabas, viejo? -le retrucó el Profe. -Escuchame: vos dijiste que las gomas viejas no las necesitás. ¿Me las pasás, Rogelio?

-Si me ayudás a cambiarlas, son tuyas -le ofreció el amigo.

En menos de media hora los dos compinches cambiaron las ruedas, Orlando cargó las gastadas en la camioneta, recibió el toco, se estrecharon las manos y el Profe pasó a buscar a Fideo. Partieron nuevamente hacia la provincia. Los dos amigos, con colaboración del Bizco, montaron las gomas en el Dodge en un santiamén. Orlando le dio a Pedro su parte y una vez más la caravana se puso en movimiento. Empezaba el último acto de la obra.

Orlando le pidió a Fideo que le lleve el valiant a su casa. Él enderezó hacia la ruta con la intención de llegar a Chacabuco a la madrugada. Allí lo esperaba un "comprador".

En Luján el Profe se comunicó con Enzo Dogliatti y le confirmó que llegaba al cruce de Chacabuco a las dos de la mañana. El hombre estaba en el negocio de compra y venta de terrenos, pero hacía negocitos medio raros de vez en cuando. Esa era la razón por la que Orlando viajaba a Chacabuco. Perdía tiempo y precio, pero el negocio con los reducidos de "oficio" era un futo riesgoso: casi todos eran buchones. En Cucha Cucha lo paró la caminera: mostró los documentos, hizo un par de chistes, convidó a los muchachos con cigarrillos y les pasó, sin disimulo, algunos billetes para la "cañita".

-Todo en regla, señor, ¡buen viaje! recitaron a coro los botones.

En pocos minutos llegó a la entrada de la "Capital del Maíz". Enzo ya estaba allí y Orlando lo siguió con el Dodge. Al rato arribó a un pequeño depósito; se sentaron en la oficina y fueron derecho al negocio. El Enzo Dogliatti ese parlaba y guiñaba el ojo sin pausa; y el Profe le retrucaba las guiñadas hasta que se avivó de que el tipo tenía un tipo nervioso. ¡¡por un tris no se largó a reír! Al rato salieron y Dogliatti inspeccionó el camión, levantó el "capó", se lo hizo arrancar: "Acelerá. hacé los cambios. a ver el embrague.". Luego volvió colifato. Después lo manejó. Cuando regresaron le propuso una miseria.

Orlando se rechifló. Enzo subió la oferta, lloró un poco hasta que cerraron trato. Se dieron un apretón de manos. El Tano intentó meterle un cheque. ¡Para qué!

-Decime, Enzo, ¿qué corno te pasa? En estos asuntos no hay chirimbolos: la cosa es simple y traiga: dame el vento y agarrate el camión, -le dijo furioso. -¡Y que lo disfrutes!

-No te sulfures, Orlando; tomá, es todo lo que tengo. Y decime, che, ¿como te volvé pa' Buenos Aires? ¿Vas a esperar el primer micro?

-No te aflijas, Tano, un amigo me viene a buscar - le dijo Orlando.

Se desearon buena suerte y el Profe empezó a patear por las calles aledañas. Fue probando las puertas: cuatro, cinco, seis autos, y todas cerradas. No tenía "herramientas" para la iba de "descuidista". La noche era bien oscura y fresca. Vió un Falcon azul, pasó, pegó el manotón y se largó a chillar una alarma vocinglera. No se alteró. Continuó caminando con sus piernas combadas, el cigarrillo pegado al labio y la mirada de rapiña oteando hacia los cuatro puntos cardinales. Transpiraba a pesar del frío. Se acercó a un 404 "bien frappé", presionó el botón de la puerta. y se encontró sentado al volante, cortó los cables. En segundos el Peugeot comenzó a viajar por la carretera de salida de Chacabuco rumbo a la Capital. Los de la caminera lo reconocieron y lo saludaron alegremente. ¡Viva la pepa!

Flor de "paco" tenía encima. Las nieblas de la General Paz le hicieron aminorar la marcha. Debía desprenderse del auto cuanto antes: no quería riesgos. Seguramente el dueño ya había hecho la denuncia. Lo abandonó en un basural de Villa Lugano, tomó un taxi hasta Puente Alsina y descendió en la Av. Sáenz. Miró la hora: las ocho de la mañana. En el primer bar que vió abierto se dispuso a hablar por teléfono. Sonó varias veces hasta que Marta atendió. por la voz el Profe se avivó: ¡hubo batida! Antes de ir a la casa, después de un "trabajo", a veces telefoneaba. Eso lo salvó.

Se ubicó en una mesa, pidió un café doble; lo tomó lentamente. Estaba serio, pero plata le hacía cosquillas en el bolsillo. Llamó a la casa de Fideo.

-¿Hola, hola?. ¿quién es? -preguntó el muchacho con voz de cobija tibiecita.

Orlando reconoció la voz de Renato, que seguía preguntando, ya con ira, quien despertó.

-¿Podés hablar, pibe? Soy yo, Orlando. ¿Sabés que corno pasó en mi casa?

-¡Qué suerte que no fuiste a tu casa, Orlando! Cuando llegué a la esquina de tu sac ví un quilombo de órdago, dos Falcon de la yuta, tipos gritando. Yo me escurrí porq antes de ir para allí me encontré con una mina. es todo lo que ví, no sé nada más. Decir dónde estás que te llevo el auto y charlamos: ¡Qué tarro, che!

A media mañana Renato se encontró con el Profe. No le aportó ningún dato nuev Orlando telefoneó a su casa. Marta atendió, ya más tranquila, y le narró sucintamente q alrededor de la una llegó la policía buscándolo como si fuera Al Capone. Entraron investigar en el galpón y la interrogaron unas cuantas veces. Finalmente, dejaron a d tipos para esperarlo. Marta le dijo que se habían ido hacía una media hora. Ella salió hacer algunas compras, se fijó si andaban merodeando pero no los vió. Tampoco a l autos.

Orlando le anunció que no iba a ir a la casa por unos días y que le mandaría guita cc la suegra. Además, le pidió que empaquete todas las cosas de la casa dado que se iban mudar: "Esa vivienda -le explicó- está quemada y allí no nos podemos quedar. Mart escuchame otra cosa: yo voy a hacer algunas diligencias y averiguaciones. Cuando decic hacer la mudanza te voy a avisar con tiempo; vos hacé los paquetes. que los muebles l compramos nuevos. Era hora, ¿no te parece? agregó con una carcajada. Se despidió prometió llamarla a diario.

El Profe y Renato tomaron por la Av. Sáenz hasta Zelarrayán. El Profe dobló por és y pasó por el taller de Hormiga. Estaba cerrado. Miró la hora: las once. Ya no tuvo dudas.

-Éste me batió, Renato. Seguro que el infeliz encargó las gomas para un reductor. el reductor, después que las recibió, le mandó la yuta para no pagarle y empavurarlo. sentenció el Profe.

Orlando le entregó a Fideo una parte de lo convenido. Resolvió borrarse por unc días; pensaba visitar a algunos amigos para averiguar qué pasó con Hormiga.

-Escuchame, pibe: vos borrate por un tiempo y no se te ocurra comentar con nadi pero con nadie, que anduviste en este fato. ¡Cuidate, pibe!

Durante una semana el Profe salió de circulación. Todos los días hablaba con Marta sus hijas. También telefoneaba al taller de Rogelio. Como a los diez días, Hormiga e persona atendió el teléfono; Orlando lo sorprendió y no le dió tiempo a nada.

-Me la hiciste, buena, buchón. ¿Así que ahora sos ortiva de la yuta? le dijo el Profe.

-Escuchame, Orlando: ¡no sabés las que pasé! El tipo que compró las gomas es c Quilmes. me jodió! La cana de Ezpeleta se me vino al humo apenas el tipo se fue con l cubiertas. Estaba todo arreglado: me fajaron, me sacaron todo el vento y encima les tuv que garpar una millonada para que no me abran causa. no tuve más remedio: flaco, ¡te juro!

-Callate, buchón: me diste el manyamiento. Yo me fuí de tu taller antes de las diez c la noche y a las dos horas llegaron a mi casa. Te creía más hombre. sos una basur. Hormiga. Y ahora por tu culpa mi expediente, que estaba tapado en algún armario lleno c polvo, está entre los primeros! ¡No querías que trabaje con socios y vos me engrupiste cc un reductor! ¡Andá, infeliz! le gritó el Profe.

-Orlando, oíme, estoy arruinado. voy a tener que cerrar y vender el taller. Estc endeudado y con la guita que tuve que pagarles me dejaron sin resto, hermano. Creér por favor, Orlando, me arruinaron la vida, estoy terminado. -lloriqueaba Hormiga.

Cortó la comunicación. El rostro de Orlando exteriorizó la fría cólera que lo invadi. Esa noche se encontró con un viejo compinche de la ranchada de Caseros. Le pidió ur gauchada muy especial.

Durante las dos semanas siguientes el Profe se ocupó de resolver y ordenar todos los asuntos pendientes. Alquiló un departamento en Almagro; un abogado que recomendaron le confirmó que tenía abierto el prontuario, pero aún sin pedido de captura. Luego de asegurarse que su casa no tenía vigilancia, arregló el traslado de Marta y sus dos hijas a la vivienda de unos parientes.

Al día siguiente, un camión cargó los muebles más esenciales y los paquetes con enseres y ropa embalados. Orlando no le dio la dirección al camionero: simplemente, mandó a una esquina del barrio de Almagro. Durante el viaje se aseguró de que nadie lo seguía. Cuando llegó al lugar convenido, Orlando le dio los datos y terminaron la mudanza.

La familia, como en los cuentos con final feliz, se reencontró en la nueva vivienda. Se podría agregar que "Marta y Orlando se casaron, tuvieron hijos hermosos y sanos y fueron muy felices." La cuestión es que ellos ya estaban casados, tenían dos hijas -realmente hermosas- y a su modo eran felices. Aunque el Profe siguiera levantando vehículo gambeteándole a las sombras y a la yuta.

Al mes de los hechos narrados en estas páginas, Orlando Roig envió a un compinche a visitar el taller de Hormiga Negra so-pretecto de hacer un arreglo mecánico. De esa visita el Profe llegó a la conclusión de que Rogelio era un confidente de la policía, que las lágrimas vertidas en aquella conversación telefónica fueron un sainete a lo Sandrini. Aquel recelo de la primera charla, esas dudas de Fideo Fino acerca de la fidelidad del moroché estaban justificadas. El Profe, entonces, volvió a comunicarse con el antiguo compañero de la ranchada de Caseros y le pidió que "proceda".

Los vecinos de Zelarrayán y Doblas se despertaron en mitad de la noche: penetrante olor, y un humo oscuro y compacto, advirtieron al vecindario que del taller de Rogelio Vidal habían quedado unas pocas cenizas: ¿Cómo supo Orlando Roig, el Profe, que el taller de Hormiga Negra no tenía seguro? •

5. Mandrake en el asfalto

Andaba medio esgunfiado. Él odiaba el tedio pero era una época brava, y Orlando sabía olfatear el peligro. Desde el asunto que tuvo con Hormiga Negra se limitó “trabajitos” muy fáciles, de rutina. La yuta boleteaba sin asco y los confidentes trabajaban horas extras. Dos antiguos compinches del Profe fueron boleteados en un baldío cerca de Tapiales: “Dos maleantes muertos heridos de bala -decía el titular de “Crónica”- fueran hallados cerca de las vías del tren. La policía informó que se trataba de un ajuste de cuentas entre gente del hampa.”. La historia de siempre. Los botones los cosían con las metralletas, los tiraban en un basural y después aparecía la versión oficial.

El “Brujo” López Rega les había dado a los canas gatillo libre. Comenzó entonces un orgía de sangre. Grupos parapoliciales, organizados al margen de la ley, iniciaron la caza de “zurdos” y chorros. Con respecto a la gente de avería, los que no pagaban “rescatos” eran exterminados por los “vengadores justicieros” (la Triple A y otros grupitos de asesinos de la federal o la provincial).

Eran los tiempos en que el viejo Perón, liquidado por la arterioesclerosis, ponía cara, y el cabo López Rega movía los hilos de la represión, mientras la “pavota nacional” tenía el tupé de plagiar, pobre turra, a la Evita original. Eran los “adelantados” del proceso.

Orlando había ganado sus buenos mangos con el último negocio. Y a pesar de los riesgos, debía ponerse en campaña. Los morlacos no echaban cría.

Una tarde de junio del 74, fresca e inocente, mientras el viejo Perón se iba muriendo, el Profe decidió acabar con el sebo y el aburrimiento. Hacía poco que se había mudado. Los aires de Almagro no le gustaron y se afincó en Mataderos, en Alberdi y Oliden, en una casita con entrada de auto, jardincito adelante y un fondo que daba a Lafuente. “Hay que cubrirse el espiro”, pensó el Profe, mientras revoleaba los ojos y calculaba las ventajas de tener una “salida de emergencia”.

El valiant de Orlando había tenido un choque fiero. La carrocería quedó más arrugada que el fuelle de Pichuco y, naturalmente, el Profe se ocupó de encontrar un siamés de color negro. Lo halló, le puso el motor salvado del siniestro e incluso le cambió las partes mecánicas deterioradas por el uso.

Decidió ir a visitar a Néstor, el mecánico de la línea 24. Desde el asunto del polara las relaciones entre ambos quedaron un poco tensas. Pero Orlando sabía que el muchacho no tuvo la culpa y a las pocas semanas se amigaron. Néstor le ajustó el motor del valiant y a vez en cuando le “encargaba” boludeces. Como para ir puchereando.

Salió de su casa mientras en el cielo fulgían estrellas fugaces. Las copas peladas de los árboles se columpiaban al compás del viento nocturno. La noche se esbozó fría y desagradable. Tomó hacia el sur y entró por San Juan. En Alberti se detuvo un par de minutos para comprar cigarrillos. Y entonces lo vio.

-Rabanito, ¡me cachó en dié! Mirá dónde te vengo a encontrar, hermano! le dijo el Profe

Pedro Perico Bonetti (a “Rabanito”) parecía un fósforo de madera con dos piernas largas, y los brazos como remos de piragua. La cara era un triángulo ahuecado, con vértice en la cabeza. La cabellera, una jungla roja acomodada entre rulitos ensortijados, algunas canas solitarias cruzándole el bocho. Su andar se asemejaba a un muñeco de cuerda, cuya cabeza marcaba el compás. Como si la batuta de D’Arienzo le señalara el ritmo: movimientos cortos, rápidos y secos de todo el cuerpo. Se sonrió, miró al Profe y meneó la cabeza.

-A vos te mandó Dios, Orlando, ¿como sabías que te andaba buscando? Tengo un yeite de varios palos y necesito un chofer. Mita y mita, colo, mita y mita! le dijo en un suspiro.

Fueron a tomar un café, y mientras el Profe templaba su bobo Perico le explicó negocio. Su voz era media roncoroni, como un trombón desafinado que a veces se atascaba. Un caso clavado para el foniatra.

-El dato viene de adentro, te lo bato seguro. Un tirifilo que trabaja en la aduana anc con la hermana de mi jermu -es "descuidista" en los ratos libres ¿manyás? Hablando c pavadas me contó detalles del fato. Una carga muy grande de cigarrillos importados. por menos cincuenta palos de la reventa. Tengo todo planeado. El camionero va a viajar cc un acompañante: van a Córdoba por la ruta ocho. Los podemos apretar entre Venac Tuerto y La Carlota. Ese tramo de la ruta es una papa, Orlando: trabajo fácil. Además tengo el comprador con vento en la mano.

Orlando no se impresionó. Los ojos de ave de rapiña perforaron a Perico; el colorac sintió que lo estaban punzando con un estoque de punta fina. Entornó los ojos y contemp a los clientes del bar.

-Dame más detalles, Perico. ¿Qué me batis con eso de "apretarlo"? Yo hace much trabajo limpio; en el levante no uso chumbo, ¿entendés? Si hocico mala suerte máximo me como un garrón. Si pirás o vas pesado te boletean: siempre fué así pero hoy buscan y te revientan sin asco -le dijo el Profe

-Escuchame, Flaco, ¿como podés hacer un laburo de "pirata" sin pesada? No ha manera. Batime vos, Orlando, como salís de la seca sin arriesgar -le retrucó Rabanito.

Se quedaron en silencio. El Profe sorbía el café, la mirada ausente y el boch carburando con el acelerador a fondo. Puso cara de gil, miró a Perico con una sonrisa mu peculiar y se acodó discretamente. Desde una mesa cercana se escucharon risotada parecían el escape de un tractor diesel.

-Yo tengo la precisa: hay que hacer magia, como Mandrake: nada de fierros. Creer lo que te bato, varón -le dijo Orlando mientras arrugaba la frente y aspiraba con fruición humo de su cigarrillo.

El Profe se apoyó en la mesa y le chamuyó un rato en la oreja. El Perico lo miró c costeleta; primero sorprendido y escéptico. Luego, pareció cautivado.

-¿Pido otra vuelta, Flaco? Dejame masticarlo un poco. no sé si es la precisa pero va la pena tomarla en cuenta -le aseguró Rábano.

-Mirá Perico, yo iba hacia Barracas por un "encargue". Ando corto y necesito biyuya: doy hasta mañana al mediodía. Dejame tu teléfono y yo te llamo, ¿estamos? le propus Orlando.

-No puedo, me dieron el "manyamiento" y ando a los saltos: dame el tuyo o no encontramos donde quieras. Te funciona el carburador, Orlando -le dijo con una pizca c admiración.

-Fenómeno, ni una palabra más ¿te queda bien en Boedo y Independencia a la doce? le sugirió.

Quedaron de acuerdo. Orlando pagó la cuenta, se estrecharon las manos y salieron. El Profe agarró para su casa. Era tarde; seguramente Néstor ya no estaba en el taller.

Se veía serio; tal vez un poco preocupado. El negocio prometía vento pero a Orlando no le atraía el asalto a mano armada. "Perico es de ley pero le gusta la pesada: de seguir que se va a venir con el fierro", pensó. El negocio y el socio lo inquietaron: era como meti la cabeza en un polígono de tiro.

Recordó la primera vez que anduvo en la joda. Tenía diez y siete pirulos cuando un noche de lluvia subió a un taxi dispuesto a probar. El tachero era un viejo con cara c marmota. Le pidió que lo llevara hasta Murguiondo y Echandía, en Mataderos. Durante viaje el hombre no paraba de blablear y Orlando, a pesar del frío irrespetuoso que hac esa noche, tenía calor. En el bolsillo de la campera apretaba medio nervioso la Beret calibre 22. Se la había comprado a un feza puro espamento por unos mangos. Cuando taxi llegó a destino, Orlando metió la mano en el bolsillo, tragó saliva y la nuez de garganta, que parecía un ascensor sin chaveta subiendo y bajando sin pausa, lo atragant no podía preguntarle cuánto era el importe. De pronto tomó coraje; la mirada fiera d Profe se clavó como una cimitarra en la cara del viejo y le gritó "¡Dame la guita o

quemo!" El tachero no se empavuró: era bastante mayorcito. Sin perder la compostura habló:

-Tranquilo, pibe, te voy a dar la guita pero no me apuntés. estás muy nervioso: tomá, agarrá la guita pero no me boletíés. no te vale la pena, sos muy pibe y para vos sería un desgracia; también para tus viejos. Tranquilo, pibe; el trompa no va a creer que me fanarc pero a mis años tengo que trabajar de noche, no quiero perder el laburo ¿entendés Tomá, cachá la guita y andate.

-¿Para qué mierda me contás tu historia? ¿A mi que me importa si sos el trompa peón? Bajá del coche, tomatelá, tomatelá! le gritó Orlando con un gargajo en la garganta.

-Tomá la plata, pibe, dejame unas chirolas para volver a mi casa, y rajá del choreo haceme caso -le dijo el viejo taxista mientras bajaba del tacho.

-No quiero tu plata, ¡metétele en el culo! le gritó Orlando, y poniendo la primera con palanca en el volante salió disparando. La mirada fiera se le esfumó. Estaba con bronco recordó Orlando, pero esa noche aprendió que él no estaba hecho para el "aprete con fierro": él no iba a ser un asesino.

Mataderos estaba quieta. Una nube compadrita le cerró el paso a la luna y algún aullido extraviado en la umbría sordidez de la noche puso la nota jovial. El olor rancio persistente y seboso del matadero se le filtró por la nariz de ave de rapiña. Entró en su casa acompañado por el fresco de la calle. Marta, la mujer, con su perspicacia intuitiva pescó al vuelo que el marido barruntaba "algo".

-¿Las chicas duermen, Marta? Si tenés algo para picar me tomo un Gancia, ¿no acompañas? le dijo.

Cortó un salamin, algunos cachos de provolone y acercó un par de vasos. Las "figazitas" estaban medio gomosas. Con el cigarrillo en la boca Orlando escancié el vermouth echó soda y le alcanzó el vaso a Marta. Ésta lo miró fijamente; luego de pegarle un sorbo agarrarse una feta de salame lo encaró:

-¿En qué andás, Orlando? ¿Preparando un fato raro, no? Estás demasiado amable para mi gusto.

-Otra vez con lo mismo; mirá que ya hablamos del asunto muchas veces -le recordó él.

Con el producto de su último trabajo los Roig compraron la casita. Por primera vez la guita no se les piantó en pavadas. Pero Orlando no podía mantener la casa con ese flamante trabajo de tachero. El taxi era el pretexto, la cobertura de honorabilidad, el diploma de ciudadano celoso de la ley. E incluso, la explicación que tenía para sus hijos los vecinos y la cana.

Pero el viento es volátil, como el tinner. Se evapora y hay que reponerlo. Eso es lo que Orlando le explicó mientras iba masticando la picada con fruición. Se fueron al dormitorio, echados sobre la cama, el Profe y Marta, sin proponérselo, culminaron la noche en un abrazo sensual y tempestuoso. Como para festejar la tormenta, que pasó de largo.

Salió a la mañana temprano. Con el valiant convertido en taxi se dedicó a levantar algunos pasajeros. El último viaje lo dejó en Barracas; y se broncó: ¡¡Se olvidó de bajar la banderita! Miró la hora y enfiló para San Cristóbal; Rabanito lo estaba esperando Estacionó sobre Independencia y se encaminó hacia el bar. Lo vió sentado en el fondo tapado por una columna. La cabeza parecía una antorcha olímpica y sus ojos, en estado de alerta, observaban el movimiento del bar. Se saludaron y fueron derecho al grano.

-Tu idea es buena, Orlando, pero tiene un punto flojo. hay que "aguantar" el camión después de levantarlo: máximo en media hora tiene que desaparecer de la ruta -sopló el trombón de Rabanito.

-Si vos estás de acuerdo con mi proposición, tengo también la precisa para después del aprete. Pero tenemos que saber qué día y a qué hora sale con la carga. Sin ese dato estamos jodidos -le dijo Orlando.

-Te lo bato ya mismo: el próximo lunes por la mañana saca la carga de la aduana y las nueve de la noche sale para Córdoba. Alrededor de las dos de la mañana va a andar por

Venado Tuerto. Nosotros tenemos que esperarlo allí en la zona y pegar el manotazo ¿Qué te parece?

-Antes de Venado Tuerto no va a parar. Tampoco tiene adónde. Yo te digo lo que vamos a hacer. -Bajó la voz hasta convertirla en un susurro inaudible. Perico lo asintió. Ya no preguntó más.

El Profe le sugirió a Perico que viajara hasta Venado Tuerto en colectivo.

-Escuchame, Perico. Vos tomate el ómnibus de las cuatro de la tarde: vas a llegar a las diez. Pero no te quedés en el bar de la parada. Después de la Esso hay una fonda en la que comen los camioneros. Sentate a morfar: yo voy a llegar con el tacho entre diez y media, ¿estamos?

-Entendeme, Orlando: si topamos una barrera de la yuta me manyan y pierdo. Prefiero comerme el garrón esperándote en el boliche, y no hociocar en la gayola. Sí, mejor no encontramos allá. Además, el que me dió el "dato" quiere venir en yunta conmigo: ¿a vos que te parece? le preguntó Perico.

-Por lo que me batiste del tipo, no me gusta. Decile cualquier cosa pero no me traigás. ¡Borrálo! le advirtió el Profe.

Completaron los detalles y se despidieron hasta el lunes a la noche. Por las dudas, dió el tubo de Néstor y le pidió que le confirme el lunes a las tres de la tarde. Se abrieron Orlando retornó a Mataderos. La mesa ya estaba puesta. Besó a sus dos hijas, le dió un palmada en el trasero a Marta y se sentó sonriente. La comida transcurrió sin incidente Pero la morocha lo junaba cada vez que le servía algún plato. Él se puso a charlar con las hijas.

-Escuchame, nena -le dijo a Marta-: el lunes salgo a trabajar de tarde y no vuelvo casa hasta la mañana. No me esperés y no te hagás ningún problema.

Ella lo miró con inquietud y desazón. Pero no le replicó. Era la mujer de un ladrón de autos. Ya antes de meterse con Orlando Marta sabía que él era un socio de avería. En todos sus años de matrimonio ella no desconocía el origen de los ingresos. Hizo un mut elegante y se puso a lavar. Orlando se fue a yugar un par de horas arriba del taxi. En zona del Once estacionó frente al boliche de Catamarca y Alsina. Encargó un café, y pidió al gaita con cara de sapo el teléfono. Se comunicó con un compadre santafesino (compañero de Caseros) retirado de la profesión, y lo chamuyó un rato. Parece que el loco le dió el "sí", porque la jeta angulosa del Profe se agrietó jubilosa, y los labios delgados finos bocetaron una sonrisa nada chirle. Respiró profundamente, con indudable alivio. Tomó el café con borra, chasqueó los labios y salió a la calle con un brillo en los ojos.

El fin de semana pasó tranquilino. El domingo toda la familia Roig se fue a comer parrillada a un bodegón de categoría en San Telmo. Una siesta interminable y movida culminó el ajeteo dominical.

A las seis de la tarde del lunes el valiant, lustroso de un negro betún, compadreat por la Panamericana. Al pasar Talar del Pacheco prendió la radio; Jorge Vidal dramatizaba "Vieja Recova" y los fueyes y violines de Pugliese le bordoneaban un fondo sentimental. Los ojos, agazapados en la oscuridad y alertas, no perdían ningún detalle. A las nueve dejó atrás Pergamino y metió "pata". Cerca de Venado Tuerto desaceleró. conocía a los bribones de la policía santafesina. Ya tenía el rollito con los billetes entre los dedos. Cuando lo paró la caminera y luego de las frases consabidas Orlando le pasó el "paco" siguió hasta la Esso, ya fuera de Venado. A unos ciento cincuenta metros estaba la fonda. Dejo el auto a un costado, lejos de los camiones. Entró fichando a los comensales. Vió Rabanito en un costado, atacando un bife de chorizo bien jugoso. Con el gorro de la encasquetado sobre el bocho parecía un caníbal disfrazado de Caperucita Roja.

Encargó una milanesa medio caballo, un litro de tinto "de la casa" y se puso a conversar con el socio. Perico le dijo que el camión salió a horario, según el chamuyo de pelafustán. A las once y media pagaron y se hicieron humo. Fueron hasta el valiant sentados en la oscuridad se pitaron un atado. A la una recorrieron las calles de Venado Tuerto. Finalmente entraron en la estación de servicio, cargaron especial. Orlando le hiz

revisar el agua y aceite de grupo, luego pagó y le dió la propina, más jugosa que el bit que se engulló Perico. Estacionó en un lugar discreto, levantó el “capó” y se puso a revisar las bujías. Cuando cerró la tapa del motor vieron pasar el ford con la cabina cerrada con “Transportes Serranos”. Se pusieron a tiro. Pero el camión no paró en la casa de comida; la noche era glacial y el viento que venía de la sierra siseaba sin misericordia: el pulser marcaba la una y media clavada.

Comentario [AZ3]: .

Atravesaron el límite de las dos provincias. Después de un rato el camión pasó el cruce de caminos y se dirigió hacia una YPF, entró, dejó el vehículo en la parte de atrás, los dos camioneros desaparecieron en el bodegón pegado a la estación de servicio. El Profe paró a un costado de la ruta y le explicó a Perico cómo llegar al aguantadero, dieciséis kilómetros antes de La Carlota. Eso por si se perdían de vista.

-Esto es un regalo del cielo, Rabanito: yo pensé que este gilastrón iba a parar en Venado. Pero ahora estamos más cerca. menos joda en la ruta. Así tenemos tiempo para amurarlo antes de que los choferes batan el asunto a la yuta. Vos acercame al fondín después que levante el bulto venite atrás mío. Chau, colorado.

Lo dejó en la ruta. Orlando se acercó al Ford; por azar había unos cuantos pesos pesados estacionados al tun tun. Se subió al estribo, con el anzuelo destrabó el pestillo se sentó al volante. La primera ganzúa maestra que probó le trajo buena suerte. Puso primera y salió haciendo un rodeo por detrás de la fonda. Al entrar en la ruta prendió todas las luces y enfiló para el aguantadero que le “arregló” el santafesino. La carga olía a tabaco y el aroma penetraba por la ventanita. Con la zurda se dió un trémolo sobre el cuore: yeite en camino.

Miró por el retrovisor: el valiant conducido por Perico venía a unos cien metros. Pero un Falcon se le insertó en el espejo un par de veces. La “luz roja de alerta” comenzó a centellear en su cabeza. Vió una curva muy grande en subida. Le “guiño” un par de veces a Perico y en cuanto entró en la curva apagó las luces, cruzó la ruta hacia el lado contrario, atravesó la banquina y se metió bien adentro, a unos doscientos metros del camino, amparado por la oscuridad y un pequeño bosquecito que le resguardaba. En un tris volvió a llegar al valiant.

-Escuchame, Rabanito: una de dos, o éste es un yeite manyado, o es una puta jodida casualidad. De cualquier modo, nosotros metemos el mionca más adentro; aquí no hay tierra laburada o cría de animales. Nosotros nos volvemos con el valiant. Esto se nos complicó debute -le batió el Profe.

-¿Es por el Falcón ese que venía detrás mío, no? Yo también lo juné: los cornudos se acercaban y después parecía que se iban a barajas. Yo ya estaba listo con los fierros Orlando, te dije que uno no puede saber lo que le espera.

Metidos en la cintura del pantalón sobresalían las culatas de dos revólveres bastante macizos. El Profe no exteriorizó ningún gesto, pero sus ojos irradiaban ondas secas, frías hostiles. La exhibición no le gustó nada. Ya se lo iba a recordar.

El incidente con el Falcon les enmarañó el negocio. Perico propuso seguir adelante pero el Profe le dijo que a esa hora la yuta ya estaba alertada, que tenían que buscar otra solución y olvidarse de ese vehículo. Pero si lo dejaban abandonado perdían el negocio porque a la mañana de seguro lo encontraba la yuta. Tenían un par de horas para hallar solución.

-Yo sé lo podemos hacer: perdidos por perdidos, vamos a jugarlos -dijo Orlando. Estamos cerca de Alejo Ledesma. Vamos para allí, subite al auto. no discutas, ¡dale!

Llegaron a la ruta y tomaron en dirección a La Carlota. Al rato entraron en Alejo Ledesma; negros nubarrones tapaban la luna y un chaparrón amistoso les tendió la mano.

En una loma pegada al caserío, vieron un Leyland con la lona armada. El Profe cuchicheó un par de frases y bajó del valiant. Mientras Perico tomaba el volante, Orlando se acercó al camión, dió una vuelta y comprobó que estaba vacío. Tenía chapa de San Fé aunque estaban en Córdoba. Encontró la puerta abierta; sonrió satisfecho y se puso a trabajar. Levantó la tapa del motor, unió los cables y uno vez dentro del Leyland puenteó corriente. El motor estaba frío y no arrancaba; pero al destrabar el freno de mano

camión se deslizó loma abajo y enseguida comenzó a roncar. Miró la hora: las dos media. "Sólo pasó una hora, todavía podemos salvar el yeite", pensó.

Al divisar el final de la curva, que ya era como de la familia, Orlando dobló hacia adentro. La lluvia castigaba a la lona: como virtuosos bailarines zapateando un malamute. Divisó el bosquecillo y a duras penas columbró al valiant, que venía esquivando charcos.

Con la barreta forzó las puertas traseras del Ford: el Profe aculató los dos camiones empezaron a trasegar la carga. El frío les pasmó las manos aunque sudaban. El ritmo de trabajo era enloquecedor. Los dos parecían una cinta transportadora pasada de revoluciones.

-Tenemos que jugarnos, colorado: vos seguime a mí, pegado y sin perderme de vista. La yuta nos va a esperar en La Carlota, pero nosotros los vamos a joder. Vamos a pasar Venado Tuerto y Pergamino de costeleta, y luego bajamos hacia Rojas, Salto: tenemos que llegar a Chacabuco por que allá estamos arreglados, tengo un amigo. Y a lo mejor podemos vender el muerto -le dijo Orlando.

No perdieron tiempo. Perico no entendía nada ni reconocía los lugares por los que pasaban pero el Leyland engullía las distancias. Antes de Rojas cargó nafta; también Perico llenó el tanque del valiant. A las cinco y pico llegaron a Chacabuco. Hubo tramos en los que el camión volaba. Al rato de traspasar las cajas, la lluvia amainó. El cielo seguía encapotado, pero no volvió a llover.

Dejó el camión en las afueras, junto a otros. En una estación de la Shell pidió la guía. Encontró el teléfono de Enzo Dogliatti. El hombre lo puteó. Luego le dijo que fuera para oficina del galpón que usaba como depósito. "Sin mucho aspaviento, con discreción", dijo el Enzo.

Llegaron en un rato. Dejaron el valiant a un par de manzanas. El Profe le advirtió que no abriera la boca, que él iba a hacer el negocio según se dieran las cosas. Dogliatti llegó con cara mufada.

-Buenos días, muchachos. Che, Orlando, vos me vas a hacer agarrar un síncope. ¡En la cinco de la mañana! Pucha que sos exagerado. ¿Qué miércoles de apuro, tenías? Bueno, desembuchá, ¿qué tenés? inquirió el tano.

-Escuchame, Enzo, tengo una papa lista para vos: un camión cargado con cajas de fideos importados. Te vendo la mercadería y el camión te lo dejo por chauchas porque yo ya está "preparado" ¿qué te batís? Tenés que decidirte ahora mismo; lo vamos a ver ahora, si tu oferta es buena cerramos trato: te quedás con la mercadería y el Leyland -le propuso Orlando en un discurso de corrido.

El tano Enzo se relamió en silencio mientras guiñaba su ojo a repetición. Perico pensó que el tipo los estaba jodiendo: casi se rechifla.

-¿Y quien es el coso éste? preguntó señalando a Rabanito, mientras iba a buscar cafetera y algunos vasos que hacía mucho tiempo que no veían detergente. Sirvió el café y se quedó esperando.

-Me extraña, Enzo: ¿cómo se te puede ocurrir que voy a venir con un gilún? Éste fue mi compañero de ranchada en Caseros, un punto de muñeca, de los buenos. me extraña. Enzo. -lo untó Orlando.

-Quiero ir a ver la mercadería: si vale te doy la pasta, y si no llevatela -le dijo Enzo.

Los tres se acomodaron en el rastrojero de Dogliatti. El "comerciante" dió una vuelta larga antes de viajar hacia el lugar. Bajó con una linterna, corrió la lona y ojeó el cargamento caminando alrededor del Leyland. Después miró el camión. Era casi nuevo. Se aproximó a los dos socios y les hizo una oferta. Orlando lo contempló con su mirada helada y penetrante, diciéndole con ira no disimulada:

-Pero vos querés culearnos, ¿nos ves jeta de gilunes? Nosotros hacemos todo el laburo, arriesgamos el culo y vos nos querés arreglar con chirolas? No cambiás más, tan sólo. Subí la oferta o nos piramos.

Volvieron a la oficina. Ya era de día, pero el cielo estaba encapotado y una bruma remolona jugueteaba en las calles de Chacabuco. Los tempraneros, con prisa y cansancio, bostezaban el madrugón. La oficina de Enzo parecía una heladera SIA sintonizada en "extrafrío".

Dogliatti dibujó una cifra en el anotador, con prolijidad y esmero. Los dos socios se miraron y el Profe le dijo que esa proposición no incluía el camión. El tano no se amilanó; subió un poco más su oferta y les batió que ese era el último precio. Agarraron viaje. Le dijo que iba a buscar la guita: "Orlando no me acepta cheques", le comentó a Perico con una sonrisa. Y el guiño.

Salieron de Chacabuco después de las ocho de la mañana. Las bocas ufanas con buzones; y los rostros, cenizas pero radiantes, expresaban el alivio de la faena cumplida a pesar de los contratiempos.

Perico se acomodó en el asiento, la cabeza girada hacia la ventanilla. Los primeros esbozos del nuevo día se esfumaban entre los pliegues cerrados de la niebla, que caía cortante sobre el asfalto. Cuando el Profe alcanzó a ver la barrera de la cana ya fue demasiado tarde. La bruma los jodió bien de bote.

Cuando les pidieron que se identifiquen, Rabanito les dió el documento original. Luján tenía la lista de capturas y en el acto le dieron el manyamiento. "El Perico ese: viveza tuvo para engrupir a los botones con un documento de prestado", pensó más tarde Menos mal que el Profe enterró la artillería en los fondos del depósito de Enzo y de revisión del auto no saltó nada. Pero también Orlando estaba prontuarioado. Los llevaron a San Andrés de Giles; incluso al valiant. Un abogado malandra que le puso Marta sacó al Profe en quince días, cerrándole el prontuario sin caratular. Ducho y relacionado leguleyo ese.

Le dieron la libertad desde la delegación de Luján. Marta y el abogado lo estaban esperando. En el auto del abogado viajaron hasta San Andrés de Giles. Después de un trámite y el papelerío que iba y volvía, le devolvieron las pertenencias y las llaves del valiant.

Orlando y Perico tenían el "espiche" conversado desde antes de salir de Chacabuco. A Pedro Bonetti lo llevaron a Buenos Aires. Se comió un garrón más largo que la avenida Rivadavia. Pero el Profe le puso el mismo ave negra, que le alivió el prontuario y lo sacó limpio como al año, a pesar de que estaba pegado a una causa bien gorda.

Marta y Orlando llegaron a Mataderos después del mediodía. El Profe metió el valiant dentro de la casa, y aunque estaba lloviendo corrió el toldo del patio, pese a los alaridos de Marta y las chicas. Se tiró debajo del auto y luego de cortar el alambre que la sujetaba, sacó de arriba de la junta del caño de escape una bolsa de papel estañado que le dió el tano Enzo.

Llamó a la mujer, entraron en el dormitorio y el Profe abrió la bolsa: un imponente paco deslumbró a la morocha. Aunque no quiso, se rió como una gila provinciana, abrazó a su hombre, y luego se largó a hipar. Orlando la miraba con una sonrisa relajada. Le aclaró que la mitad era del amigo.

El robo de la carga de los fasos se convirtió en un enigma, en "ser o no ser"; "estar o no estar". A los fasos se los tragó la tierra. Los tiras investigaban todos los datos, todas las pistas. Pero los importados se habían esfumado o, como lo contó Orlando con su risa contagiosa "Se hicieron humo. como un truco de magia hecho por Mandrake" •

6. El que roba a un ladrón.

Hay veces en que uno encuentra la buena suerte a la vuelta de la esquina. O es que cree. Después de un largo tiempo de andar a la pesca, sin recibir una buena baraja, Orlando Roig, sonriente pero con las antenas paradas, se topó con un viejo compinche del barrio. Chorruto barato, y medio “deme cinco de verdurita”, invitó al Profe a tomar un cafecito. Según le batió el ñato, tenía un negocio facilongo y rendidor, pero le faltaba un “cuatro ruedas” para transportar la mercadería.

-Escuchame, pibe, muy “facilongo” no debe ser, porque si te hace falta un mionca es algo bien serio. Y decime una cosa, ¿porqué me lo proponés a mí si te deja tanta biyuya? le dijo Orlando.

-Te digo, viejo: en el camino a Turdera por la Yrigoyen, cruzás las vías y agarrás a la derecha: hay una fábrica de la san puta. En los fondos tiran las sobras de aluminio y cobre. No hay vigilancia y podés cargar un camión: tengo el comprador y te garpa cuando le bajé la mercadería. pero el problema es que no tengo “rapiflet”, ¿entendés? es como si querés bailar y te falta una gamba! -le dijo el tipo.

El Profe le prometió pensarlo: “En un par de días te contesto”, le dijo. Pero Orlando era otario; no se iba a enganchar con un raterito de morondanga, primerizo en un choreo de carpeta. El vecino (Luis Cacciatore era el nombre y en el barrio lo conocían por “Cinc’e Gofio”) se las tomó cuando manyó que el Profe había terminado la entrevista. El tipo era más flaco que un alambre. Caminaba doblándose, mientras los brazos parecían péndulos espantando a una manga de langostas. Los pantalones eran dos tubos sostenidos por tiradores deshinchados y sucios. La “chomba”, de enorme que era, se mecía como una bandera enroscada en su mástil.

Orlando fue caminando hacia el valiant. Siempre que andaba por su viejo barrio visitaba a los compadres y finalmente caía en el bar de Cachimayo y Cobo. La brisa era caliente y la cara del Profe parecía una cascada, chorreándole gruesas gotas de un sudor pringoso y maloliente. Tenía que emparchar la goma de auxilio en la gomería de Troncoso en Garay y Catamarca. El lugar era muy frecuentada por los frailes noctámbulos.

Los taxistas y camioneros sabían que el boliche de “Tronco” funcionaba día y noche. El dueño casi siempre laburaba hasta las dos de la mañana. La relación de Orlando con Troncoso tenía una faceta “comercial”. No para vivir pero al menos para pucherear. Esos días fue de cliente a gomero: “A cuenta de la casa”, le dijo el Tronco, mientras sonreía sacaba la lengua por el hueco oval de su boca sin dientes.

Sin saber como, le brotó el nombre “Lechuga”. Como un vértigo imprevisto. Su primo Manolo, el “suicidado” en el Departamento de Policía, se lo había mencionado. Orlando lo conocía, pero debido a sus “especialidades” diferentes tenían poco trato, aunque estuvieron una temporada juntos en Caseros. Elvio Leguchoni (algún bastardo lo rebautizó “Lechuga” cocteleándole el apellido), era un tipo bien parecido, con ojos verdes que llamaban la atención, y una voz que parecía una escofina limando un vidrio de sifón. Fumaba sin “recreos” y le daba al escabio sin asco. El negocio de Elvio era la “compra reventa” de cualquier tipo de materiales y desechos industriales. Orlando sabía que vivía por Castro Barros, pero no tenía la dirección. Ya lo iba a ubicar: tiempo al tiempo. Es que el negocio no le disgustaba.

Enfiló hacia Mataderos. Entró en su casa en el momento en que Marta, la mujer preparaba la mesa para la cena. Luego del intercambio de arrumacos, los Roig ocuparon sus lugares y atacaron los vermichelis a la manteca, con más parmesano que pasta.

Orlando preparó una “sangría” con Crespi, le metió el jugo de un limón y una cascaca de cubos de hielo. El calor apretaba y el ventilador sólo espantaba a los mosquitos caídos rotos que andaban por el techo. Los más sádicos se prendían a las piernas y las dos hijas

empezaron a chillar como pollitas histéricas. Marta encendió un Buda pero no sirvió c mucho. El Profe, haciéndose el oso, alegó un pretexto y salió de la casa. Al rato estat viajando por la Hipólito Yrigoyen en dirección a Turdera.

Mucha gente de vacaciones en febrero. El tránsito era fluido, y los semáforos le hacían guiños a los conductores que pasaban en rojo.

Cruzó las vías del tren y enseguida tomó hacia la derecha. Vió a lo lejos lc rectángulos fosforescentes de la fábrica. Estacionó el valiant y fue caminando hacia ellos. N pudo acercarse: esparcidos a unos ciento cincuenta metros de la edificación estaban lc desperdicios. Extrajo una linternita y alumbró; se acuclilló y recogió un trozo en forma c ele. Era aluminio y por los alrededores había cualquier cantidad de lomas de aluminio. S internó unos diez metros y le llamaron la atención unos caños. Levantó uno; dedujo qu era cobre. Vió pilas y pilas de esos cañitos en medidas de treinta a cuarenta centímetro No necesitó más. Ahora venía la consulta con Elbio el Lechuga. Se metió en el au mientras un alegre trémolo sobre la zurda le recordó que hacía ya un par de minutos qu no fumaba. Volvió a su casa. Marta lo estaba esperando medio dormida. Esa noche leona no estaba para convites sensuales.

Calentó el café, prendió otro faso antes de apagar el anterior, mientras contemplat las caprichosas figuras que bocetaban las volutas. Era la medianoche. “Tengo que levanti un mionca volcador con grúa para cabestrear la meresunda”, filosofaba Orlando. Ese pas no le resultaba muy complicado. Tomaba el café, pitaba, y se daba la rascadita revoleanc los dedos sobre el costado izquierdo. La venta era su problema. Los malandrines que conocía se dedicaban al desarme. Pensó en Lechuga.

Se acostó al lado de Marta. La cabellera oscura de la mujer contrastaba con la blanc almohada. La brisa le provocaba un manso placer. Una frescura reparante envolv también al Profe. Contempló a su mujer. La mirada de águila bravía se fue enterneciend Parecía un gato inofensivo, disponiéndose a cortejar a una puma hembra peligros extraviada en la jungla. Su ternura fue muy fugaz: Orlando no era hombre de mimos.

Se durmió. Una pesadilla le arrasó la noche y al despertarse no quiso recordar. “Que no joda, que se raje”, murmuró pegando un manotazo. Se levantó y empezó telefonear.

Recurrió a sus compinches tratando de obtener la dirección de Lechuga. La moroch oyó palabras sueltas desde el lecho. Le bastó para captar: Orlando comenzaba una nuev ronda.

-Qué bien que te levantaste, Marta. tengo que salir para chamuyar con alguien -le dije

-¿Es para buscar trabajo, Orlando? ¡Ah, me parece bárbaro! le insinuó Marta cc sorna.

Lechuga vivía en Castro Barros, entre Don Bosco e Yrigoyen. Inquilinato típico, cuatro o cinco habitaciones, cada una con su cocina. Elvio ocupaba la última, con la mujer y pibe. Lechuga estaba “regalado”; el fondo de sus ojos verdes estaba estriado por ur maraña de venitas rojas. Cargado de espaldas, avejentado, era carne de gayola. A lc cuarenta pirulos se había pasado unos quince en cana. Vivía con la concubina y un pik que bordeaba los trece. Charlatán, entrador y medio artista, era capaz de vender lc pedazo de bronce como oro dieciocho quilates. Vivía de la parla elucubrando los negocic más inverosímiles, que siempre tenían algún viso de ser posibles. Hasta que recibía lc adelanto y se hacían humo, él y el negocio, puras promesas de guita fácil. Generalment emperifollaba a gilunes codiciosos y avaros, cuya ambición inescrupulosa los tumbaba e las redes tejidas por Lechuga. Los tiras de “defraudaciones” lo tenían remanyado. Después que le sopló los “ahorros” a un oficial inspector de la jefatura de La Plata, recibió una palizas de órdago.

Hacía un par de años que se dedicaba a la compra y reventa de residuos industriale metales, textiles y plásticos. Tenía reductores, medio en ley y medio del otro lado. Esa e la razón por la cual el Profe decidió recurrir a Lechuga.

Lo esperó en la puerta de calle. Fueron hasta Belgrano y entraron en un bar. N paraba de hablar. Empezaron con café y Bols: el Profe no tuvo más remedio que seguir

el tren. Le explicó el yeite a Lechuga y le preguntó todo lo concerniente al mercado de reventa.. El Profe no le dijo de donde venía el fato, aunque Lechuga intentó sonsacar datos.

-No tengo problema en venderte la “fatura”, pero me tenés que dar la cuarta parte. otra cosa: después de cargar el camión yo se lo llevo al comprador: el tipo sólo tra conmigo, Orlando -le dijo.

-¡¡Qué carajo pasa, Lechuga! ¿Tengo que probarte algo? le dijo el Profe mirándolo fiero y resentido.

-Pero entendeme, viejo, ¡no soy yo! El que compra se cubre, ¿cachás lo que te bato?

Una nueva ronda de ginebra atemperó los ánimos y finalmente arreglaron los detalle. Los ojos de Lechuga se veían como círculos rojos y en el centro dos pequeñas aceitunas verdes. De tanto en tanto lo ahogaba una tos escabrosa y enfisemática, mientras el rosti se empurpuraba y unas lágrimas solitarias le bajaban de los ojos. Orlando prometió tener al tanto de las novedades y enfiló hacia Turdera. Quería conocer el terreno de día, ver las calles, las viviendas y los “rajes” posibles.

Llegó a Turdera en un rato. Siguió a pie acercándose a los fondos de la empresa. El tractor grúa descargaba residuos. Mientras se ataba los cordones de los mocasines, Profe vichaba la actividad de la grúa. El vehículo desapareció dentro de la fábrica y al rato retornó al terreno volcando la carga. Orlando supuso que con alguna periodicidad venían llevarse la chatarra. Decidió hacer la operación esa misma noche o a la siguiente. Ten que levantar un camión grúa. Había visto uno por Lugano.

A veces pensaba en su familia. Marta, que lo bancó mientras estuvo en Casero Estrellita, que andaba por los doce años; la beba, de dos. Se sintió intranquilo, con un angustia rara, inusual. Prendió un cigarrillo y se enfrascó en lo suyo. Quería acabar con sebo, pero dudaba. ¿Alzarse con mercadería para reventa era una buena solución? Estaba “encariñado” con su trabajo: él era un profesional. En el “gremio”, los que lo conocían valoraban el talento del Profe. Sabían que no había vehículo que se le negara. Muchos recordaban sus hazañas, que chamuyaban de oreja a oreja los muñecas bravas del oficio.

“De recuerdos y pálpitos no se vive ni se morfa”, farfulló Orlando. Terminó el paquete de cigarrillos en el momento en que llegaba a su casa. Era cerca de la una; salió del coch caminando lentamente. Se lo veía fastidiado, como a punto de estallar. Las venas de las sienes en tensión le indicaron a Marta que era conveniente no preguntar ni comentar. Almorzó en silencio; mandó a la hija a comprarle dos atados de cigarrillos y se fue tallercito montado en el fondo de la casa.

Revisó la ristra de ganzúas y llaves. El camión grúa que había junado era un Volvo; pero no tenía llaves apropiadas pero ya se iba a arreglar.. “Estoy ‘cabre’: debe ser porque hago mucho que no ando en un choreo de esos. Y para qué carajo me lo tuve que encontrar. “Cinco ‘e gofio” ese”, pensó. “Seguí en la tuya, arreglate solo, Orlando. Para qué carajo te metés en fatos que no sabés como mierda van a terminar: Lechuga, Cinco ‘e gofio” reducidos que no te baten ni medio, ¡rajá, abrite que estás a tiempo!”. Salió dispuesto a cancelar todo.

Entró en la cocina. La mujer le cebó unos mates y cambiaron algunas palabras.

-A vos te pasa algo, Orlando, ¿no me querés contar? le dijo Marta con mucha prudencia.

-Tengo algo en vista pero no me gusta. No sé, voy a carburarlo -le dijo el Profe

Se quedó en la casa hasta la medianoche. El calor lo envainaba con un sudor espeso que eran como pegajosos coágulos de alquitrán. Se duchó de raje y rumbeó con el valia hacia Lugano. Iba por Cosquín; antes de llegar a Tabaré advirtió el Volvo. La grúa proyectada por el trasluz fantasmal que le daba la luna, parecía la torreta de un tanque de guerra en una espectral imagen fotográfica, cincelada en blancos y negros puros, definidos y acabados.

No había gente. El silencio parecía una pausa conspirativa. Las tinieblas se hallaban trepadas sobre las paredes, difuminadas como sombras chinescas. Estacionó más adelante y se fue acercando al urso. Probó las puertas con suavidad y destreza: nada.

Estaban cerradas con una hermeticidad enfermiza. Iba a tener que levantarlo. "Para el corno", pensó con rabia.

Tenía que avisarle a Lechuga: lo iba a escurrir a la noche siguiente. Se tremoleó el cuore. El cigarrillo le pistoneaba entre los labios y la cólera fue cediendo. Inició la retirada caminando con sus piernas combadas. Contempló al Volvo con ternura: fue como una terapia "al paso". Pegado al mionca, se olvidó de la chatarra, de Lechuga y de toda más.

Hizo varias llamadas a los viejos compinches; se interesó por el precio de metales, quiso saber si conocían algún herrero de ley. A la postre se convenció de que la cotización de Elvio "Lechuga" estaba en la precisa. Pero no le gustó un pito eso de darle mercadería.

El bocho del Profe carburaba en "primera". Casi desiste. De pronto se le ocurrió una salida. Se comunicó con un antiguo compinche, Antonio, el "Cabezón". Antonio, o también Tonio, era un tipo sin muchas luces pero leal y firme, en las buenas o las otras.

Se encontraron en Boedo y México, en un bodegón que se caía de jovato. Tonio se emparvó con un par de moscatos bien fríos. Orlando le explicó el yeite y le habló con Lechuga.

-Mirá Orlando, este Elvio está regalado: tené cuidado porque oí chamuyos de alguna hociadas -le advirtió Tonio, mientras se empalmaba el tercer moscato relamiéndose con gusto.

-Yo te bato la justa: te venís conmigo. vos con tu Gordini y después hacés el laburo ¿te parece bien, Cabezón? Mirá que confío en vos -le aseguró el Profe.

A la mañana siguiente arregló con Elvio el lugar y la hora. Se iban a encontrar a una cuadra de la casa de Lechuga. Orlando lo iba a ir a buscar con un taxi.

-Vos me dejás el camión después que cargamos. ¿y vos como te arreglás para volver?

-No te hagás problema, Lechuga: vos me dejás en el camino, en un fecho donde yo pueda esperar. a vos y el vento. Vos seguís, descargás, y venís a buscarme con el mionca. Yo lo espiro y vos te vas en tacho. lo mismo que yo -le dijo Orlando con cara inescrutable.

Levantar el Volvo fue para el Profe como dar una clase de digitación para boy-scout violinistas. Él era una especie de Nicoló Paganini, y el camión un "Stradivarius" de las rutas. El pedazo de Lechuga lo contemplaba con admiración, entre el plisado de sus ojos replegados por vueltas de ginebras y anisados.

Dispararon hacia Turdera. Orlando viajaba por calles segundonas, sin lustre, porque importante para él era eludir toda posibilidad de toparse con barreras de la cana. Entró en la Hipólito Yrigoyen, pocas cuadras antes de cruzar las vías del tren. El calor los asaba como a un espiedo bien adobado. Orlando y Elvio sudaban, y el olor ácido los impregnó. Pasaron las vías medio chuecas y penetraron en la oscuridad pantanosa de la noche. Contemplaron los ventanales de la fábrica. Parecían rectángulos refulgentes de un planeta inmóvil y lejano.

Algunos vecinos, sentados en las puertas de sus casas, se apantallaban con diarios viejos y cartones que, seguramente, empleaban para avivar el fuego del asadito.

-Escuchame, Lechuga, no tenemos tiempo y no pienso volver más tarde o mañana. tenemos que hacerlo ahora mismo. Acercate a esa gente y chamuyátelos: deciles que nosotros venimos a cargar los deshechos porque mañana hay una inspección de limpieza. Vendeles cualquier feto, Elvio, y yo mientras tanto cargo todo lo que puedo -le dijo el Profe en un susurro maratónico.

Lechuga fue a embadurnar a los vecinos con su cháchara. Orlando lo veía gesticular mientras la grúa del Volvo cargaba los metales. Alguien, incluso, le alcanzó un vaso con algo: "¿Grapa o agua?", se preguntó el Profe mientras el guinche no descansaba.

Terminó su faena. Lechuga llegaba en ese momento. Le narró al Profe como envolver a los gilunes, y partieron. Por el retrovisor vio seguirlos al Simca Gordini del Cabezón. Sonrió satisfecho. Estaba convencido de que todo iba según lo planeado.

-Te espero en este bar, Elvio: traé la mosca y el mionca -le dijo Orlando, con mirada dura y sombría. Le pasó el volante a Lechuga en José María Moreno y Cobo.

Luego, fue caminando hacia Cachimayo y entró en el viejo bodegón del barrio. Era exactamente las tres de la mañana. Una brisa repentina dispersó el aire caliente. Don Cosme, el viejo trompa del boliche, le sirvió una ginebra con hielo y le trajo una jarrita de agua helada. La cancha de bochas, desierta, roncaba suavemente. Un par de parroquianos veteranos fumaba en silencio, en tanto la canícula decidió no dar tregua. Orlando le murmuró algunas palabras al dueño. Sus ojos señalaron el teléfono y enseguida regresó a la mesa.

Alrededor de las cuatro se escuchó el timbre del teléfono, uno de esos antiguos aparatos con horquilla, listos para el museo.

-Orlando, es para vos, un tal Tonio. -le dijo don Cosme.

Tomó el tubo, escuchó en silencio y asentía, mientras los ojos aguileños se le iban ajustando igual que un tragaluz. Colgó, pagó su cuenta y se fue.

Un taxi oportuno lo dejó en Belgrano. Al rato vio al Simca de Antuña. Fue a su encuentro y le dijo que doble por Castro Barros. Frente a la casa de Lechuga estaban la mujer y el pibe, con dos pedazos de baúles. Un fresco agradable quebraba la pesadez. El auto se detuvo discretamente en la vereda de enfrente y el Cabezón se escurrió en el zaguán. El Profe se ovilló cuanto pudo relojeando por el retrovisor y el espejo de la puerta. Después de un buen rato fue acercándose el Volvo. Se detuvo un momento, y sin bajar, Lechuga cambió algunas palabras con la mujer y luego siguió viaje. Orlando esperó a Tonio y siguieron al camión. Lechuga lo estacionó pasando Venezuela. Empezó a caminar hacia Don Bosco. Tonio, como una flecha, salió del coche, rodeó con su largo brazo el cuello de Lechuga, y empezó a apretarlo con fuerza. Orlando bajó del auto. Sin apuro. Miró a Lechuga con frialdad de morgue. Como dándole la extremaunción. Elvio temblaba y se meó en los pantalones y ronroneaba con la garganta apretada por el abrazo "pico de loro" del Cabezón. Ya estaba medio violeta y sollozaba. Parecía una hiena en estado de trance final.

-¿Se iban de paseo, Lechuga? ¿Te olvidaste de que tenías un encuentro conmigo? ¿Y qué pasó con la biyuya? ¿La perdiste en el camino? Ahora dame el vento, dámelo. Se me va una rata de albañal, un curda mal parido. ¡El vento! le dijo el Profe mientras le daba un cachetazo de lujo.

El cabezón le aflojó la presión. Lechuga empezó a sacar manojos de billetes de los cuatro bolsillos del lompá. El olor a ginebra volteaba y sus gemidos no generaron la lástima del Profe. Éste guardó los billetes mientras le hacía un guiño a Tonio, que con un par de trompadas lo tumbó. Orlando y el Cabezón se fueron mientras el Volvo quedó varado en Castro Barros.

-Me da lo mismo dejarlo aquí o abandonarlo en el obelisco -le dijo Orlando a su amigo.

-Es un flojo este Lechuga, Orlando. Tiene la carne fofa: está podrido y regalado. Te juro que daba lástima pero lo fajé sin asco, ¿no te dije yo que la muchachada comentó dijo Tonio.

-El hijo de puta este tenía todo preparado para rajarse con la mujer: ella y el pibe estaban amurados con las valijas, esperándolo. Seguro que cerró la sapie con cadena candado. Conozco a esta clase de bosta de gayola: es carne podrida -le aseguró Orlando.

Le dió a Tonio la parte que iba a recibir Lechuga, advirtiéndole que no se hiciera ver por unos días y que no se diera carpeta con los amigos.

-Olvidate del fato, escuchá lo que te bato. Mira que hay muchos buchones en el gremio. Chau, Cabezón, ¡te portaste! le aseguró el Profe.

A las dos semanas Orlando fue de visita a su viejo barrio. Era un mediodía agradable. Sentado en el boliche de don Cosme, saboreaba un Gancia blanco acompañado de maníes y aceitunas, cuando apareció como un ánima Cinco 'e Gofio, que con una sonrisa enigmática le dijo al Profe:

-Che Orlando, te hiciste humo. No volví a verte por el barrio. Y.: ¿pensaste en el negocio que te propuse?

-Mirá, pibe, no es para mí. Es muy jodido. No, no lo puedo hacer. Buscate a alguien más piola que yo; y que tengas mucha suerte. ¿Tomás algo, Cinco 'e Gofio? Dale, que invito yo. ¿que te pedís? le ofreció Orlando

Se quedó un rato paveando y luego se fue caminando por Cobo. Los tiras lo rodearon lo enchufaron en el auto y salieron de raje. Eran de la "Camorra" de Lomas de Zamora. Alguien les buchoneó los datos del Profe. "Este Lechuga borracho perdido me dio manyamiento", fue lo primero que pensó Orlando. Ahora tenía que funcionar con "Honorable Sociedad". "Mejor que agarre el lápiz, afile la punta y empiece a apuntarme en el bocho las preguntas y los apretes. Así voy a avivarme de donde viene la manca" masculló Orlando. Aún tuvo tiempo de pensar: "Me van a empavurar antes de que empiece la biaba.". No se equivocó: enseguida comenzaron el trabajo de ablande.

El Profe era un tipo muy duro. Demasiado duro para el gusto de los botones. Largó un par de hechos livianos y se hizo cargo de las gomas del Dodge 200. No dudó de que Hormiga Negra lo pegó a esa causa. Pero cuando le hablaron de un "Mercedes" robado en una agencia, le surgieron nuevos nombres o circunstancias, propias del mundo del hamp. Orlando iba a descubrir, durante las peripecias del proceso y su vida en común con viejos compinches, las causas de su caída. No le sirvió de mucho por que estuvo engayolado largo tiempo.

Marta le puso el hombro durante esos años. Cuando el Profe fue liberado, cada uno se agarró para su lado: Marta con las hijas y él por la suya. De vez en cuando se corrían rumores sobre Orlando: que estuvo de visita en Chacabuco, que fue visto en Córdoba (sobre el mítico valiant negro), que se dedicaba a negocios de compra venta. Lo cierto es que "levantador" de mirada aguileña, las piernas combadas, el pucho colgado de los labios y los trémolos sobre el bobo ha desaparecido, aunque todos los veteranos del oficio recuerdan como a uno de los más grandes, un auténtico profesor del levante, ojo clínico prolijo e infalible, sin fierros. De una clase que desapareció del mapa •

La cuenta impaga

Es muy duro escribir acerca de crímenes. Y de las consecuencias de esos crímenes. Sobre todo si esos hechos ocurrieron en un período histórico tan reciente. Cuando la impunidad, aún, se regocija con el dolor de los otros. De los reprimidos y los muertos. De los desaparecidos, que no han merecido la triste paz de una tumba, y sus familiares, que no han hallado el simple consuelo de una memoria con nombre y apellido.

Las condenas morales no sirven. Son una gratificación, una especie de condecoración de hojalata, interpolada con disimulo y aprovechando la abulia que a veces desarma la vigilancia del sector contestatario de la sociedad.

Escribir sobre ese período, pues, no me resultó fácil. Hay mucho luto, muchas tragedias, muchas muertes. Millares de víctimas padecen, aún, la cobardía de los asesinos que los desaparecieron. Los crímenes son la cuenta pendiente, el capítulo no terminado, deuda impaga. Por eso los familiares, los protagonistas sobrevivientes, los amigos y la sociedad, no pueden ni deben “cerrar la causa”. Los asesinos prosiguen su vida paseándose entre los recovecos de la Argentina posproceso. Las molestias son mínimas. Muchos de los ejecutores permanecen en las tinieblas del anonimato. Acarician cabecitas de criaturas; sonriendo a los vecinos; haciendo compras en los supermercados almorzando los fines de semana con toda la familia. Una existencia pastoral, idílica y conmovedora. Las manos perjuras, salpicadas de sangre y horror, reciben el tratamiento de costosas manicuras. Y el mundo sigue andando.

La visión de mis relatos es antitriunfalista, con personajes de carne y miedo, imbuídos de heroísmo, llanto, delirio y tragedia, arrojados irresponsablemente a la aventura de una muerte atroz, anónima y solitaria, o víctimas del funesto plan de represión diseñado por la inteligencia militar y ejecutado en gran medida por los infiltrados de los servicios vestidos con ropaje activista.

Cada uno de estos relatos ha sido para mí un desgarramiento muy profundo. Como “Lluvia”, que recrea mi experiencia personal; el joven militante de “Madre Orga”, que deambula entre el miedo físico, el temor a la muerte, y el sentimiento de culpa que generaban los compañeros caídos; el pequeño botija uruguayo (“Y entonces vinieron esos hombres”), víctima del horror e inocente de toda inocencia; los dos viejos de “La sospecha”, lastimados por los fariseos del martirologio sacralizado, porque el hijo (“El pendejo de 17 años”) no pudo soportar los tormentos que le infligieron sus victimarios; el cinismo oportunista de ese profesor que se montó en la gratuidad trepadora del escalafón social, pisoteando a los centenares de colegas perseguidos, exiliados o muertos, e incapaz de brindarle a su mujer “Tan sólo una flor”. Y finalmente está Euzkadi Baztarrica, el Vasco gladiador solitario que pretendió redimir a los muertos, a los torturados, a los hijos sin padres, a los padres sin hijos, a las abuelas y abuelos que han perdido a sus nietos, e importa si su ajuste solitario es válido, si trasciende o no. Porque esas balas que “atravesaron” la vida a uno de los asesinos, es todo un símbolo y genera un comprensible bienestar. Porque asesinos como esos no merecen disfrutar las tibiezas de la vida cotidiana.

Los relatos no buscan adhesiones o aplausos: tan sólo compartir un momento de dolor con la gente que vivió la tragedia latinoamericana. Pero quise hacerlo sin máscaras

falsedades. Rescatando a las víctimas, pero sin dejar de condenar a aquellos que pensaron en el acto revolucionario como una misión de delirio y muerte, o denunciar a los Firmenich y su guardia pretoriana, primos hermanos y compinches de Videla, Massera, Suárez Mason, Menéndez, Bussi y toda la carroña militar que ha sobrevivido gracias a los políticos, que han querido cerrar, sin honra, el nefando período que comenzó con López Rega (gracias al acto senil y final del Viejo). Sé muy bien que mi auto de fe no es atractivo ni triunfalista, ni va a concitar las simpatías de los delirantes, o los que desenfundan el dedo fácil de la crítica tóxica. No procuro complacer a nadie. Odio las medias tintas. En esta época sin principios puedo asegurar que éstos, los principios, y una conducta limpia son mis únicos bienes. Me alcanzan y sobran •

Andrés Aldao • junio 10, 1998

LA HUÍDA

Jadea. acurrucado en ese insólito palomar, Abelardo, absorto, observa despuntar los techos de Almagro. Terrazas, techos de chapa acanalada, algunos oxidados y otros embadurnados de alquitrán. Por allí asoma, como un obelisco en el desierto santiaguense, un edificio de varios pisos.

Abelardo jadea. el sol lo entibia; se siente feliz. Por un tris se escurrió de la patota.

Jadea. Abelardo rememora -entre imágenes truncas- lo ocurrido esa tarde. De pronto hace una pausa, frunce el entrecejo, se esfuerza por coordinar sus recuerdos: “¿Qué ocurrió?”, se pregunta.

Se queda preocupado; el lugar coincide, pero el cuando, el tiempo, giran como un trompo y le generan un vacío en la mente. La angustia se anuda en su estómago, presiona y lo inquieta.

Abelardo aleja el cuando; continúa con sus reflexiones. Algunas palomas, mientras tanto, ronronean manteniéndose a prudente distancia. De pronto, influido por los efluvios de su imaginación, Abelardo, sin saber porqué, recuerda una película del lejano oeste en la cual el protagonista, herido, yace rodeado por la aridez del paisaje agreste y solitario mientras la cámara enfoca a unos pájaros siniestros que revolotean al acecho de un festín que presienten cercano.

Ahora vuelven sus cavilaciones. “Allí está la patota -rememora- cuatro o cinco tipos con metralletas”.

Él los ve: no vacila. Llega al patiecito de su casa y se desliza hacia la vivienda con cuidado. El vecino le pide que se vaya. que no lo comprometa. Abelardo atraviesa el largo pasillo, sale, y sin pensarlo corre y corre, jadea y jadea, llega a la esquina, dobla y escucha el chirrido de los frenos, los gritos de la patota, y los disparos. esos mensajes agoreros con sombra y muerte.

Abelardo se convierte en pájaro, Corre, vuela, jadea y salta sobre los techos de Almagro hasta encontrar el palomar. Allí llega, jadea, transpira. Pese a la angustia Abelardo sonrío y se dice sin voz: “Jodí a los hijos de puta, ¡cómo los jodí!”.

Estaba tirado sobre la vereda, en la ochava. Pequeños arroyuelos de un matiz púrpura triste le coloreaban la camisa. La barbita blancuzca resaltaba la palidez del rostro; los ojos abiertos parecían contemplar fijamente el cielo, bordado con nubes grises de duelo cenizas.

Una sonrisa, apenas esbozada, le daba a ese rostro fatigado una extraña sensación de vida. hasta parecía jadear. Instantes previos, Abelardo había comenzado a recorrer un largo itinerario de su exilio sin retorno. Fue el 1º de noviembre, año 1974, día de todos los muertos •

Madre Orga

Le cuesta recordar porqué se encuentra allí, en ese portal oscuro, mirando inquieto hacia la esquina. Ve la sombra deslizándose con cautela, sigilosamente adosada a las protuberancias rugosas de los ladrillos del muro, envejecidos por tantas inclemencias. La noche, somnolienta y pringosa, esparce un suspenso extraño. Como un signo de pregunta titilante que aguarda algo que debe ocurrir, un suceso imprevisto que dé respuesta a la incógnita.

El auto, rauda, rasante, hace pedazos la calma de la noche. Como una exhalación imprevista se detiene con violencia calculada a un paso de la sombra. Los tres tipos saltan del vehículo con eficiente ferocidad y sin preámbulos, con saña, acribillan la figura negruzca que cae revolcándose en su sangre, como un cuerpo que libera sus entrañas luego se transforma en una masa compacta de desechos.

Los disparos secos, sucesivos, siegan con su estruendo la pastoral calma nocturna. Uno de ellos se acerca a la cosa derrumbada y quieta y con la punta del botín le pateaba las costillas. Parece disfrutar con esa última profanación al hombre muerto, mientras la pato sonríe satisfecha. Se van. El auto se extravía entre la bruma opaca que cubre las calles silenciosas. Una pausa tristonera parece detener fugazmente la noción de tiempo, el sentido acrisolado de la vida. La esquina vuelve a sumirse en su monotonía de suburbio, taciturno y aburrido.

Parapetado en el umbral sombrío, el enigmático espectador tiritaba. Tiene una curiosa sensación: lo acaecido no le es ajeno. Como la proyección refractada de algo que ocurrió o de algo que va a ocurrir.

Se incorporó con violencia mientras la transpiración le empapaba el rostro sin afeitado. Las ojeras, aviesas y oscuras, no se compadecían de su juventud. Reconstruyó el sueño "Truculento y tan vívido", pensó, mientras se pasaba la mano por la mejilla.

La preocupación le inundó los pensamientos. Fue inútil: ya no pudo remontarse a otra cosa y la figura de la sombra convertida en un guiñapo sin vida retornó con punzante nitidez. Se estremeció.

Con gesto exasperado se lavó la cara. Tenía que ir al empleo pero esa pesadilla arrasó el humor. Salió apurado y alcanzó a treparse al colectivo. Contempló a los pasajeros buscando una figura que encajara en el molde arcano de su visión.

Rastreó las causas que generaron ese sueño tan cercano a la memoria de sus noches pretéritas, recientes. Percibió el miedo. Como una realidad suya, enteramente propia y profunda. Reprodujo entonces en su mente las escenas que supuso ver desde ese umbral onírico, uniendo imagen tras imagen. Como un rompecabezas, o los vidrios esparcidos con un espejo roto, que lograba recomponer en un todo homogéneo, hasta que el eco de los disparos fragmentaba nuevamente la imagen en innumerables partículas salpicadas con sangre.

Casi se pasó. Bajó apurado y llegó a la oficina a tiempo para firmar la entrada. Los otros empleados lo miraron con curiosidad. Él no tenía ánimos para enhebrar coloquios estúpidos acerca del tiempo o el fútbol. Se abroqueló en el escritorio e inició su labor cotidiana. Se puso a examinar bocetos de tapas para libros próximos a aparecer. Su mente navegaba. Retrocedió tercamente a la esquina de barrio que vio en su sueño, a los ladrillos rugosos cuyos resaltes picaneaban al hombre convertido en sombra. Su mirada se extraviaba en algún punto infinito que cruzaba el espacio, más allá de este universo que se le antojó cruel y conflictivo. La tarea devino en una sensación fastidiosa, como si estuviera sentado en un cepo que lo mantenía maniatado a la silla.

Alguien le dijo que en receptoría habían dejado una nota para él. Se sobresaltó pero fue a recogerla:

«Estate a la hora convenida; hoy tenés el solo de trombón. Traélo. Pepi», leyó en silencio.

Fue al lavatorio, rompió la nota y la quemó en el inodoro. Lo invadió la angustia; con un rubor insolente que tiñe las mejillas y no pide permiso. Pensó en el «Yorugua» Walter en el Negro. «Cayeron con honor y valentía cumpliendo una tarea revolucionaria recuerda haber leído en el boletín de la Orga. Lacónico y conciso, pero desajustándose con la otra verdad, más triste, menos heroica, mucho más simple, insulsa y terrible.

Él sabía que esos cumpas, y otros que no volvió a ver, cayeron en acciones cuestionadas por irresponsables e improvisadas. Los rumores, que fisuraban la presunta hermeticidad de la Orga, se filtraron por canales dudosos y anclaron en su ánimo, y percutido.

Al pensar en el compartimento se ofuscó. como si alguien le hubiese restallado un látigo en los oídos. Cerró los ojos y sintió que un sudor helado descendía desde sus sienes y la frente; lo percibió como hilos de sangre que se iban coagulando. Pretextó una indisposición y abandonó la oficina. En un teléfono público habló con la madre. Hacía más de tres meses que no la veía: desde que alguien que conocía cayó en una inexplicable emboscada.

Se tumbó sobre la cama sin probar bocado. Sabía que no era inapetencia. porque el temor lo venía jaqueando incluyéndolo en un desalmado juego, en el que los estímulos de martirio languidecían estrellándose contra el muro del miedo físico, ante el temor a una muerte irreparable, total, definitiva. También a él le llegó la narrativa triunfalista de los boletines, las odas huecas y reiteradas ponderando la heroicidad de los combatientes artífices de las victorias populares: «La Orga ya es parte de los sentimientos del pueblo que le recordaban sin darle resuello. Descreía. Dudaba angustiándose, agonizando con esa implacable sensación de culpa que lo mortificaba, que le usurpaba espacios vitales de sus sentimientos.

Se confesó el miedo a la muerte. Y luego cuestionó lo que sentía: «¿Porqué es esta caída en el derrotismo pequeño burgués?». Sollozó sin pudor en la soledad de su cuarto gris, que de pronto se le antojó una celda, un féretro que le farfullaba maliciosamente su final no invocado. Que rechazaba, porque aún no había conocido la cara feliz de la existencia. Porque amaba lo que no le fue dado disfrutar.

Vivía desplazándose en un laberinto lóbrego, temeroso de las celadas que acechaban y que, sin duda, podían segregarlo de esta vida a la que se aferraba desesperadamente. Se percibía abyecto cuando dudaba de la Orga. Era como andar sobre el reverso crujiente de la felonía: «¿Qué me pasa?», interrogó acongojado a su conciencia. Luego se durmió.

Al despertar se sintió más tranquilo. Asumió su miedo como una sensación natural. Creyó haber dominado sus aprensiones, convenciéndose de que lo importante era dar batalla contra los enemigos.

Se preparó huevos fritos. Los comió en silencio, taciturno. El diario dispuesto para la lectura esperaba en vano; el calor y algunos mosquitos lo encolerizaron. Mientras se duchaba escuchó las sirenas que aturdían y entonces recordó que más tarde debía participar en una actividad de la Orga «Que es como nuestra madre», pensó como otras veces. Pero le desafinaba. Finalmente decidió creer que se había reanimado.

Quitó un zócalo de la cocinita y extrajo la Parabellum. La acarició con áspera ternura mientras entornaba los ojos. La visión de aquel sueño volvió a embestirlo.

«Pum, pum, pum!». Los estampidos que le pareció escuchar, lacónicos, terminante los devolvieron a la vida. Un par de lágrimas le birlaron la fe mientras fantaseó a los héroes de su infancia, a los prototipos de su reciente adolescencia que le habían forjado mitos soberbios, según los cuales la vida, en esencia, era la aventura trascendental de los humanos y había que vivirla a imagen y semejanza de Búfalo Bill, Robin Hood, Sandokan, Scarface o Jesucristo.

Llegó la medianoche. Se vistió, recogió el pequeño bolso e introdujo la pistola y tres cargadores. Verificó si llevaba los documentos, le echó una mirada de simpatía al cuarto salió. Tomó el colectivo que lo llevaría al lugar. Estaba vacío; como él. La memoria condujo al mensaje que recibió esa mañana y entonces recordó la rúbrica: «Habíamos decidido no poner nombres de guerra en las notas. ni la inicial ¿porqué carajo lo hicieron? No quiso pensar.

El colectivo penetró en el suburbio. Involuntariamente giró la cabeza y contempló ciudad que dejaba atrás. El suspiro fue como el gorjeo tristón de un pájaro extraviado que ya no podía retornar al nido. Llegó a destino y descendió sin apresurarse. Abandonó las luces de la avenida internándose en las penumbras del barrio. Al rato divisó la larga pared de ladrillo que daba a los fondos de la fábrica. Se detuvo, miró la hora y esperó oculto detrás de un camión. Cuando llegó el momento caminó como una sombra, *«deslizándose con cautela, sigilosamente adosado a las protuberancias rugosas de los ladrillos del muro envejecidos por tantas inclemencias. La noche, somnolienta y pringosa, esparce un suspenso extraño. Como un signo de pregunta titilante que espera algo que debe ocurrir un suceso imprevisto que dé respuesta a la incógnita»*.

Caminaba absorto en sus visiones; distraído y displicente. La frenada y la luz de los focos, brutales, feroces, pasmaron su última brizna de vida. Lo ultimaron sin asco mientras él cerraba los ojos aferrándose a su sueño, descartado de una realidad que ya no pertenecía •

La sospecha

Silenciosa y fácil, con un vaivén malintencionado, le remonta la sospecha y se le clava en el alma. Como una travesía infernal en un trance de delirio. A veces la percibe cáustica y arrogante, como una sonrisa crispada y burlona que maltrata su orgullo; o bravuconada postrera de un compadrito que se queda sin resto y mata por matar.

El viejo tiene la certeza pero le faltan las pruebas. No sabe todo pero intuye. Si es que piensa, la verdad va a adquirir para él dimensión de tragedia. Ese suspiro moribundo es como un tajo de malevo que no le da tregua y secciona sin piedad el ensueño de toda su vida. Le cuesta asumirla; considerarla siquiera... La maldice y desea alejarla, pero las dudas, como una bala certera, dan en el centro de su vejez.

Los dos viejos retoman la ceremonia mañanera del yuyo verde, el rito matero cuya espuma rebosante se les antoja el elixir de sus vidas ya cuesta abajo. Hablan del hijo con medias palabras; como guardando un secreto cuyas espinas los desgarran.

-Qué raro que está nuestro hijo, viejo -se anima la mujer.

-Sí, lo noto hosco, preocupado, pero no le hagás caso.

El silencio les bate palmas, y algún pájaro amistoso gorjea una extraña melodía mientras revolotea buscando a su pareja.

Prefieren matear sin palabras inútiles, creyendo quizá que al no hablar la imagen de sospecha se va a desvanecer. Que el silencio les va a ir borrando la angustia, en un arcaico y desusado gesto de alcurnia.

Se contemplan buscando una respuesta que no se atreven a insinuar. La imagen del hijo, que es la honra de los dos viejos, se les boceta ahora sesgada y dudosa. Recelan del futuro porque ellos no estarán para protegerlo. Aunque ignoran de qué, porqué...

-La gente es mala, sabés? Me miran de reojo, murmuran...

-No seas así, mujer, a vos te parece... ¿Qué cosas se te ocurren?

- La cosa empezó desde aquellos días, viejo, desde que salió: no nos engañemos...

-No empezó nada, carajo! Terminala, que nuestro hijo no ha hecho nada malo. nada, ¿me oíste bien? Tenemos que estar orgullosos de él.

Ofuscado, colérico, sale a la calle con el perro. «¿Quiénes son los que hablan?» piensa con amargura- son los mismos que decían: "Y. algo habrán hecho!". ¿Y los capo los jefes? Viven tranquilos fuera del país mientras la muchachada se juega el pellejo, y los que caen son crucificados. Cómo le digo esto a la vieja, pobrecita.» El pichicho lo tironea el viejo empieza a caminar.

Alguien pasa por enfrente y se para mirando hacia su lado. Él gira la cabeza: sobre la pared blanca de la casita ve las letras en negro, atronadoras, insultantes: **¡¡aquí vive el delator al servicio de los milicos!** «Hijos de puta, rastreros. mi pobre hijo, un pendejo con diecisiete años, no aguantó la tortura pero nadie cayó en cana por su culpa.", recuerda el desvincio de un sollozo amargo. El viejo se derrumba; como un roble batido por un ciclón. O la sospecha •

Y Entonces Entraron Esos Hombres

Siempre me acuerdo de mi mamá se preocupaba por alcanzarme el tazón de leche ponerme el guardapolvo bien arregladito porque decía mi mamá que la limpieza de afuera muestra la limpieza de adentro y la verdad que yo no sé muy bien que quería decir mi mamá con eso pero si ella lo decía tenía que ser muy importante y mi papá también escuchaba a ella porque mi mamá es la que nos decía a nosotros lo que teníamos que hacer y mi hermanita Celia y mi hermano Juan y mi papá siempre le hacíamos caso porque mi mamá sabía de todo y se ocupaba de nuestras necesidades y de la comida y de la ropa y de nuestros juegos y si salíamos a pasear también mamá nos decía como vestirnos y me te pongas esa corbata Atilio (que es mi papá ¿saben?) porque no combina con el traje y mi hermanita no la dejaba ponerse el vestido con encaje que le regaló la abuela Sara que es la mamá de mi mamá en el cumpleaños de Celita y cuando un día le pegué al Bebe porque me dijo "uruguayo muerto de hambre" fue mi mamá al colegio porque la maestra mandó llamar y me pusieron en penitencia y también mi mamá me puso en penitencia en rincón y no me dejó ver la tele me acuerdo que me chilló y me dijo che botija sos un peleador y al ratito se ablandó y dijo "ta ta" andá nomás y yo pensé que buenaza que es mi mami y esa noche se lo contó a papá que se puso a reír y le dijo a mamá pero dejalo botija que aprenda a ser hombre y ese domingo papá me llevó a la cancha de Atlanta pero ésta no es la camiseta de Peñarol ya lo sé hijo pero no estamos en Montevideo y me compró maníes y esa noche mamá nos dijo hoy comemos como si estuviéramos en Andalucía y la 18 y nos preparó «chivitos» y después nos mandó a dormir mamá nunca estaba cuando volvíamos de la escuela porque trabajaba en lo de la señora Silvia y mi hermano nos calentaba la comida y todos los días mamá preguntaba ¿comieron todo? ¿estaba rico el arroz? y me acuerdo el día ese que volvimos y mamá estaba en casa y preguntamos porqué no fue a trabajar y mamá nos dijo fuí pero algo pasó en la casa de señora Silvia porque estaba llena de policías y yo me asusté y volví para casa bueno vengan a comer y esa noche nos fuimos a dormir temprano y papá y mamá hablaron en voz baja parecían asustados y a los ojos de mamá los vi llorosos y no me acuerdo más entonces entraron esos hombres y rompieron los muebles y le pegaron a mi papá y a mi mamá que gritaba no se porqué «socorro, suéltense por Dios!» la tiraron al suelo y pateaban y yo y mis hermanitos nos pusimos a llorar y se los llevaron y no los vimos nunca más a mi mamá y a mi papi... y después nos vino a buscar la abuela Sara y nos quedamos con ella y yo ahora estoy aquí solo separado de mis hermanitos y de mi abuela que a veces me viene a visitar con Juancito que tiene unos bigotes como de hombre y Celia con los labios pintados y tacos de señorita ellos están tan grandes y yo no sé porqué me quedé chiquito y ellos no... sí, siempre me acuerdo de mi mamá... y entonces entraron esos hombres...•

Tan Solo Una Flor

Se restregó los ojos. Como ojos restregados en una oscuridad burlona y obscena. Entonces la vió. En la confluencia del ángulo recto de las dos paredes, el piso y la tinieblas. Marta -de ella se trataba- parecía una figura elíptica y difusa, de tres dimensiones. Comprendió que lo estaba contemplando.

-Otra vez, Marta. ¿qué es lo que te trae aquí? ¿Qué te da venir en mitad de noche, mirarme desde esos noventa grados, perturbar mi descanso, como cumpliendo un ritual concertado? La ceremonia de la despedida ya la hemos vivido. Es inútil. Enterremos el pasado de una buena vez -dijo el hombre.

-No tengo nada mejor que hacer. Y ese pasado al que vos te referís con tanta levedad es una historia de más de treinta años. ¡Qué te parece! ¿no te dicen nada tres décadas? ¿Te das cuenta de que te brindé mis mejores años, mi amor y mi ternura, que viví para vos, por vos? ¿Y vos qué me diste a cambio? replicó la mujer.

-Pero porqué sos tan rencorosa; en una pareja no se hacen cuentas. Entendemos que no hay nada para discutir, creo que todo lo hicimos por mutuo acuerdo -adujo él.

-Sí, claro, «mutuo acuerdo». Al comienzo vos te dedicabas al «sacerdocio» de enseñanza, a tus alumnos, a la vida de relación con tus colegas, a los congresos en el país y el exterior. ¿Y los hijos, los problemas y preocupaciones de la vida cotidiana? ¿Y yo? Lo que te pareció insulso, incompatible con tus títulos, debajo de lo que suponías tu nivel, me lo dejaste a mí mientras vos mariposeabas, hacías carrera, te «realizabas». Sos un camino rota -le dijo elevando la voz una décima.

-Yo creo que esta conversación está demás. Nuestras relaciones deben de ser serenas, sin nervios ni reproches. ¿Comprendés lo que te digo?

-¿Ahora querés reposo, calma, tranquilidad? Primero hacete un examen profundo, analizá los actos de tu vida, recordá la pérdida de nuestro hijo mientras vos participabas en un «Seminario para una cultura nacional y cristiana». Eduardito agonizaba y vos estabas en el extranjero. ¿Querés que te deje tranquilo? ¡Olvidate! En todos esos años fuí un adorno, un relleno de una fotografía de familia, la ama de casa, la muchacha, cocinera, enfermera, planchadora -objetó con voz cascada.

El hombre puso las palmas de sus manos debajo de la cabeza. Desde una casita vecina se escuchaba la voz de la Callas en un solo de «La Traviata». La mujer era una sombra ingrátida que se mecía tenuemente en ese ángulo del cuarto.

-No puedo remediarlo, Marta. Si la hubo, quisiera pagar mi inmadurez, reparar nuestra historia, la tuya, la mía y la de nuestros hijos, volver el tiempo hacia atrás. pero es inútil: no se puede confrontar el pasado con el futuro. Así estamos vos y yo. Y por favor, deja de columpiarte que me crisper los nervios -argumentó él con voz esquiva, pulcra y algo rastrera.

-«Volver el tiempo hacia atrás». ¿De qué tiempo me estás hablando? Lo tuyo es una lamentación vacía, cómoda y estéril. Me pedís enterrar el pasado. ¿vos creés por ventura que un pasado se entierra simplemente por petición de principio? Esa maldita formación tuya, inflexible, aprendida como un sofisma, en la que todo es negro o blanco, positivo o negativo, sin matices. -le recordó.

-Desde cuando vos podés juzgar mi nivel, mis normas. Pienso que estás metiéndote donde no debés. Y por otra parte, nunca me insinuaste una crítica así de demolidora e inmerecida.

-Es que no tuviste sensibilidad con la familia, con los hijos, conmigo: siempre recitando verdades absolutas, sin dejar lugar a la controversia, reprimiendo los sentimientos de todos, como si se tratara de un pecado, cual una máquina que trituraba las relaciones y el afecto. Un tipo de hielo.

-Es una opinión, Marta: hice lo que hice por el bienestar de todos. No merezco reproches –arguyó.

Una trifulca de gatos hambrientos estalló en las cercanías. Parecía una riña de bebés parlotando en un extraño lenguaje. Se hizo un cortante silencio. Como la pausa de un lacónico combate.

-Renuncié a mi carrera, a mis posibilidades -continuó ella-, por ayudarte. Me pediste con una voz tan gentil y zalamera: “Hasta que me nombren profesor titular”, dijiste. Y yo te creí. Luego fue para “afirmarte”, hacerte “de nombre”. Nunca me viniste a darme cuentas; vos eras el “intelectual”, el hombre de mundo, el “profesor” titular de la cátedra con los mil demonios. –le dijo irritada.

-Había que mantener la casa, pagar la hipoteca, costear los estudios de los hijos ¿no te parece?

-¿Y yo? Nunca más mencionaste tu promesa; olvidaste que también yo tengo derechos, que había estudiado y fui una alumna que terminó la licenciatura de literatura con las notas más altas, que mi monografía fue publicada y mencionada en “El escarabajo de oro” –le recordó angustiada.

-Nunca reclamaste nada. Pensé que estando en casa eras feliz, que no me interesaba hacer una carrera. ¿Y tus estudios? ¿Querés saber la verdad? Yo creí que vos estudiabas para complacer a tus viejos –insinuó él.

-Sos un degenerado. No sé lo que me pasó pero tuviste mucha suerte. Me sometí vegetando bajo los pliegues de tu gloria, me comprimí hasta reducirme a un cero absoluto cuanto más celebrada tu imagen personal más anodina la mía, hasta que acabé marginada –protestó dolorida.

-Siempre estabas ocupada: que los chicos, que la reunión de padres, qué sé yo. Yo tenía una vida académica, con sus deberes y compromisos y no podía renunciar a ello.

Se arrancó un pelo solitario de la nariz, se rascó la oreja y observó a una mosca zumbona que revoloteaba en una suerte de danza mórbida. Luego clavó la mirada en el vacío.

-Lo que vos decís es abyecto: yo para vos no contaba. Incluso, creo que vos avergonzabas de mí. Inventabas pretextos para no salir conmigo, ni inmiscuirme en tu vida de relación. Ni una atención, ninguna gentileza. Nuestra vida fue una ficción. Quiero dar un ejemplo, uno sólo: en todos los años de nuestra vida en común jamás, me oíste bien jamás tuviste un gesto de cariño que no fuera formal. No sabés cuánto me hubieses conmovido, por lo menos una vez, haber recibido tan sólo una flor. No, no lo podés saber alegó Marta.

-Te consta que debí asumir responsabilidades. La situación en el país era muy seria y decidí hacer algo para salvar lo que se podía. El hogar era importante pero el país en ese momento, era mucho más relevante. No me arrepiento. –le aseguró.

-Voy a decirte algo: cuando me enteré de tu “comprensión” sobre lo que estaba ocurriendo en el país, la actitud cómplice, las delaciones incriminando a tus antiguos colegas, cuando me sugeriste que cortara los vínculos con mis amigos intelectuales, me repugnaste. Luego de un tiempo me enteré de que el hijo que adoptamos fue una criatura robada a su madre. Al principio lo intuía; hoy me es fácil entender la razón por la cual no me causó pena la muerte de ese chico.

-Te estás desollando, abriéndote viejas heridas para nada. No entiendo el porqué dijo él.

-Dejá de hacerte el estúpido. Cuando se produjo el golpe militar te acomodaste despreciaste los valores que nos identificó al comienzo de nuestras vidas y sin los cuales es hora de recordártelo, jamás hubiésemos sido una pareja. Vos y tus amigos, ¡me dierdes lástima y asco! Obraron como posesos, al margen del mundo racional y despreciando el resto de los humanos.

-El mundo evolucionó y también mis ideas. Ya no podía vivir más en ese clima de brutalidad sin tomar partido. Tal vez no medí las consecuencias pero había que frenar la violencia de los violentos. Tuve que elegir entre la anarquía o el orden. Aposté por el orden.

que podían imponer los milicos para construir un futuro con bienestar. –murmuró él con voz fétida, ausente.

-Llamarte cínico es hacerte un elogio. Vos y tus amigotes fueron cómplices de un infamia, de un sistema aberrante en el que el crimen, la mentira y la barbarie eran valores supremos: ¿Así que te inquietaba el futuro? ¿El futuro de quién? ¡Pero por favor! ¡Deja de joder!

Las palabras de Marta resonaron con ácida suavidad en el silencio de la noche. Él se limitaba a escuchar, impasible, como recibiendo una reprimenda repetida y fastidiosa. Luego se hizo un silencio viscoso. La imagen de Marta se desvaneció y el rincón quedó en penumbras.

El hombre acostado encendió la minúscula luz y paseó su mirada por las paredes y las umbrías del cuarto. Quería cerciorarse de que la imagen se había esfumado. No movió cabeza pero sus ojos desorbitados giraban buscándola. Vió el retrato de Marta contemplándolo fijamente. Se tapó la cara con las palmas de las manos y pareció sollozar. “Porqué me habrá hablado con ese tono: si nunca se quejó”, farfulló en la gélida soledad de las cuatro paredes. “Le dí una buena vida, jamás le faltó algo. Y nuestro hijo, pobrecito. Él era la encargada de llevarlo al médico y ahora me responsabiliza a mí de su muerte. En todos modos, su verdadera madre fue una subversiva: ¡Vaya a saber qué hubiera sido de ella en el futuro! ¡No la puedo entender!”. Finalmente se encogió de hombros.

Al día siguiente pasó por la florería del barrio y compró un jazmín de pétalos color marfil. Era una flor extraña, aterciopelada y con una suave fragancia. Tomó el ómnibus bajó cerca del lugar en el que estaba Marta. Caminó por el sendero mientras la cara del hombre no expresaba ninguna emoción. Marchó un largo trecho hasta que reconoció el lugar.

Creyó percibir una angustia de años, como una piedra áspera que le picaneaba suavemente el corazón. Aproximándose paso a paso, se arrodilló ante la tumba de la mujer y mientras algunas lágrimas de compromiso caían como granizo sobre el cemento frío y gris del sepulcro, dejó caer tan sólo una flor. Como para dejarla conforme. Luego se marchó silbando una canción de moda •

El Ajuste

(Fragmento del “Diario de Viaje a Buenos Aires”, de Euzkadi Baztarrica)

(viernes 16 de enero)

Salí de la estafeta con el sobre en la mano. El azul desaliñado del cielo de Madrid algunas nubes desprolijamente despatarradas se proyectaron en el vecindario de Fuencarral, que es donde tengo mi vivienda. Me encaminé hacia ella sin prisa, aunque me intrigó saber a título de qué Pelusa me mandó una carta expreso. La abrí leyéndola con atención. Me mantuve impassible aunque la lectura me transportó a un pasado que mantuvo intacto en la vigilia de la memoria. Un pasado cuyas cuentas muchos pagaron con horrores, tinieblas y muerte.

Decidí viajar a la Argentina, con la firmeza forjada por la ira y el dolor de una herida aún abierta. El recuerdo me tumbó el equilibrio; y la bronca, encerrada bajo siete llaves en el cofre del ayer, comenzó a trastabillar hasta que la percibí frente a mí, intacta, desafiándome, “mojándome la oreja”. Esa ira, rencorosa y sólida como un edificio con muchos pisos -uno por cada año perdido, quitado de mi existencia- presentó «la cuenta. Había llegado el momento de cobrarla.

(domingo 18 de enero)

Llevo veinte años viviendo en España. Tratando de olvidar, intentando recordar. Rehaciendo mi vida de exiliado. No es fácil. No quise volver en 1983: temí enfrentarme con el pasado. Partido por los navajazos que me hurtaron tantas mañanas y noches, extrañado de mi mundo y mi cultura, soporté la adversidad del destierro. Parecía aclimatado y dichoso. Pero se trataba de una apariencia: es un desgarramiento muy profundo vivir desgajado de los amigos, la música, la poesía, los recuerdos y la policromía cocolichera de Buenos Aires, mi ciudad cuna. Que jamás será la misma. Aunque la perciba mía, sé que es un espejismo, una ilusión, una jugarreta melancólica para bobos.

(miércoles 28 de enero)

El Aeropuerto de Barajas parecía una pasarela colmada de gente que iba y venía. Desde que resolví viajar a Buenos Aires la nostalgia untó mis pensamientos. Pero no quise recordar.

Antes de pasar la puerta de embarque hablé por teléfono con Emilia, mi amiga. Le expliqué que viajaba a la Argentina, que debía hacer allí algo importante. Finalmente llegó la hora. Unos minutos antes de medianoche el avión despegó. Cerré los ojos y me entretuve con mis fantasías: imaginé ser un buen ciudadano que regresaba al terruño para visitar la familia y a los viejos compinches del vecindario; jugar incluso un partidito con bochas, algún truco ruidoso, ir a ver a los “verdolagas” de Ferro. Con mi aspecto bonachón quería aparecer como un argentino que fue a hacerse la América a España y ahora retornaba a la patria como triunfador, arrogante y generoso. Dos décadas atrás había hecho el camino inverso y nunca volví. En tanto pergeñaba esas estupideces me quedé dormido. Mientras tanto, el Boeing cruzaba el Atlántico.

(jueves 29 de enero, por la mañana)

Pasé Migraciones con el pasaporte español. El tipo me observó con una fijeza turbida. “Le debe extrañar que soy nacido en la Argentina”, pensé. Luego fui a buscar la maleta. No reconocí Ezeiza. También la gente me llamó la atención: su forma de hablar, la vestimenta y algunos resabios del antiguo “chantismo” porteño. Me ubiqué en un remis y partí hacia Buenos Aires.

(jueves 29 de enero, por la tarde)

Dejé la maleta en el cuarto del hotel. Caminando llegué hasta Maipú y Corrientes. En el antiguo boliche de “Suárez” tomé un café con una ginebra. ¡Cuántos años, por Dios! E

las cartas que cruzaba con antiguos compinches les explicaba que el único sistema para sobrevivir en el exilio era congelar el "cuore" y dejar los sentimientos, como la guitarra de tango, "colgados en el ropero".

No pude resistir la tentación: en el primer quiosco compré un atado de Particulare Aspirar el humo del tabaco negro fue como haber regresado al barrio, a las esquinas que me esperaron en vano, a las veredas y los recuerdos replegados en un sueño remoto, en la visión terca de un mundo que sabía perdido. Me conmoví tanto que imaginé a los fantasmas y duendes del viejo barrio diciéndome al oído: "¿Dónde estabas, che pibe ¡Cuánto que tardaste, hermano!"

(viernes 30 de enero, por la mañana)

Hoy a la mañana me desperté descansado, y luego de ducharme me fui a tomar un café. Tenía que llamar por teléfono a "Pelusa", mi viejo amigo de Caballito y compinche de las luchas de los años 60 y 70. Él escribió la escuela que motivó mi retorno. Lo encontré en la casa y luego de la lógica sorpresa quedamos en vernos. No hubo efusiones en el encuentro; ningún gesto, ni una sola muestra de algo especial. Sólo en la mirada expresamos el hondo afecto que nos unía. Fuimos caminando por Maipú y en un boliche tomamos Cinzano con una picada. Le inquire detalles sobre lo que me escribió. Seguimos caminando por Chacabuco y casi llegando a San Juan Pelusa me señaló un edificio y chapa de la entrada: **Segural * Agencia de Vigilancia Privada**. Me dio todos los datos que le pedí. Hasta el último detalle. Luego nos relajamos y evocamos anécdotas del pasado. Antes de despedirnos le pedí que se borre, que no me busque, que en ese momento propicio le iba a escribir. Nos abrazamos: el Flaco me dejó en la palma un papel y me entregó el paquete.

Lo ví alejarse: fue como perder el pasado una vez más. Y a pesar de la angustia, me sonreí al contemplar la marcha peculiar de este querido amigo al que el viento empujaba como a una pelusa; "igual que a las hojas caídas de la Plaza Irlanda", encorvado y más ligero que la ligereza.

(Viernes 30 de enero, por la noche)

Recorrí la zona céntrica. Indudablemente, la ciudad había cambiado. Del Buenos Aires que conocí ya no quedaban ni cenizas. Todo restaurado, recuerdos decapitados, una urtica "trucha", como suelen decir las nuevas generaciones porteñas.

Regresé al hotel. Luego cené en un fondín, tomé un baño y me fui a dormir. No pude conciliar el sueño. Entrecerré los ojos. Un sopor apacible, como una bruma delicada, quebró el muro raído que venía protegiéndome. Entonces la renuencia cayó de bruces y evocación de Estela irrumpió en la memoria. Como los remolinos bastardos de un huracán proxeneta, que violaron la paz en la que había decidido acorazarme. La imagen de Estela bocetada de lágrimas, se clavó en mis pupilas.

(sábado 31 de enero, luego de la siesta)

No pude alejarla de mi mente. Es extraño, pero durante muchos años debí hibernar mis sentimientos. Regresar a Buenos Aires fue como volver a ella, a los recuerdos coloquiales e íntimos. Estela, la novia angelical de mi adolescencia, que cada noche anegaba mis fantasías mientras cerraba los ojos, saboreándola, recorriendo con tierna minuciosidad sus blancas orejas, la nariz media repingada, el mentón disfumado en esa curva diáfana que lo unía a la mandíbula, hasta cobijarse en el delicado cuello, suave y apacible y tibio. La percibí a mi lado: era como si hubiese recobrado, en ese fugaz instante la tibieza de aquella novia inolvidable, rastreando la tersura de su piel quinceañera, hurgando nuevamente con temor virginal en los misterios que mis sueños no podían revelar, los dedos haciendo escalas apacibles y tiernas en las teclas sedosas de su pubis. Y ella, resistiéndose, se debatía entre el deleite de sus sentidos y el miedo a un peligro que no conocía pero la perturbaba. Hasta que se rindió abrazándome con el frenesí de quien muere por primera vez un fruto desconocido. Fundidos en el éxtasis efímero de la primera

vez, habíamos sellado entonces la quimera de aquel primer amor de barrio, ajenos anticuado plafond moral de los mayores. Las lágrimas me trajeron paz. pero me incorporé con furia y astillé los recuerdos martillando sin piedad los nudillos de mis manos. Luego me quedé dormido. Con la rabia laténdome en las sienes y el odio impregnando mi sangre.

(domingo 1 ° de febrero, por la mañana)

Las medialunas de grasa y el café con leche, el ritual de verter ese líquido oscuro fragante (sobre todo cuando el mozo me farfulló: "Avíseme señor"), fue como contemplar un cuadro de Antonio Berni allí, en ese bar cualquier de Buenos Aires convertido c pronto en el museo de la urbe porteña, la patria tanguera de Troilo y Gardel, el retab mistongo de Discépolo y Manzi. La memoria me arrojó de un manotazo al espacio ausent. A los recuerdos que no fueron, a ese blanco insoportable en el que cohabitan la nada y vacío, la amnesia del exilio y una lejanía inanimada.

Desplegué el "Clarín", le eché una ojeada y al rato lo cerré molesto. Me dediqué a ceremonia de mojar la medialuna y engullirla. Otra liturgia porteña cumplida. A la tar anduve por Lavalle, Corrientes, Maipú. Me pareció caminar por una ciudad fantasma; gente me resultaba extraña, forastera, como si estuviese dentro de una pesadilla que n deshilachaba dejándome desnudo.

(lunes 2 de febrero, cerca del mediodía)

Tenía que empezar a moverme. Recogí la maleta en el hotel y viajé hacia Caballit. Llegué a la casa de la calle Pujol y apreté el timbre. La mujer entreabrió la puerta cancel me observó con curiosidad: "¿Usted es la señora Sofía Ibizarreta, no? ¿Mi cara no te dic nada, tía?", murmuré largándome a reír. La viejita se quedó mirándome unos segundos luego se sobresaltó: "Dios mío, Copete querido, ¡esa voz inconfudible! ¿Cuándo llegaste Por Dios, que no lo puedo creer", me dijo mi tía Sofía mientras me abrazaba desbordad por un llanto previsible.

Entré en la casa. Nos carteamos durante los años de ausencia y ahora la tenía al sentada a mi lado con el vestido negro, los cabellos plateados recogidos y esos ojos c mirada tierna. Como en aquellos años de la niñez, en los que la tía reemplazó a mi madi muerta.

La tía Sofía expresaba, en la cara angulosa y los negros ojos metidos detrás de su ojeras esfumadas, el dolor y la pérdida de las dos únicas personas que pudo amar en s vida, mi hermano Fermín, asesinado, y yo en el destierro.

(martes 3 de febrero, de tarde)

Fui andando por Pampa y antes de la Libertador pasé por el edificio en el cual vivía tipo. Los lentes oscuros me protegían del sol y de los curiosos. Mis ojos no se apartaba de la entrada, pero nada especial atrajo mi atención. El cielo se encapotó y un chaparré colérico pasó como una ráfaga. El calor volvió por sus fueros. Me convencí de que en es zona me era casi imposible hacer el trabajo. De todos modos me quedé. Cerca de la nueve ví salir una pareja. El contoneo del tipo me alertó. Encajaba en los datos que tenía se amoldaba a los indicios que aún guardaba en mi memoria. Viajé detrás de ellos. En zona de Recoleta entraron en un restorán. Estudié sus facciones y las grabé ovillándola en mi retina. Habían pasado veinte años. Luego regresé a la casa de mi tía.

(miércoles 4 de febrero, de mañana)

A media mañana entré en el edificio de Chacabuco al 1100 vestido con un ambo c sarga, corbata a tono con la camisa celeste y unos lentes de porte. Parecía un hombre c negocios respetable. En el primer piso divisé la puerta de "Segural". Una empleada n abrió. Le recordé que yo había telefonado pidiendo una entrevista con el gerente de empresa.

El tipo salió de su oficina, se aproximó dándome la mano y se presentó: "Alejandi Alaniz". Percibí un leve escozor al sentir el contacto de esa mano en mi piel. "Emilio Páe es un placer conocerlo", le dije con tono pulcro. Me hizo pasar a su oficina. El tipo repasat

mis rasgos con minuciosa atención mientras yo le pedía asesoramiento para una tarea de vigilancia. Le fui haciendo el gran verso, envolviéndolo en la red que fui tejiendo con paciencia. Él jugaba con una lapicera; la dejó sobre el escritorio y me habló con suavidad. Me explicó que sin ver el depósito para el cual yo quería contratar los servicios de una empresa, él no me podía asesorar: “Yo le propongo ir al lugar con usted, ver sobre terreno los riesgos -me aclaró-, entonces podré hacerle una proposición”. Asentí con cabeza. Prometí telefonarle. Mientras, el corazón comenzó a dar vueltas de carnero.

(jueves 5 de febrero, al mediodía)

Me hospedé en la casa de mi tía. Era más cómodo y mucho más seguro. Le pedí que el “besugo a la vasca” que había preparado para el mediodía lo dejáramos para la cena. “Voy a traer el vino y un postre como los que te gustan a vos: no te enojás, ¿eh tía?”, dije. Ella no protestó.

Llegué a la zona industrial de San Martín siguiendo las sugerencias de Pelusa. Iba dando vueltas durante un buen rato. En una gomera pregunté si no sabían de algún galpón vacío para alquilar: no sabían. Continué la búsqueda y de pronto observé un taller abandonado en un paraje que consideré apropiado, incluso en pleno día. Dí algunas vueltas, estudié el movimiento de las calles aledañas y la soledad del lugar. Decidí que era ideal. Ahora iba tratando de convencer al tipo de que nos encontráramos en horas del atardecer. Volví a casa de la tía Sofía y en el camino compré una botella de vino blanco, un arrollado de cocuyo y algunas otras vituallas. En una florería de Gaona hice preparar un ramo de violetas y al llegar a la casa de la calle Pujol abracé a mi tía y le obsequié las flores. Pese a todo, me sentía feliz.

(viernes 6 de febrero, de mañana)

La voz de “Alaniz” me sonó empalagosa y amanerada a través del teléfono. Decididamente falsa. Le propuse que nos encontráramos en la estación San Martín: desde allí viajaríamos al lugar en uno de los autos. El tipo aceptó y arreglamos para el próximo lunes a las siete de la tarde. Sentí un inmenso alivio. En ese momento pude avizorar que la tarea estaba adelantando. Que el fin se aproximaba, pero yo aún la percibía como una imagen movida, fracturada, sin nitidez.

Entré en la casa de mi tía en silencio. “Ya no nos volveremos a ver, querida Sofía” pensé con pena. Atareada en la cocina, ella no me escuchó caminar por la casa. Cuando me ví, con la mayor ternura y aflicción le anuncié que el martes próximo partía de regreso. El día lo había presentado. Se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos. Besé conmovido la cara de suaves arrugas de esa anciana tan dulce, la entrañable tía Sofía, que es todo lo que queda de mi familia vasca.

(domingo 8 de febrero, al atardecer)

Este fin de semana procuré ordenar mis ideas, completar todos los detalles de mi trabajo, descansar y dedicarle parte de mi tiempo a esa mujer excepcional que seguramente, ya no vería nunca más. Leí los diarios del domingo, me puse al día con los vericuetos de la política y la cultura. Ayer sábado recorrí las casas de música y algunas librerías. Compré libros que me interesaban, como «Santa Evita» y «La novela de Perón» «El presidente que no fue», y «De Senectute» de Norberto Bobbio; compactos CD que me hallé en Madrid, y algunos obsequios para los amigos que tengo en España. A mi amiga Emilia le llevo un abrigo de cuero. espero que le agrade. Todos estos preparativos naturalmente, tienen un punto clave: que mi tarea culmine con éxito. Dentro de un rato voy a ir al cine a ver una película que me recomendaron: “Tocando el viento”. Mañana ha de ser el día elegido. O nunca más.

(lunes 9 de febrero, por la tarde)

«Me voy, tía. pero vuelvo a la noche y me quedo con vos hasta la hora de viajar Ezeiza», le anuncié antes de salir.

Llegué a la estación San Martín minutos antes de las siete. Al rato apareció el Alaniz. Deliberamos unos momentos y decidimos viajar en su auto. Me dió una perorata sobre

la vigilancia armada, la seguridad y otras pautas que yo no escuchaba. Estaba atento alerta. Le hice dar algunas vueltas para relajarme y finalmente le fui indicando como llegar al lugar. Lo observaba en el espejo. Oía la respiración ramplona del tipo que manejaba tuve una sensación reprimida, una especie de bramido agazapado que aguardaba momento de liberarse y estallar; como una granada rabiosa que desintegraba al hombre sentado a mi lado en mil partículas de polvo y nada. Percibí en mi frente gotas de sudor heladas deshenebrándose con crispante lentitud. Sabía que mi mirada tenía esa frialdad acerada que precede a una eclosión. No me impacienté: quería disfrutar esos minutos uno a uno, como la voracidad que está por saciarse y se posterga deliberadamente en un acto de voluptuosidad. Esbocé una sonrisa mientras el tipo jadeaba. Sus ojos miopes se habían replegado y todo él se tensó percibiendo, acaso, una acechanza imprecisa, amorfa, que revoloteaba a su lado embozada, tenue e implacable.

No había un alma. Sólo la brisa caliente y viscosa. Cuando detuvo el auto y bajó, me miró con una mueca impredecible. Fue la imagen postrera de Alaniz, porque cinco balas de mi pistola le atravesaron la vida. El rostro del tipo se tiñó de púrpura, los ojos y la lengua giraron sobre el eje imaginario de una muerte real, simple y absoluta. En unos segundos culminó la ceremonia. Limpié los lugares en los que pude haber dejado huellas, observé los alrededores y finalmente, conduciendo el auto de Alaniz, me dirigí a la estación San Martín dejándolo estacionado en una calle lateral.

Llegué a la casa de la tía, cenamos y nos quedamos hablando hasta el amanecer. Luego me marché en un taxi. Llegué a Ezeiza a las siete y al rato abordé el Boeing..

(martes 10 de febrero, a bordo de un avión Air France)

Desplegué el periódico que me dió la azafata. En la primera página leí una noticia que me llamó la atención:

«En la zona fabril del partido de San Martín fue encontrado ayer el cadáver de un hombre. De acuerdo a los primeros informes de la policía, el muerto fue ultimado de varios balazos. En el lugar del hecho no se halló ningún elemento que permita orientar la investigación. El vehículo del muerto fue hallado cerca de la estación San Martín del ferrocarril Mitre. El (o los) posibles autores del hecho se llevaron el teléfono móvil y las llaves, amén de otras pertenencias y documentos. Los días venideros tal vez arroje alguna luz sobre este enmarañado suceso». Doblé el diario y cerré los ojos.

(viernes santo, 10 de abril, por la noche en mi casa madrileña)

Han pasado dos meses desde que ocurrieron los hechos narrados en este diario. Es indudable que una razón debe explicar y justificar las causas de ese juicio sumario en el descampado de San Martín. No quiero entrar en un debate moral: el condenado a muerte fue uno de los asesinos que entre 1973 y 1983 formó parte de los escuadrones de muerte. Por supuesto, en este caso particular tuve un motivo personal y doloroso que nunca va a cicatrizar.

“Fue una tarde, como fueron otras tardes, el martes 22 de septiembre del año 1977 recordé. Íbamos a encontrarnos en aquel bar de dos entradas. Llegué con Estela, mi mujer sobre el hombro de la muchacha vestida con la blusa blanca, los vaqueros cortos, el cabello flameando entre la brisa húmeda, y los pechos erguidos, como un reto juguetón que desafiaba el deseo vidrioso y sensual de los caminantes. Sentados alrededor de una mesa estaban mi hermano Fermín, otros dos compañeros y el nuevo tipo que había incorporado al grupo. Le pedí a Estela que entrara al bar mientras yo iba a buscar a Pelusa. Nos besamos en un raptó de no saber cómo, cuándo, porqué. La ví entrar, mientras se iba alejando me sentí como atrapado en un pozo sin aire. Me angustié enormemente.

Me encaminé hacia las sombras y a las dos cuerdas vi a Pelusa, que me estaba esperando. Nos dirigimos hacia el bar comentando pavadas. Ahí fue cuando escuchamos los aullidos, los disparos, las corridas, el miedo y la sangre alborotando la maldita esquina. Pelusa y yo, confundidos con los curiosos, nos fuimos yendo. Impotentes, vimos cómo baleaban a Fermín, capturaban a Estela y a otros compañeros, luego desaparecidos. Ent

los integrantes de la patota advertimos, pese a la confusión, la figura cuyos lente resguardaban unos ojos miopes, torvos y crueles que nunca podríamos olvidar. Pegado tipo ese advertí al nuevo “cumpa” que mandó la “orga”. Sentí que todo se me desmoronaba. “Fue una tarde, como fueron otras tardes”.

Una tragedia más entre tantas otras que ocurrieron en la década sangrienta. Nunca me resigné a la muerte de mi hermano, la de Estela y la de muchos otros jóvenes que yo conocí y que cayeron en celadas semejantes. Nunca perdoné a los irresponsables que con frenesí banal y exitista, reclutaban a tiras enviados a perforar la orga y delatar a gente.

Solitario, descreído de la dirección, prófugo, de cuclillas en la clandestinidad, me perdí en la incógnita del exilio prometiéndome volver algún día. Volver y cerrar el capítulo •

Euzkadi Baztarrica * Madrid, Viernes Santo, 10 de abril de 1998

Post Scriptum: Paseando con Ana por los cautivantes barrios madrileños, en esos inestables días de mayo de este 1998, una tarde me topé en el vecindario de Fuencarral con un viejo y querido amigo: Euzkadi Baztarrica. Luego de la alegría y atento a su conmovedor soliloquio, recorrimos juntos la larga marcha por los pasillos de la memoria. La triste memoria de una década que nos ha dejado heridas sin cerrar. El Vasco me prometió su “Diario de viaje a Buenos Aires”. Antes de que regresáramos, Euzkadi me entregó las notas pidiéndome que escribiera un relato, si es que el material me parecía adecuado e interesante. Lo leí atentamente y lo asumí como un deber. Respeté, en lo posible, los hechos de acuerdo a la versión que me entregó. En aquel diálogo que tuvimos en Madrid el Vasco señaló algo que no olvidé: “¿Porqué a más de cincuenta años de terminada la segunda guerra buscan, atrapan y juzgan a los ex nazis, a los colaboracionistas franceses a los «ustachis»? ¿Qué diferencia hay entre Hitler, Eichman, Papen, y fieras como Astiz, tigre Acosta, Videla o Massera?” Yo aduje que Alfonsín y Menem les tiraron la cuerda del perdón y la amnistía. Entonces me dijo esa frase que me dejó pensando: “¿Y quié determinó qué justicia debe juzgarlos, condenarlos y ajusticiarlos? ¿Nosotros quedamos al margen? Fuimos los torturados, los muertos, los desaparecidos. los hijos que se quedaron sin sus padres y los padres que perdieron a sus hijos. ¿De qué ética y justicia me habla de cuáles escrúpulos? ¿Qué justicia, qué ética, qué escrúpulos tuvieron esos asesinos que todavía están entre nosotros? ”. Contemplé esos ojos cansados, de a ratos tristes testigos de los actos de barbarie cometidos por los militares, rufianes de la patria. Luego nos abrazamos conmovidos. Como dos sobrevivientes que no olvidan. **(A.A.)**

por la copia, **Andrés Aldao * junio 5, 1998**

ACERCA DEL AUTOR

Andrés Aldao, nacido en Buenos Aires en 1929, publicó, con el seudónimo de Andrés Aldao, numerosos artículos sobre la realidad política argentina de los años sesenta y setenta (recopilados en gran parte en su libro “Argentina: de factoría agropecuaria a neodependencia industrial”), en los cuales el seudónimo respondió a una necesidad de salvaguardar su seguridad personal.

Por motivos sentimentales, mantuvo ese mismo nombre en esta aventura literaria de sus “Cuentos desde lejos”, casi todos escritos en Israel, su país de adopción desde octubre de 1975, en los que vuelca recuerdos de la infancia, experiencias personales de su ciudad, Buenos Aires, y la gente, a quienes nunca dejó de amar a pesar del largo exilio.

Es miembro de la Asociación Israelí de Escritores en Lengua Castellana (AIELC), en la que desempeña actualmente el cargo de Secretario General.

El Editor

Breve compendio de palabras del lunfardo, el “vesre” y la jerga “marginal”

Aguantadero: Resguardo del delincuente o mercadería robada.
Apoliyar: Dormir
Batir: Delatar/ Decir
Biaba: Paliza
Biyuya: Dinero
Bobo: Corazón
Bocho: Cabeza/ Tipo capaz
Boleta; Boletear: Condenado a morir, muerto/ Matar
Botón: Policía/ Alcahuete
Bufoso: Arma corta
Buchón: Delator
Catrería: Cama
Colifa; Colo: Apócope de “colifato”/ Loco.
Currar: Robar, robar con engaño
Chacar (o achacar): Robar
Chamuyar: Hablar con intención
Cheno: Noche
Chirusa: Joven pizpireta
Choreo; Chorro: Robo/ Ladrón
Chumbo: Revólver
Escabio: Beber bebidas alcohólicas
Emparrillar: Torturar detenidos con la picana eléctrica
Empavurar: Atemorizar
Engualichar: Embrujar
Escruche: Robo en propiedades o vehículos, etc.
Esgunfia: Estado de fastidio, abandono, desgano
Esparo: Señal sutil hecha por un malviviente a otro, advirtiéndole la presencia de un policía
Espichar: Morir
Espiro; Espiante: Escape
Esquenún: Vago
Enyetado: Que tiene “yeta” (mala suerte)
Falopa: Mercadería de mala calidad/ Droga
Fato: Un asunto
Feza: Individuo pesado que quiere pasarse de listo, o inadvertido
Funyi: Sombrero de hombre
Garrón: Cárcel (“comerse” un garrón)
Garpar: Pagar
Gil, Gilunes: Tonto/ Bobos (o “hacerse el gil”)
Gayola: Presidio
Jermu: Mujer
Jeta: Cara
Jovato: Viejo/ Envejecido (personas)
Levantar: Hurto de vehículos
Manyar; Manyamiento: Señalarle alguien a la policía
Mionca: Camión
Mishiadura: Miseria
Mollera: Sesos
Morlacos: Dinero

Ortiva: Alcahuete
Pelandruna: Vaga, pícara/ Pobretona
Pifiar: Errar
Pirar: Escapar
Posta: Dato seguro, verdadero (saber de posta)
Ranchada: Presos que comparten los paquetes de comida
y demás elementos de convivencia
Rante: atorrante o lo relacionado con él
Raye: Obsesión o manía
Relojar: Contemplar
Soco: El tipo
Taca taca: Dinero contante
Tira: Pesquisa
Tirifilo: Petimetre
Trompa: Patrón
Tortillera: Lesbiana
Trucha: Cara
Vento: Dinero
Yeite: Asunto
Yirar: Dar vueltas (Por extensión, mujeres de la vida, "yiro", puta)
Yuta: Policía
Zabeca: Cabeza